



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**La antesala al Infierno:
La primera ola de Covid-19 en Italia**

PROTOTIPO PROFESIONAL
(RELATO PERIODÍSTICO)

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

PRESENTA:

EVELYN BRAVO GARCÍA

**ASESOR: MTRO. MARCO ANTONIO
CERVANTES GONZÁLEZ**



Ciudad Universitaria, CD. MX, febrero de 2023.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para mi mamá, papá y hermana. Gracias por tanto apoyo y amor.

Para los seres que más he querido, Misho y Santi. Gracias por traer tanta felicidad a mi vida, siempre estarán en mi corazón.

Agradezco profundamente a las y los profesores que me ayudaron a llegar a este punto de mi formación académica, en especial al maestro Marco Antonio Cervantes por guiarme en este proceso.

ÍNDICE

Introducción _____	1
<i>Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate</i> _____	10
<i>Quivi pianti risonavan per l'aere senza stelle</i> _____	35
<i>Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria</i> _____	57
Recuerdos de la inauguración de las puertas del infierno _____	75
<i>Il sentiero per il paradiso inizia all'inferno</i> _____	89
De vuelta a Ecatepec _____	98
Conclusión _____	110
Referencias bibliográficas _____	118
Bibliografía _____	122

INTRODUCCIÓN

Mi primer contacto con el coronavirus fue en Italia, mientras estudiaba mi último semestre de la licenciatura, en febrero de 2020, gracias a una beca de movilidad internacional. Meses antes pensaba que ese viaje sería la aventura de mi vida. Antes de llegar allá imaginé cientos de escenarios que podría vivir al estar al otro lado del mundo. Pero nunca pensé que estaría por cerca de cuatro meses recluida, sola, en un dormitorio para siete personas, llorando, pensando a diario en que no quería morir ahí.

En ese escenario nace este relato periodístico. Este no es un texto sobre los millones de muertes ni la crisis financiera que provocó la Covid-19; narra una versión de la historia, una cara de la moneda, la cruda realidad que lo que una persona vivió: yo, la individualidad y la incertidumbre en la que me sumergí en esos días.

Desde que comenzaron a registrarse algunos contagios de Covid-19 en China, el último día del 2019, los hechos que se iban reportando parecían ser parte de la trama de otra película sobre el fin del mundo. Era un escenario irreal, para el que poquísima gente se preparó. Recuerdo que, durante los primeros días de 2020, fui parte de los internautas que en redes sociales hicieron circular la noticia con morbo porque en ese momento lo que sucedía era al otro lado del mundo.

Contribuí a que las noticias falsas y las primeras teorías —conspirativas— llevaran a que esta nueva enfermedad se viera como algo sacado de la ficción, incluso, que la difusión consistiera en hacer mofa. Ni siquiera cuando todo el mundo comenzó a ver a los chinos como un nuevo enemigo, los creadores del virus mortal, se prendieron alertas en mi cabeza, ni en la de millones de personas que no sabían lo que venía.

Durante esa misma época, en el hospital de Hubei, Wuhan, los primeros contagiados no estaban teniendo una recuperación exitosa, por el contrario, fallecían. Al mismo tiempo, la teoría de que el virus había salido de un mercado de Wuhan, en el que se vendían todo tipo de animales como alimento para humanos tomó fuerza como una hipótesis del origen de la enfermedad.

En mi caso, mientras decenas de personas fallecían debido a la nueva y, obviamente, desconocida enfermedad, yo estaba desbordada de felicidad porque me iría de intercambio

académico a Italia. En ese momento el mundo no tenía en cuenta lo que estaba por venir y fue por ello por lo que la primera ola del coronavirus a nivel mundial nos atropelló de forma atroz: nos quitó seres queridos, la oportunidad de dar el último adiós a nuestros familiares, de ser consolados, de recibir un abrazo, de saludarnos o de dedicarnos una sonrisa a la distancia.

La felicidad se convirtió en una constante preocupación por saber qué sucedería, cómo debía actuar; dejé de pensar en los sueños que quería cumplir ahí y comencé a solo pensar en cómo sobrevivir a esta situación.

Cuando leí la primera noticia sobre el coronavirus, lejos de pensar en lo que podría ser, lo primero que vino a mi mente fue que parecía la trama de una película de ciencia ficción, como aquellas que hablan del final de nuestra especie. Esta crisis sanitaria llegó de un día a otro y me golpeó de frente, como si hubiera sido una cubeta de agua helada en medio del más frío invierno. Fue un impacto que dudo alguna vez olvidar, porque me causó la más terrible incertidumbre y un profundo miedo. Además, fui testigo de cómo a otros les sucedió lo mismo, que fue la peor parte.

Este trabajo periodístico surge de ahí, de un lugar oscuro en donde cientos de cosas ocurrían al mismo tiempo: desde una mente llena de pensamientos negativos, hasta acontecimientos históricos que rebasaban la ficción. Desde una perspectiva meramente profesional, como comunicadora, era un tema de investigación muy interesante, también si se piensa como una historia para leer, escuchar o ver, pero para sufrir, no. Me situé entre ambos puntos de vista una vez que lo viví, porque siendo un hecho tan apabullante, mientras todo estaba sucediendo, tuve poca capacidad para reflexionar acerca del presente.

Los medios de comunicación estaban muy ocupados intentando informar por qué sí o no debíamos ver en riesgo nuestra existencia, y toda la información se concentraba en notas informativas o documentales sobre lo que era una pandemia, pues eso es lo que se necesitaba. La gente buscaba explicaciones inmediatas, no divagaciones sentimentales. Cabe destacar que en febrero Italia estaba posicionada en un acantilado: estaba obligada a aventarse a la nada, con muy pocas herramientas informativas a la mano para sobrevivir a la tragedia que le esperaba, lo que provocó una suerte de paranoia de la que pocos hablaron y yo fui parte.

El inicio de la pandemia se convirtió en un fenómeno social, tanto por las muertes y pérdidas —incluidas aquellas materiales— que sufrimos, así como por la cruda individualidad que nos pegó al no tener conocimientos de cómo frenar los contagios, por ello es que surge este trabajo como un texto periodístico, pues pese a que existen un sinnúmero de materiales para conocer los números de esta tragedia, hay pocos que se han sumergido en este acontecimiento para explicarlo más allá de los números.

La Dra. María de Lourdes Romero Álvarez en su libro *La realidad construida en el periodismo*, expuso:

Un acontecimiento es como si fuera un iceberg: de él sólo puede observarse lo que emerge: la novena parte de su altura, lo demás queda cubierto por el agua. No ver el bloque de hielo que flota en el mar en su totalidad provoca graves peligros para la navegación, sólo basta recordar lo que pasó con el Titanic. Si el periodista se queda exclusivamente con la punta del iceberg, es decir, con el hecho captado en su inmediatez y aislado del contexto al que pertenece, nunca llegará a la esencia del fenómeno al que pertenece, nunca llegará a la esencia del fenómeno, pues sólo podrá referir lo que ve, pero de ninguna manera podrá explicarlo porque no lo habrá comprendido (Romero, 2006:17)

Es decir, la pandemia en cifras, en explicaciones de qué es la Covid-19, en medidas para la contención de contagios era un evento aislado: la punta del iceberg. Este es un trabajo que no pretende informar lo superficial; comprendo ese acontecimiento como un evento digno de ser recordado y narrado. La idea de exponerlo de esta forma surge de que esta crisis sanitaria surge tanto de su peso histórico, así como de que fue un hecho tan fuera de lo común, sorprendente y desgarrador, que mi experiencia la pongo por escrito.

Relacionado con esto, Lydia Cacho en *Los demonios del Edén* escribió que “el reto del periodismo es recontar historias humanas para comprender mejor el mundo que nos rodea” (Cacho, 2006:29), y eso pretende este texto: contextualizar el miedo y la incertidumbre que surgió a partir de los primeros contagios, porque fueron pocos los periodistas que se adentraron, que buscaron más allá de la punta del iceberg.

Asimismo, comprendí que al principio de este fenómeno el relato de cada persona que había estado en contacto con el virus, o ya contagiado, era de suma importancia y el mundo estaba pendiente de lo que se decía de ellos. Sin embargo, cuando se comenzó a llamar "pandemia", todo se tornó en generalizaciones; se perdió y minimizó lo que cada uno estaba

viviendo y la forma en que tuvimos que enfrentar la emergencia por el coronavirus desde la soledad, únicamente con nuestras capacidades emocionales.

Es por ello que mi intención es recuperar esas vivencias individuales, mi historia y la de personas que hayan atravesado el temor, plasmar cómo fue el inicio de la propagación del coronavirus en el mundo, no desde un punto de vista científico ni meramente numérico, sino desde el día a día de una persona que, como la mayoría, no sabía qué esperar o cómo reaccionar a una situación de emergencia.

Pues desde que los contagios de Covid-19 se convirtieron en una pandemia, se dejaron de lado los nombres de las personas y las experiencias individuales. Además, la información que comenzó a transmitirse fue meramente estadística e informativa. Por tanto, retomé mi propia experiencia para evidenciar cómo se vivió tal miedo, la incertidumbre, la angustia y la ansiedad que algunos tuvimos que vivir.

Un evento tan importante debe ser retratado para que se preserve en la memoria y considero que para ello no valen solo cifras de contagios y muertes, tampoco nombrar las medidas que cada gobierno tomó para reducir los contagios, porque entonces todo lo que ha sucedido desde el comienzo hasta ahora pierde su esencia social y humana. De tal modo, en mi esfuerzo por interrelacionar mi experiencia con su propio contexto, que narre la otra cara de la pandemia durante su primera ola, sumado a las diferentes voces que darán sustento a que nada de lo que se encuentra aquí es falso, surge este trabajo: un relato no ficcional o un relato periodístico. ¿Qué es un relato periodístico? Lourdes Romero explica en qué consiste un texto de este tipo:

Los trabajos periodísticos producidos en este ámbito parten de un hecho noticioso para reconstruirlo en su contexto, es decir, en su ambiente, con sus circunstancias, interrelacionando el hecho con los elementos de su entorno, del cual forman parte antecedentes y consecuencias. La finalidad de estos textos consiste no sólo en informar y provocar la reacción sentimental, invita, por tanto, a la praxis como fundamento del conocimiento y criterio de verdad (Romero, 2006:27)

En otras palabras, un relato periodístico surge a partir de un suceso que es tan importante que se convierte en noticioso —en este caso, la primera ola de Covid-19—, y yo, siendo un sujeto inmerso en esta situación, con las herramientas periodísticas que he adquirido a lo largo de la licenciatura, lo narro, tomando en cuenta todo lo que considero importante de mi contexto

para reconstruir este hecho y brindarle al lector un texto que tanto sume a su conocimiento, como que lo haga sentir que vivió lo mismo que yo, únicamente a partir de mis palabras y las pruebas de que esto fue real.

Por tanto, decidí relatar desde mi voz porque fui un individuo más inserto en una realidad de la que pocos han hablado. Se sabe que el miedo por el inicio de la pandemia hizo que muchas personas hicieran compras de emergencia, salieran de un día a otro de Italia o que se quedaran varados en el país, pero ¿qué pasó con esas personas?, ¿qué vivieron para reaccionar de esa forma?

Es por ello que escribí desde mi día a día como estudiante de intercambio, aunque no es únicamente mi experiencia y tampoco es un testimonio alejado de los acontecimientos, pues a mi narración se unen personajes, teorías y hechos noticiosos que, como lo menciona la Dra. Francisca Robles en su tesis de doctorado, *El relato periodístico testimonial*, se añaden al relato para que de esta forma el lector compruebe los hechos y tenga la oportunidad de confrontarlos y verificarlos él mismo, haciendo al texto creíble:

El periodista se presenta como eje organizador de la historia que cuenta y se integra a ella a través del discurso, asumiendo un rol narrativo compuesto, pues además de narrador, puede ser protagonista, personaje o testigo de la historia que relata. Su presencia en la historia, más la referencia de las fuentes de donde obtuvo la información, son elementos de credibilidad (Robles, 2006:6)

En cuanto a esta idea de la Dra. Robles, considero importante recalcar que en este trabajo soy yo el personaje principal, precisamente para asumir el rol narrativo, es decir, describir la situación a partir de mis ojos y explicar de dónde surgió cada fuente que aporta a este texto. Pero, asimismo, en algunas partes del texto, otras personas asumen el papel del personaje principal para ahondar en aquellas situaciones que no viví, pero que son necesarias para dar una visión más completa de lo que solamente mis vivencias puedan ofrecer.

Considero, además, que para comprender el porqué del miedo que algunas personas sienten, para explicar la forma en que cada nueva noticia afectaba a los individuos y para recordar sin deshumanizar los hechos, se necesita de un texto periodístico que recupere las vivencias y pensamientos de diferentes personas dispuestas a compartir lo que experimentaron.

En el momento en que comenzó la pandemia fue muy difícil comprender lo que estaba ocurriendo con la enfermedad, más aún comprender qué era lo que estaba causando que me congelara del miedo en mi habitación y ser casi incapaz de salir del dormitorio si es que yo ni siquiera conocía alguna persona contagiada, pues nadie hablaba de lo que sentía y vivía de forma individual.

Por ello, y al ser este un relato periodístico, además de mi voz, agregué otras dos; una es la de mi mamá, Luz, que me permite dar una primera impresión sobre lo que comenzaba a pasar en México, que era muy diferente a lo que sucedía en Italia, pero que también da un acercamiento a lo que ella estaba viviendo y no sé atrevió a relatar, pensando que el miedo que sentía era una experiencia personal. El pequeño relato de mi mamá da pie a explicar cómo se transmitió el pánico de algo que todavía no se vivía en México.

De tal forma, también se une la voz de Maricruz, enfermera militar que conocí el primer año de la pandemia gracias a un amigo en común. Ella ahonda en el contexto mexicano, esto para dar una comparativa de lo que estaba sucediendo aquí y en Europa. Este relato también sumerge al lector en la experiencia íntima que una integrante del sector de salud se guardó para sí misma, pues pensó que las emociones que la invadían no eran tan importantes como la salud de sus pacientes.

Con sus experiencias busco explicar que, aunque a algunas personas esta enfermedad sí las afectó psicológicamente por el miedo ocasionado, la mayoría vivió todo desde una perspectiva muy íntima y gran parte de las personas se encerraron en sí mismos, pensando que no era necesario compartir lo que estaban viviendo porque ya todo el mundo estaba sufriendo sus propias consecuencias de la pandemia.

Y es que se tenía una idea de cómo los confinamientos y las demás medidas de prevención de contagios afectarían a la sociedad desde la economía o la política, pero nadie habló de las consecuencias a nivel personal, las enfermedades psicológicas y los malestares emocionales que cada persona, desde su habitación, tendría que afrontar sin el apoyo o la advertencia de expertos.

De esta forma, además de dar mi versión de los hechos, también la complemento con historias que otros sujetos insertos en otras realidades permiten ver más allá de lo que yo misma viví

y le dan la libertad al lector de posicionarse en un contexto, identificarse y sentirse parte del relato. Hacer esto basándome en mi experiencia me permite llevar al lector por una cronología de los hechos, que se enlaza con fragmentos de noticias y las voces mencionadas porque de esta forma se demuestra que este es un relato no ficcional. Como explicó el maestro Marco Antonio Cervantes en su tesis de maestría *Vivir para contarla: los relatos desde la experiencia personal*: “no es la realidad: es una interpretación de ésta” (Cervantes, 2020:17).

El relato se desarrolla en el norte de Italia, porque ahí es en donde se generó el primer y más grande epicentro de la pandemia en su primera ola a nivel mundial, porque ahí fue que comenzó a llamar la atención de todos y en ese país fue en donde yo viví mi primer acercamiento con la enfermedad.

Se concentra solamente en la primera ola de la pandemia (desde febrero del 2020, hasta junio del mismo año) porque en ese momento se originó este fenómeno, creándose las primeras medidas para intentar contener la propagación del virus, sin tener conciencia del impacto social e individual que se sufriría con ello.

El primer capítulo comienza cuando los primeros contagios se presentaron en Italia, porque los medios a nivel mundial le dieron poca importancia a la enfermedad producida por el coronavirus que, de hecho, para ese momento no existía preocupación por que tuviera nombre. Fue en ese momento cuando comenzó lo que se llamó "pandemia de información".

Algunos autores consideraron que el flujo de noticias saturó tanto a la gente debido a que fue la primera pandemia en redes sociales, lugar en donde no se difunden artículos científicos, sino que se comparten principalmente imágenes que hacen mofa del tema del momento, sin importar cual sea. En este caso, era un tema de salud que estaba atentando contra ciertos países y nadie comprendía de qué trataba en realidad, ni siquiera los mismos expertos.

Es normal que la desinformación comience a partir de memes y sitios de noticias que buscan tráfico a partir del *clickbait*¹, pero en esta ocasión, la información falsa provenía de grandes medios, como *CNN*, *BBC*, o algunas agencias de información, como *AFP*. El hecho de no saber en dónde se podría encontrar una noticia que, al menos, se acercara a la realidad que

¹ Traducido al español como “ciberanzuelo”, hace alusión a contenido que se encuentra en internet que tiene titulares sensacionalistas y que, en algunas ocasiones, solo se acerca a la verdad, esto en búsqueda de que el usuario entre por la impresión que le genera el título.

estaba viviendo, me obligó a mí y a otros millones de personas a sumergirnos en una incógnita sobre lo que estaba pasando, pues parecía que nadie podía ofrecer un contexto, cifras y motivos claros de qué era la enfermedad del SARS-CoV-2. Esto nos empujó al pánico por no saber cómo reaccionar y por tanto lo considero un elemento para tener en cuenta, ya que la mayoría de mis acciones y emociones fueron guiadas por la información que circulaba.

Sin embargo, más que un análisis de qué es lo que los medios de comunicación lanzaban como noticia o no, narro cómo inconscientemente cada cosa que leía escuchaba o veía en los periódicos y redes sociales impactó en mi vida y en la de millones de personas, tanto así que mi experiencia me permitió ver el miedo de mis *roomies*², mis profesores, mis vecinos, mis familiares y de cada persona con la que no me atravesé durante mi estancia en Italia.

Capítulo tras capítulo, teje mis vivencias, pensamientos y sentimientos con noticias e informes gubernamentales con el fin de lograr el “hacer sentir” que menciona la Dra. Francisca Robles en su tesis:

El autor se obliga a transmitir su relato de manera emotivo-dramática, con escenas que reflejen la vivencia, el “sentir” de quien las narra, para que este “sentir” sea captado con la intencionalidad prefijada por el narrador y surja una nueva significación del relato, la dada por el lector (Robles, 2006:3)

Es decir, expongo las situaciones según mis emociones, y las explico, para que el lector las comprenda y “sienta” lo mismo que yo, esto con el fin de que este texto no sea un compendio más de números sobre la primera ola de Covid-19 en el mundo, sino para que se convierta en un relato periodístico, sea una narración que lleve a su público al fondo de los hechos.

En el mismo sentido, pienso que escribir acerca de cómo fueron los primeros meses en el llamado *lockdown* —o confinamiento— no solo me permitió reflexionar sobre lo acontecido, ahondar en el secretismo y tabú en que tenemos guardados las emociones que nos lastiman y exponerlos, sino que también fue una oportunidad de ver más allá de lo que ya sabemos, conocer y comprender la raíz de lo que como sociedad sufrimos, aceptarlo y comenzar a sanar.

² Forma coloquial en que se le llama a las personas con las que se comparte un apartamento. Viene de la unión y abreviación de las palabras en inglés “room” (habitación) y “mate” (amigo).

Por otra parte, en cuanto a las referencias que hice a lo largo del texto acerca de un “infierno”, no surgen exclusivamente porque esta primera ola de contagios fue para mí un lugar de sufrimiento, sino que muchas de frases de Dante Alighieri en su *Divina Comedia* tomaron sentido para mí en la época en que estuve en Italia.

No fue una coincidencia que las palabras de Alighieri llegaran a mi mente, pues durante los meses de mi intercambio en Verona se estaba celebrando el 700 aniversario de su muerte. En repetidas ocasiones a lo largo de mi estancia en Italia me encontré con la imagen de este escritor que utilizo tantas veces a Verona como referencia para su *Infierno* y *Paraíso*, así como esculturas sobre él o algunos de sus versos, por lo que insertar sus frases en este texto es mi forma de intentar que el lector viva parte de mi experiencia y, también, que tenga un recordatorio de que esto fue mi propio infierno.

*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*³

22 de febrero

Es la noche del sábado 22 de febrero del 2020, ayer llegué a Venecia desde Verona. Es uno de los más álgidos inviernos que he vivido, pues el frío cala hasta los huesos y hace que me duela la piel. Este clima de -2°C y sin humedad provoca que la gente se vea enferma; se limpian la nariz con tal fuerza que se dejan la cara roja, los ojos de todos están llorosos y se escuchan estornudos repetitivos, incluso es normal oír cómo a algunas personas se les dificulta respirar.

Para mí, ver a tanta gente con los mismos síntomas es muy extraño, pero tras más de un mes de haber llegado a Italia, se ha convertido en algo usual. Para este momento no tengo ni la menor idea de que eso cambiará en menos de una semana.

El Carnaval de Venecia está a unos días de terminar, estoy en el último autobús dirección Venezia Santa Lucia-Venezia Mestre. Hay mucha gente aquí dentro, la mayoría luce igual: nariz roja, ojos llorosos. La tos y los estornudos no faltan, pero a nadie le importan porque estar aquí después de un largo día de invierno es reconfortante, muy cómodo. Hay demasiada gente y es divertido porque todos tenemos ese ambiente de fiesta dentro, entonces hay calor y felicidad. Se escuchan risas, pláticas en idiomas que ni siquiera reconozco, una que otra señora italiana que se va quejando de los turistas y el anuncio de las estaciones del autobús.

Estoy parada casi a la mitad del ómnibus, me estoy agarrando de uno de los tubos mientras veo las luces del camino a través de los vidrios empañados e intento que el extranjero que se está apoyando en mí no me tire. Hago lo posible por hacerme ver despreocupada de cómo su espalda se está recargando casi por completo en mi hombro y brazo, como si yo fuera el tubo. Hago que mis movimientos sean bruscos para que se despegue de mí, pero no lo consigo.

Siento cómo mi diversión se convierte en enojo, pues en mi estómago va creciendo ese malestar de no saber si lo está haciendo a propósito o está borracho, al igual que la mitad de los que están aquí. Estefany, mi compañera de intercambio, comienza a leer en voz alta algo,

³ Traducción: “¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!”. (Alighieri, 1921: 23)

no entiendo por los demás sonidos, así que me acerco a ella con este pretexto y el extranjero casi se cae al perder a mi brazo como soporte, ya no se vuelve a recargar.

Intento comprender de qué habla Estefany, porque mencionó que no habría clases durante la próxima semana, pero no entiendo si habla de un meme, de un comunicado de su facultad o quizás de la UNAM porque hay paro. Siento que poco a poco en mi cara va apareciendo una sonrisa de burla, porque sé que no comprendo. Ella lee y lee, cuando termine tendré que preguntarle de qué estaba hablando todo ese tiempo.

Despega sus ojos de la pantalla de su celular y me voltea a ver, no comprende mi expresión, así como yo tampoco comprendo la suya. Finalmente, pregunto a qué se refiere y ella, como desesperada por tener que volver a leer todo, me explica que es un comunicado que está en *Facebook*⁴, fue publicado por la Università degli Studi di Verona, donde ambas cursamos nuestro intercambio. La misiva avisa que, debido a los casos detectados de personas con el nuevo Coronavirus esta tarde en el norte de Italia, las instalaciones de la universidad permanecerán cerradas del 24 al 29 de febrero.

Mi reacción es incómoda para mí y para las personas que me rodean, pues suelto una carcajada por la que hasta el extranjero adormecido y borracho que estaba recargado en mi brazo por fin nota mi existencia. Creo que la incomodidad viene de que Estefany me está viendo con una clara expresión de que no entiende mi reacción y no hay alguien riéndose conmigo.

La escena cada vez se vuelve más extraña, en mi mente simplemente estoy repasando todas aquellas ocasiones en que Estefany bromeó sobre los contagios de Coronavirus desde que llegamos a Italia. Y es que el 30 de enero se dio a conocer que la península tenía sus primeros pacientes con el virus, desde entonces mi compañera se dedicó a hacer bromas acerca de todos los turistas asiáticos que nos encontramos por la calle y tosían, estornudaban o se limpiaban la nariz. En realidad, pensé que era otro de sus chistes acerca de lo que estaba pasando en China, hasta que me di cuenta de que ella me seguía viendo como esperando otra reacción de mi parte, buscando respuestas.

⁴ En línea:

<https://www.facebook.com/univr/posts/pfbid02KHeCMReV74T5FjNvZ1FBCKHJnLMmhPDqSxkTSD6NJ8rNexhWFA6nk7eNksTK464tl> (consulta: 08 de agosto de 2022).

Vuelvo a reír porque siento que es una situación muy inverosímil y no quiero verme como tonta cayendo en uno de los comentarios burlescos de Estefany, pero ella no dice nada más, solo me está viendo directamente a los ojos, esperando a que yo diga algo. Entonces siento que mi boca es como el autobús en el que estamos, solo que, en vez de personas, se llena de preguntas que intentarán salir al mismo tiempo.

“¿Cuántos son?”, “¿dónde están?”, es lo primero que pregunto, es lo que sale de mi cabeza, sin tener un filtro para hacer entendibles mis cuestionamientos. Estefany niega con la cabeza, como si rechazara mi lenta reacción. Llegamos a la parada más cercana al AirBnB⁵ donde dormimos y bajamos del autobús entre empujones de otras personas que también quieren salir. A partir de este momento, todo ocurre demasiado rápido.

Estefany simplemente no me responde, no entiendo por qué y me desespera porque mi celular no tiene pila y no sé de qué hablaba hace un minuto. Caminamos casi como si estuviéramos corriendo porque hace mucho frío y parece que va a llover, ahora hay demasiada humedad, incluso el asfalto se ve como mojado. La gente que festeja el carnaval a estas horas por las calles de Mestre hace mucho ruido, me molesta porque no me deja pensar, concentrarme y comprender. Por su parte, Estefany ya está en otro tema, le envía mensajes de voz a su novio sobre lo que vimos hoy.

Intento traer a mi mente aquella nota que leí en la madrugada del primer día del 2020. Esa noche, como acostumbro antes de ir a dormir, entré a *Twitter* y me encontré un tuit en el que un usuario invitaba a buscar “Coronavirus” en *Google* y deseaba que con eso iniciáramos nuestro “feliz año nuevo”. Cubierta con mis cobijas, hice lo que el tuit indicaba, los párpados ya me pesaban mucho, pero quería mantenerme despierta hasta más tarde, por ello que buscaba una forma de distraerme y cualquier cosa podría ayudar.

Encontré varias notas de medios de comunicación pequeños en los que se dio a conocer que en China se había descubierto un nuevo virus que causa insuficiencia respiratoria. Se reportó que ya existían muchos casos de contagios detectados, pero no podían dar cifras exactas debido a las restricciones de comunicación en dicho país. Algunos periódicos describían una

⁵ AirBnB es una aplicación que da servicio a nivel mundial, a través de la que cualquier persona puede arrendar habitaciones o propiedades completas. Coloquialmente también se le llama AirBnB al lugar que se renta.

escena de película de zombis, pues decían que el virus se puede transmitir a dos metros de distancia por el aire, se interna en el organismo a través de la boca, nariz y ojos.

Lo que pensé en ese entonces, fue que quizás era otra noticia falsa que buscaba incentivar la teoría de que el fin del mundo llegaría con el último año del siglo. También pensé que, si era verdad, únicamente esperaba que no arruinara mi intercambio, faltaba poco para mi partida hacia Italia. Hoy, 22 de febrero, mientras casi corro detrás de Estefany, lo único que recuerdo de aquello que leí era que el tuit deseaba que tuviéramos un feliz año nuevo si habíamos buscado qué era el Coronavirus.

Llegamos a nuestro alojamiento y pongo a cargar mi celular porque necesito decirle a mi familia que estoy bien, así como también quiero advertirles que, si ven alguna noticia sobre los contagios, no se preocupen.

Se enciende la pantalla, me meto a *Facebook* y el comunicado de la universidad es lo primero que aparece en mi página de inicio. Tomo una captura de pantalla y abro *WhatsApp*. Ni se me ocurre saludar a mi familia, simplemente les envío la captura de pantalla y les escribo: “Van a cerrar la escuela la siguiente semana porque al parecer hay varios casos de Coronavirus, pero no se preocupen, todo bien”.

Mis papás y hermana me dicen que me cuide. Esa respuesta tan vaga me molesta, ¿de qué me voy a cuidar? También me piden ya ir a dormir, es tarde, así que me despido y les deseo que tengan un buen día. Me pongo mi pijama, lista para a que mis ojos se cierren.

Mientras que espero a que el sueño me lleve, busco cuántas fueron las personas contagiadas que se registraron ese día y por qué la universidad tomó medidas tan estrictas, la UNAM no haría eso por una decena de casos de Coronavirus en el país y en mi mente estoy torciendo los ojos mientras no dejo de repetir un “qué exagerados”. Quiero estar en las aulas de la universidad de Verona, porque me emociona ya que más bien parecen auditorios con asientos que parecen de cine.

Uno de los primeros resultados que me arroja *Google* sobre lo que está sucediendo es del periódico *Il Gazzettino*, el cual informó por la tarde que han sido 16 personas las que resultaron positivas al Coronavirus en Véneto; 12 son de Padua y 4 de Venecia, una de ellas

murió la noche anterior. También se reportaron hasta 15 casos de contagios comprobados en Lombardía⁶.

En primera instancia, el sentimiento no es de miedo, sino de incertidumbre. La mayoría de los medios exclusivamente presentan cifras de contagios, son pocos los que procuran explicar qué es esta nueva enfermedad que ni mencionan su nombre y la llaman “enfermedad del nuevo Coronavirus”, qué es el SARS CoV-2 y por qué existen estas medidas tan drásticas en torno a los contagios que se van registrando, pero aun así fallan en dar una respuesta concreta. Es poca la información con la que se cuenta, o quizás sí hay, pero casi toda viene de medios chinos y existe cierto recelo de que sea falsa.

23 de febrero

Despierto gracias al ruido de la maquinaria que limpia las calles de Mestre por la mañana. No pasan de las 8:00 horas, pero está bien porque Estefany y yo tenemos planeado ver la premiación del concurso *La Máscara más Bonita del Carnaval*, el cual se celebra en la Plaza de San Marcos.

Nuestra primera preocupación es desayunar lo más rápido posible para tener un buen lugar entre el público; y no olvidamos la noticia de ayer —de hecho, está por todos lados la conferencia de prensa que dio el presidente del Véneto respecto a la situación—, es que simplemente la atmósfera en Mestre está muy normal. Hay mucha gente en las calles, en el transporte, en los cafés. Lo único que ha cambiado es que no hay personas enfermas, ni siquiera se escucha que alguien estornude o se aclare la garganta y hay algunas con un cubrebocas que encontraron en su casa.

La situación es muy diferente en la isla de Venecia, hay mucha seguridad y todos los oficiales portan una mascarilla que se ve muy reforzada y que nunca había visto, mas que en videos de youtubers que exploran las zonas más radiactivas de Chernóbil. Alguno que otro turista también trae un cubrebocas de los que utilizan las personas que trabajan en la construcción,

⁶ “Coronavirus in Veneto. Il contagio si allarga: sono 16 le persone infette”, *Il Gazzettino*, Padova, 22 de febrero de 2020. En línea: https://www.ilgazzettino.it/nordest/padova/coronavirus_casi_veneto_mappa_contagio-5067987.html (consulta: 08 de agosto de 2022).

pero, además de eso, todo está igual que ayer. Hay mucha gente, incluso más que los días pasados.

El tiempo se nos va en ver la Basílica de San Marcos y luchar por caminar entre la gente. Esta iglesia es preciosa, todo brilla, nunca había visto una pared que brillara incluso cuando no hay luz. Quisiera tomarle una foto, pero no está permitido. Estefany sí lo hace y automáticamente siento envidia de no hacerlo, principalmente por miedo a que alguna autoridad me vea y me quiera sacar.

Al salir de la basílica me duele la nuca de ver hacia arriba, así que intento mantener la cabeza hacia abajo mientras camino. En el adoquín de la Plaza de San Marcos hay mucho confeti, hay perritos con disfraces de carnaval y hay un sin fin de faldas que rozan mis tenis, me da miedo pisarlas porque es obvio que son atuendos caros, que la gente se tarda meses en conseguir únicamente para presumirlos en este festival.

Los trajes son para personificar a gente de la aristocracia del siglo XIII; mientras las mujeres utilizan vestidos largos, muy anchos y con varias capas de tela, los hombres visten trajes con medias y abrigos muy gruesos. Es una fiesta de color, de extravagancia y máscaras que dan miedo.

Noto que hoy a los que participan activamente en el carnaval se les hizo gracioso portar máscaras de médico de la peste negra. Pienso “qué coincidencia”, y también rondan en mi cabeza las preguntas “¿qué tan eficaz podría ser esa máscara contra el Coronavirus?”, “¿qué tanto sirven los cubrebocas contra esta enfermedad?”, pero rápido se esfuman.

Le pido a Estefany que nos guíe porque me niego a levantar la cabeza, así que nos lleva hasta el lugar en donde menos gente hay y estamos más cerca del escenario para la premiación de *La Maschera più Bella del Carnevale di Venezia* (La máscara más bonita del Carnaval).

No pasaron más de cinco minutos cuando Estefany y yo ya estamos completamente rodeadas de personas que también quieren ver la premiación. Siento que me empujan y, al mismo tiempo, veo la forma en que, delante de mí, después de una valla, se forman los concursantes. Levanto la vista solo porque Estefany me dice que voltee a ver, hay un globo gigante justo delante de nosotras.

Y sí, un hombre joven está vestido como si viniera de la época de la Revolución Industrial, tonalidades cafés, un pantalón corto con tirantes, zapatos extraños y gruesos, una boina y un lazo rodeando su cintura, mismo que mantiene a una altura corta a un globo gigante que parece aerostático, mide cerca de dos metros de diámetro, calculo en mi mente para después contarle a mi familia, y no entiendo cómo se mantiene en el aire sin levantar del piso a la persona que lo lleva.

Me vuelve a doler la nuca, y bajo la mirada al piso, entonces aprovecho para sacar mi celular y contarle a mi hermana, Ivonne. En ese momento me doy cuenta de que tengo muchos mensajes de varias horas atrás, son de mi mamá y hermana, me preguntaron si estaba bien y, al final, ambas me mandaron el mismo mensaje: “Contesta en cuanto veas tus mensajes, por favor”. No me hacen sentir alarmada, lo cual es muy extraño, pero es porque simplemente me preguntan qué estoy haciendo y cómo estoy, no obstante, son muchos, casi 10 por cada una.

Respondo como puedo, con una mano, porque de por sí ya estoy dándole de codazos a la persona que está a mi derecha. En verdad, hay demasiada gente. “Estoy bien, perdón. No había visto el celular desde hace rato y tengo mala señal”, escribo y envío a mi hermana, porque sé que mi mamá ya está dormida y no la quiero despertar. Inmediatamente me responde Ivonne, me dice que en la casa estaban preocupados porque ella leyó que las actividades del Carnaval de Venecia se habían cancelado, querían saber qué iba a hacer, si había adelantado mi regreso a Verona.

Ya había imaginado que la desinformación pudo haber comenzado a circular, pero no tan rápido. Yo le envío una foto del joven que sostiene el globo y escribo: “Pues yo estoy en medio del carnaval, jaja”. Ella me envió una captura de pantalla de una nota del portal de noticias de *BBC*, la habían compartido en *Facebook* y decía: “Coronavirus: Italia adelanta el cierre del carnaval de Venecia al registrar el ‘mayor brote’ de la enfermedad en Europa con al menos 7 muertes”⁷. También me comparte el enlace de una nota similar, pero del sitio de la revista *Forbes*.

⁷ “Coronavirus: Italia adelanta el cierre del carnaval de Venecia al registrar el "mayor brote" de la enfermedad en Europa con al menos 7 muertes”, *BBC*, 23 de febrero de 2020. En línea: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51603131> (consulta: 08 de agosto de 2022).

Me siento entre confundida, enojada y ansiosa, pues lo que menos quiero es que mi familia se preocupe por mí gracias a noticias falsas, principalmente porque siento que estoy formando parte de una nota amarillista. Es extraño, pero parece como si me estuvieran apuntando con el dedo, alguien, quienes sean los responsables de difundir ese tipo de noticias, porque me están haciendo ver como una persona irresponsable, cuando no lo soy, o eso creo.

Contesto a mi hermana con muchos “jajaja”. Le explico que todo está bien y me disculpo por no haber visto sus mensajes antes, no era mi intención que se asustara. Ella me responde que ella es quien debería pedirme perdón, me pide que me cuide y que los tenga actualizados de cualquier noticia que salga.

Mientras se lleva a cabo la presentación de los contendientes del concurso, leo la nota de *Forbes*. También busco aquella de *BBC*. Ambas notas hablan de lo mismo, pero con diferentes palabras: informan un resumen de la conferencia de prensa que dio Luca Zaia, el presidente del Véneto, la tarde-noche del 22 de febrero, pero también una que dio Giuseppe Conte, presidente del Consejo de Ministros de Italia, en la noche⁸. Recuerdo haber visto algo anoche en las noticias, cuando Estefany y yo estábamos acomodando todo para dormir, pero nada en concreto.

A mi incertidumbre del día anterior por la falta de información, se le suma la desconfianza, pero no estoy segura si es hacia los medios en general, a los políticos y sus conferencias de prensa o a la realidad tangible en la que me encuentro inmersa, que no refleja nada de lo que leí, vi y escuché de la prensa. Estoy aquí, en medio de tanta gente, en una fiesta gigante en la que nadie se preocupa por lo que anunciaron en las noticias, ¿dónde está el caos que debería de provocar una noticia de este tipo?

Regreso mi mirada al celular y busco qué informó *Il Corriere della Sera*, el periódico italiano en el que más confío y uno de los más importantes de aquí. Después de leer su “minuto a minuto” del Coronavirus en el país, leo notas de otros medios, porque siento que se me doblan las rodillas, me duele el estómago y se me secan los labios de sorpresa.

⁸ “Cancelan Carnaval de Venecia por Coronavirus”, *Forbes*, 23 de febrero de 2020. En línea: <https://www.forbes.com.mx/cancelan-carnaval-de-venecia-por-coronavirus/> (consulta: 08 de agosto de 2022).

Pocos medios nacionales han resaltado el hecho de que las actividades de los últimos dos días del Carnaval serán canceladas, pero es algo confirmado y los medios internacionales solo hablan de eso, hacer ver a este último día como una bomba de tiempo, pronto podría explotar todo. La *BBC* informó sobre 230 contagios de la enfermedad del Coronavirus y 7 muertes por lo mismo en el norte de Italia; *Forbes*, 100 casos de contagios y 2 muertes. Ambos medios hablan de “medidas extraordinarias”, utilizan términos como “frenar”, “contener”, “el peor brote” y “aislamiento en cuarentena”.

Al leer tales palabras, pienso que sería bastante normal ver gente asustada por todas partes, desesperada por salir de Venecia o, al menos, intentando mantener distancia de los demás, pero no, la situación es muy diferente. En este momento, lo menos que quiero es preocuparme, no imagino lo que sucederá. Desconozco que a partir de esa noche lloraré a diario, sola en mi dormitorio, por la ansiedad y desesperación que siento al saber que estoy en medio de uno de los primeros focos de contagio de la primera gran pandemia del siglo XXI.

No puedo ver la premiación del concurso de máscaras porque hay mucha gente y estoy muy dispersa, así que mejor le pregunto a Estefany si quiere ir a caminar a otro lugar para pasar de la mejor forma nuestras últimas horas en Venecia. Ella acepta y nos saca de la multitud entre la que estamos. Desde ahí nos dedicamos a pasar al menos cinco veces por el Ponte di Rialto buscando tomar fotos bonitas entre tanta gente y comprar algún *souvenir* del carnaval.

En menos de cinco horas, mi celular está lleno de mensajes que no pude leer porque me preocupa no poder admirar lo suficiente las callecitas por las que camino. Estoy de nuevo en el autobús de regreso a Mestre, que está casi vacío. Leo todo lo que me enviaron y no puedo detener cómo va creciendo esa sensación de preocupación en mi pecho. La realidad que me rodea no me da señal alguna para preocuparme, pero los medios continúan diciendo que el norte de Italia se encuentra en una situación crítica por el alza constante de contagios de Coronavirus.

Mi mamá me envía muchas notas de voz, pidiendo que me comunique en cuanto pueda. Algunos de mis amigos me preguntan cómo estoy y me envían lo que han visto en redes

sociales sobre la forma en que se va consolidando el inicio de la emergencia sanitaria en Italia.

De nuevo, lo primero que hago es disculparme con mi familia por tardar en contestar, les hago saber que estoy bien y ya casi tengo que tomar el tren de regreso a Verona. En menos de tres horas debería estar en mi dormitorio, es decir, a medianoche.

Ya estoy en el tren, comparto con Estefany videos del caos que hay en Lombardía: estaciones de trenes que están desbordándose de gente, mientras que las personas que se quedan afuera se pelean a golpes, y gente vaciando supermercados.

Esto porque hace unos minutos, la noche de este 23 de febrero, además de que muchos otros países anuncian el cierre de sus fronteras a cualquier persona o exclusivamente a Italia, también se decreta por disposición oficial el “cierre” de 11 municipios del norte de Italia (10 de Lombardía y uno de Véneto), pues el número de muertes de personas con el Coronavirus había subido a tres, las últimas dos se reportaron en Lombardía.

En cuanto a los contagios, siguen en un alza exponencial: 22 en Véneto y 112 en Lombardía (según medios italianos). Ya no solo existe oficialmente la *Zona Rossa* (“zona roja”, en italiano, llamada así por ser el epicentro de casos), misma que se anunció ayer 22 por la noche, sino que también surge la *Zona Gialla* (“amarilla”) y la *Zona Verde*, como si fuera un semáforo⁹.

La frontera con Lombardía del lado de Véneto está a menos de una hora de mi dormitorio, es decir, en el norte del país. El miedo no se ha apoderado de mí, pero porque me siento un poco divertida —algo que no confesaré nunca en voz alta—, es como una pequeñísima descarga de adrenalina. Soy una de las tres alumnas de la UNAM que están en Italia este semestre, estoy en medio de un evento que está alertando a todo el mundo y todos mis amigos, o incluso quienes no lo son, me están enviando mensajes para saber qué está pasando; me siento el centro de atención. No comprendo la gravedad de la situación.

⁹ “Coronavirus, ecco i ‘super divieti’ di Zaia: stop Carnevale, cortei e lezioni”, *Il Corriere del Veneto*, 23 de febrero de 2020. En línea: https://corrieredelveneto.corriere.it/veneto/cronaca/20_febbraio_23/coronavirus-25-veneti-contagiati-ecco-super-divieti-zaia-stop-carnevale-cortei-lezioni-a922b3d6-563f-11ea-ad34-ac5978962346.shtml (consulta: 08 de agosto de 2022).

La noticia que circula habla de un DCPM (*Decreto del Presidente del Consejo de los Ministerios*, por sus siglas en italiano,) que se impuso hoy mismo, ordena que a partir de mañana lunes 24 de febrero, no se permitirá entrar ni salir de los municipios de la *Zona Rossa*. Asimismo, quedará bloqueada toda actividad laboral y exclusivamente permanecerán abiertos hospitales, supermercados, tiendas de alimentos y farmacias.

En la *Zona Gialla*, que son los municipios aledaños a los pertenecientes a la *Zona Rossa* o en los cuales se han reportado algunos casos de contagio, las universidades y museos quedan cerrados hasta el 2 de marzo y se invita a los residentes de este lugar a mantener distancia y, si es posible, comenzar una auto cuarentena.

Dieron a conocer que, para quienes trabajen fuera de su municipio o tengan la necesidad de salir de la *Zona Rossa*, se necesitará de una “auto certificación”, un formulario que será rellenado y firmado por la persona que quiera salir o entrar, ateniéndose a las consecuencias y a las multas que esto representa si es que miente en sus razones.

A este método de contención se le llama el “método Wuhan” (Fatiguso, 2020:16) porque es parecido al que impusieron en Wuhan cuando iniciaron los contagios de esta nueva y extraña enfermedad. El método consiste en poner a todos los pobladores de una ciudad en cuarentena, suspendiendo vuelos, trenes y todo medio público de transporte, deteniendo su movimiento.

De esta forma, con estas "medidas de contención", se mantendrán a cerca de 10.000 personas en aislamiento gracias a multas de hasta 250 euros o arresto por hasta tres meses si no se respetan. Pese a la situación, guardo la calma porque ni Verona ni Venecia son parte de la Zona Roja.

24 de febrero

Después de haber llegado ayer a mi dormitorio y ver el caos que tenían mis compañeras de piso, me di cuenta de que es pertinente buscar el que será mi equipo de protección y mi despensa de las próximas dos semanas.

Y es que ayer, antes de subir al tren de regreso a Verona, Estefany y yo buscamos cubrebocas y gel antibacterial en todas las farmacias que nos encontramos en el camino, y en ninguna había. Al llegar a Verona nos sucedió lo mismo, incluso en varios lugares nos informaron

que ya tampoco tenían alcohol. Desde ese momento me di cuenta de que la situación estaba avanzando demasiado rápido y yo no estaba teniendo la oportunidad de siquiera pensar en qué podría hacer.

Estoy tranquila porque tengo una botella de gel antibacterial conmigo porque desde la secundaria acostumbré a tener conmigo un sanitizante, pero de ahí en fuera, no tenía nada; me faltaban cubrebocas, guantes desechables y comida para esta semana.

Lo que me detiene de salir a buscar lo que necesito es que el reporte de contagios dentro de la *Zona Rossa* se está actualizando cada hora y es notable el aumento de los números. Desde muy temprano actualizo las páginas oficiales para ver cómo está siendo el avance, al mismo tiempo me doy una idea aproximada de qué es lo que está pasando en toda la república, pero eso no me hace comprender por qué desde la noche anterior le temo tanto a la situación y siento la necesidad de seguir y seguir leyendo. Quiero saber qué está pasando, qué debo hacer, qué seguirá, pero no hay respuestas, únicamente cifras.

Todo viene del SARS CoV-2, una cepa de Coronavirus, que no se sabe con exactitud dónde apareció por primera vez. Lo que se ha encontrado es que la mayoría de este tipo de virus lo portan murciélagos, pero es difícil comprender cómo pudo pasar de un murciélago a un ser humano. Otra cosa que se sabía es que pudo haber surgido en un mercado de la provincia de Hubei en Wuhan, China. Este mercado tenía la característica de que se podían comprar animales vivos para consumo humano.

La nueva cepa de Coronavirus, y la enfermedad que resulta al contraerlo, se mantuvo hasta ahora como tema de interés principalmente para Asia, porque durante sus inicios, diciembre del 2019, China negó los rumores de la existencia de un virus así de peligroso en su territorio.

Después de que los contagios subieron y comenzaron las muertes, el 23 de enero del 2020, el gobierno chino declaró que pondrían a su población en un método de contención especial, el que después fue llamado *Wuhan*, y construirían un hospital de mil camillas en 10 días. A pesar de esto, el Director General de la Organización Mundial de la Salud (OMS), Tedros

Adhanom Ghebreyesus, declaró que el Coronavirus no representaba una emergencia de salud pública a nivel mundial¹⁰.

Fue hasta el jueves 30 de enero cuando el Director General de la OMS declaró que el Coronavirus se había convertido en una emergencia que atenta contra la salud pública a nivel global¹¹. En China ya se habían reportado más de 7 mil casos y 170 muertes. En casi todas las provincias del país había al menos un contagio y comenzaban a registrarse algunos en diferentes países de Asia.

La enfermedad fue nombrada el 11 de febrero por la OMS: Covid-19. El nombre es el resultado de las siglas de “corona”, “virus” y “disease” (*enfermedad* en inglés), el “19” representa el año en que se originó, 2019¹².

En los casos más graves de Covid-19 se contrae una pulmonía atípica, que causa insuficiencia respiratoria. Los síntomas pueden comenzar a percibirse después de una o dos semanas de haber contraído el virus; algunas personas pueden nunca desarrollar síntomas fuertes, otras sí, inclusive podrían confundir la dificultad para respirar, la fiebre y la tos con cualquier influenza.

Lo verdaderamente preocupante es que no hay una cura, los pacientes están siendo tratados como se trata a uno con influenza grave. La mortalidad es de un 2% en China y el contagio es a través de las pequeñas gotas de aliento de la persona infectada, que salen con la tos o los estornudos y pasan a otra persona por tocarse los ojos, nariz o boca con las manos contaminadas. El contagio es demasiado fácil y la recuperación muy complicada.

La atmósfera en Verona ya es completamente diferente fuera de mi dormitorio. Hay poca gente caminando por las calles, más patrullas de lo común y los supermercados están sin

¹⁰ En línea: <https://twitter.com/DrTedros/status/1220420753700597763?s=20&t=IiwVunYAIVEpAKk-vnRWXA> (consulta: 08 de agosto de 2022).

¹¹ En línea: <https://twitter.com/DrTedros/status/1222982861369880586?s=20&t=IiwVunYAIVEpAKk-vnRWXA> (consulta: 08 de agosto de 2022).

¹² “Naming the coronavirus disease (COVID-19) and the virus that causes it”, Organización Mundial de la Salud. En línea: [https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/technical-guidance/naming-the-coronavirus-disease-\(covid-2019\)-and-the-virus-that-causes-it](https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/technical-guidance/naming-the-coronavirus-disease-(covid-2019)-and-the-virus-that-causes-it) (consulta: 08 de agosto de 2022).

comida enlatada, verduras y frutas, cubrebocas, guantes, alcohol, gel sanitizante, así como cualquier producto de limpieza de superficies. También muchos locales como restaurantes y cafeterías han decidido cerrar, inclusive a pesar de que en esta ciudad no pertenece a la *Zona Rossa*.

De regreso a mi dormitorio, envió un mensaje en el chat de mi familia, les aviso que no pude conseguir nada para protegerme del virus. Yo no estoy preocupada por este hecho, pero mi mamá sí, así que me avisa que en cuanto pueda saldrá a comprar cubrebocas y toallas sanitizantes para mandármelas por una paquetería privada en su modalidad exprés, así el miércoles yo ya podré salir tranquilamente.

Por la tarde, mientras estoy viendo una serie en mi celular, comienzo a recibir correos de la Università degli Studi di Verona, en ellos me piden que confirme que durante el fin de semana no estuve en contacto con algún posible caso de contagio. Asimismo, me preguntan si actualmente me encuentro dentro de las instalaciones de los dormitorios, piden que comparta mi estado de salud actual y, si pienso salir de Italia, informar cuándo será, pues la universidad está dispuesta a ayudar con trámites burocráticos a los estudiantes de movilidad que planean regresar a su país.

Como voy avanzando en la lectura del correo, siento cómo aumenta mi preocupación, además, siento mi cara muy caliente porque pienso que me lo enviaron por algo. En mi cabeza empieza a dar vueltas la idea de que posiblemente alguien me vio en Venecia, en medio de toda esa gente del Carnaval y quieren que me exponga y me haga responsable de lo que pueda pasar. Pienso que, si alguna de mis seis compañeras de dormitorio se enferma y regresa a casa así, yo seré la culpable de todo, incluso de las muertes que esto pueda desencadenar. En realidad, yo me preocupo más por los familiares de mis compañeras, pues según la información que ha salido sobre el virus, a ellas no les pasaría nada si se contagian, porque son jóvenes.

28 de febrero

La semana transcurrió entre muy poca información sobre el Coronavirus, con calma porque pensamos que la situación se normalizará el próximo lunes, y yo finalmente tengo entre mis

manos lo que mi familia me envió desde México: tres cubrebocas con doble filtro para polvo, los cuales son muy extraños y reforzados, y al menos otros 15 quirúrgicos.

A lo largo de la semana he conseguido con éxito comprar fruta y verdura, pero he tenido que ir desde muy temprano al supermercado, pues se hacen filas en las puertas para poder comprar este tipo de alimentos. No obstante, en todos lados, en cualquier tipo de tienda o farmacia, todavía hay un anuncio en las puertas en el que informan que hay desabasto de alcohol, guantes desechables, gel antibacterial y todo producto que sea para desinfectar superficies, por lo que sí es un alivio haber recibido el paquete de mi familia.

He salido por las noches con mis compañeras que todavía están en el dormitorio y he visto cómo poco a poco la vida nocturna vuelve a la normalidad. De hecho, ayer y hoy los bares, los cafés y los restaurantes volvieron a estar llenos de gente como cualquier fin de semana, pocos usan cubrebocas. En las calles hay decenas de personas abrigadas, con copa y cigarro en mano —como acostumbran los italianos—, se divierten bailando y platicando; en la Piazza Brà, la cual se encuentra frente a la Arena de Verona, hay niños corriendo por todas partes, también juegan con monopatines y bicicletas. El miedo se esfumó en solo cuatro días.

Hoy salgo a cenar con dos de mis *roomies* porque la situación con nuestra movilidad se volvió incierta, y queríamos salir juntas al menos una vez. Compartimos seis waffles entre las tres y cada una pide un chocolate caliente que tiene no sé cuántos ingredientes, pero es el típico de Italia, muy espeso, oscuro, dulce pero no empalagoso y perfecto para los 5°C a los que estamos.

Nos reímos de las anécdotas de Iza aquí en Verona. Ella es polaca, lleva ya seis meses aquí, pero también estudió parte del bachillerato en alguna otra ciudad de Italia. Francesca nos cuenta sobre su vida; nació en Estados Unidos y vive allá, pero su papá es de Turín, de hecho, posiblemente esta misma noche se vaya con él durante esta semana. La plática nos lleva a lo mismo siempre: ¿qué ocurrirá con nosotras?

Nos preocupa que esta tarde la universidad hizo una actualización acerca de las medidas que tomará por el Coronavirus¹³. Se anunció que durante la semana, técnicos y profesores

¹³ En línea:

<https://www.facebook.com/univr/posts/pfbid0zpWUNRZqpPcohpxxxN5UZ79e6vKwqJPa1AGMNF1B16m1w9UKPd6o1TADLYSnbU6KI> (consulta: 08 de agosto de 2022).

trabajaron de la mano para que toda actividad se desarrolle en línea a partir del 2 de marzo pues, por disposición oficial, es hasta entonces que se emitirá un nuevo DPCM, el cual dará a conocer si las medidas de contención se mantienen o no.

He conversado con mi familia, Estefany, algunos amigos que he hecho en mi corta estancia en Italia acerca de lo que puede pasar en los próximos días, y todos hemos estado de acuerdo en que los contagios no han aumentado tanto como para que se deban imponer medidas de contención más estrictas. Comento esto con mis compañeras de dormitorio y ellas comparten mi opinión, así que esperamos lo mejor y pensamos en las cafeterías y gelaterías¹⁴ que deberíamos visitar juntas en los próximos meses.

No obstante, al contrario de lo que piensa mi círculo cercano en Verona y yo, la situación va tomando un mal rumbo. Hasta este día, se han reportado 888 contagios que se concentran en Lombardía (531), Véneto (151) y Emilia-Romagna (145). Del total de casos, 345 están en recuperación, 64 están en terapia intensiva, 46 están en tratamiento y 412 están en aislamiento domiciliario ya que son asintomáticos.

Hay 21 fallecidos hasta la fecha, pero la página de Protección Civil de Italia informa que todos los decesos han sido de personas que ya presentaban alguna otra patología y son adultos mayores, es decir, no habían muerto *por* la Covid-19, sino *con* ella¹⁵.

Aunado a las cifras, desde el pasado 22 de febrero hay muchas notas y artículos de poca credibilidad que vagan por *Facebook* y *Twitter*, algunos hablan de la forma más rápida y fácil de auto diagnosticarse, otras sobre cómo el Coronavirus se puede matar con enjuagarse la boca con agua caliente y sal o que, siendo una influenza más, la Covid-19 se puede curar incluso en sus casos más graves con antibióticos.

Algunas notas van más allá y se atreven a advertir del cierre de tiendas en toda Italia por meses, o especulan que la Covid-19 llegó a través de inmigrantes nigerianos, incluso, algunos internautas han compartido en *Instagram* videos en donde, supuestamente, se muestra cómo

¹⁴ Negocios en los que venden gelatos, postre italiano similar al helado

¹⁵ “Covid-19: i casi in Italia alle ore 18 del 28 febbraio”, *Ministerio della Salute*, Roma, 28 de febrero de 2020. En línea:

https://www.salute.gov.it/portale/news/p3_2_1_1_1.jsp?id=4117&lingua=italiano&menu=notizie&p=dalministero (consulta: 08 de agosto de 2022).

los chinos con restaurantes en Italia tienen medidas desagradables y muy poco higiénicas en la forma en que cocinan.

En los comentarios de esas extrañas imágenes que están circulando en redes sociales, los usuarios escriben que seguramente gracias a ellos el SARS-CoV-2 se está esparciendo rápidamente por el país. Poco falta para que comiencen las teorías conspirativas.

La OMS ya había advertido que esto sucedería gracias a la facilidad que tenemos de difundir información en internet, de hecho, era de esperarse por cómo comenzaron los rumores de existencia del virus.

Li Wenliang, oftalmólogo de Wuhan, el 30 de diciembre compartió con otros médicos a través de mensajes en la plataforma *WeChat* —similar a *WhatsApp*, pero china—, sobre una nueva enfermedad causada por una cepa de Coronavirus; alertaba que algunos de sus colegas habían sido puestos en cuarentena porque su salud había decaído hasta el punto en que no se sabía si sobrevivirían.

Las capturas de pantalla de esta conversación fueron filtradas por uno de los médicos y difundidas a través de *Weibo*, la red social más importante de China, y su impacto fue masivo. Debido a esto, el 31 de diciembre el gobierno chino informó que se había iniciado una investigación por los “rumores” que habían sido difundidos sobre una enfermedad sumamente infecciosa y que hacía colapsar los pulmones, negando la existencia de ésta.

El 3 de enero se reforzó la idea de que la enfermedad de la que se habló era un rumor falso. Li Wenliang se ve obligado —por el gobierno— a firmar una declaración en donde “admite” que lo que dijo en las conversaciones fue falso y acuerda no hablar más de lo mismo. Li guardó silencio hasta el 31 de enero, cuando compartió en *Weibo* la declaración que le hicieron firmar en su contra.

Con el silencio de Li, el mismo 3 de enero el gobierno declaró que seguiría investigando quiénes fueron las personas que subieron las capturas de pantalla a *Weibo*, ocasionando un “impacto negativo” en la sociedad. Poco después, con el golpe de la Covid-19, el mundo

supo que quienes compartieron las imágenes eran todos doctores y nada fue un “rumor falso”¹⁶.

Después de que Li compartió lo sucedido, el 2 de febrero la OMS advirtió sobre la “infodemia” que está ocasionando el Coronavirus. Lanzaron una campaña con un boletín de cuatro páginas acerca de cómo prevenir esta “epidemia” y cómo verificar la veracidad de la información que circula en medios de comunicación y redes sociales.

Este nuevo término, “infodemia”, acuñado por la OMS: “se refiere a un gran aumento del volumen de información relacionada con un tema particular, que puede volverse exponencial en un periodo corto debido a un incidente concreto como la pandemia actual”, se lee en el boletín (OPS, 2020: 2). Es decir, es una epidemia de información.

Según la OMS, el riesgo de esta ola de información es que las noticias se producen desde todos lados del mundo y no sabemos quién las crea, con qué intenciones y con cuánta calidad; podemos caer en noticias falsas, sacadas de contexto, inventadas, también llamadas mundialmente como *fake news*. Esto puede empeorar la pandemia, pues no permite que se tomen las decisiones correctas, al causar ansiedad, depresión, agobio y un sin fin de emociones.

Finalmente, en el boletín se menciona que uno de los puntos principales que se deben seguir para ayudar a la lucha en contra de la *infodemia* sobre la Covid-19 es confiar en la OMS, apoyar a la ciencia, corroborar nuestras fuentes —sobre todo de las “cadenas” de *WhatsApp*—, seguir aprendiendo y consultar información desde los enlaces que se comparten en ese documento.

En realidad, para mí no son nada útiles las recomendaciones que dan porque yo ya tengo a mis medios reconocidos favoritos, a través de ellos consulto información verificada. No obstante, mi problema viene de ahí mismo ya que comencé a consumir información de forma compulsiva y las noticias que recibo nunca son buenas por obvias razones.

¹⁶ Xixing Li, Weina y Fuzhen Zhang, “Who Was the First Doctor to Report the COVID-19 Outbreak in Wuhan, China?”, *Journal of nuclear medicine*, junio de 2020. En línea: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC7262218/> (consulta: 08 de agosto de 2022).

Siento la necesidad de ver, leer y escuchar noticias con tal de que haya nueva y alentadora información acerca del Coronavirus, pero no, siempre es lo mismo: no se encuentra un tratamiento absoluto a la Covid-19, no se encuentra una forma en que la gente se pudiera proteger al 100%, y el contagio puede ser de mil formas pese a los cuidados, las muertes siguen en aumento y más los contagios.

Por otro lado, tengo a mi mamá que constantemente me envía información que le es compartida por *Facebook* y *WhatsApp* en imágenes. La mayoría se tratan de teorías conspirativas que podían ir desde "el Coronavirus es el fin del mundo", hasta en las que se decía que el Coronavirus no es real y todo el caos es inventado por los medios de comunicación y los gobiernos para mantenernos en casa mientras son instaladas las antenas 5G, las que nos controlarán toda la vida, dejándonos estériles.

Lo que es claro, sean *fake news* o no, la información que se difunde, todas comparten la misma raíz y apuntan a que el Coronavirus se ha vuelto el enemigo invisible, incluso Giuseppe Conte, el presidente del Consejo de Ministros de Italia, y el Director General de la OMS lo han nombrado así, porque no se puede tocar, ver o percibir de alguna forma, sino hasta que hayan pasado dos semanas de que te contagiaste y, quién sabe, quizás eres asintomático y no lo descubrirás.

1 de marzo

Por la tarde-noche de este domingo fue publicado un nuevo decreto, en este simplemente se anunció la ampliación de las medidas ya impuestas hasta el 8 de marzo, añadiendo que no están permitidas reuniones del gobierno ni ninguna manifestación en todo el país ante la próxima conmemoración del Día Internacional de la Mujer¹⁷.

Con esta noticia, algunas de mis *roomies* que se habían ido con sus papás, avisan que regresarán por sus cosas, pues según han informado sus países, no podrán regresar a Italia hasta dentro de al menos un mes. A mí me pone muy ansiosa que ellos estén tomando

¹⁷ "Covid-19, in gazzetta ufficiale il Dpcm 1 marzo 2020. Tutte le misure di contenimento per zone", *Ministero della Salute*, 1 de marzo de 2020. En línea: <https://www.salute.gov.it/portale/nuovocoronavirus/dettaglioNotizieNuovoCoronavirus.jsp?id=4137> (consulta: 08 de agosto de 2022).

decisiones tan fuertes y definitivas, pues con cada decreto se insiste que las cosas podrían mejorar y quizás en unos días todo vuelva a la normalidad. También me preocupa porque cuando les dé la noticia a mis papás, seguramente ellos me van a pedir que vuelva a México.

4 de marzo

Esta tarde se anuncia que se publicará un decreto especial, pues será el más difícil de acatar, así que a través de redes sociales y medios de comunicación el gobierno pide a su pueblo que estén al tanto de las nuevas medidas que se impondrán.

Finalmente, por la noche se hace oficial que el aislamiento tomará fuerza, pues se anuncia que todas las restricciones se prolongarán hasta la mitad de marzo, con altas probabilidades de que esta medida se extienda. Es decir, por al menos otras dos o tres semanas más tendré que estudiar desde el dormitorio.

Está claro que yo también tengo que comenzar a tomar decisiones, pues no sé si lo mejor sea quedarme en Italia o regresar a México. No sé qué tan mal pueda avanzar la situación y sigo muy preocupada por no saber si contraí el virus durante el Carnaval de Venecia.

Después de leer el aviso del gobierno, salgo de mi habitación, donde únicamente estaba yo, pues mis dos compañeras se fueron con sus papás por esta semana. Me encuentro con las demás chicas del dormitorio. Islandia, Polonia, España y Estados Unidos son sus países de residencia, por lo que están discutiendo en nuestro pequeño comedor qué hacer, ya que, de acuerdo con su decisión, tendremos que cambiar algunas de nuestras reglas.

Lo que comenzó como una plática, toma fuerza y pasa a ser discusión. Yo no he hablado en los cinco minutos que llevo ahí, parada viéndolas y escuchándolas, recargada en la estufa. Me da miedo moverme y que los gritos se dirijan a mí por no participar activamente en el debate.

Entonces, Morgan, la estudiante de Estados Unidos, menciona que con la pandemia de gripe A (H1N1)¹⁸ fue igual y no duró mucho tiempo el confinamiento, por lo que me pregunta a mí: "¿Cierto, Evelyn? Tú lo viviste, me contó mi mamá lo que pasó, ella es médico", y todas voltean a verme.

Lo recuerdo bien, días enteros en casa y el único que salía era mi papá, porque él siempre ha sido el único sostén económico de mi familia. Recuerdo cómo nos contaba de las veces que se peleaban en los supermercados o cuando traía paquetes de los cubrebocas más sencillos que había.

Me acuerdo de cómo el Día del Niño, cuando ya existía alerta de epidemia y la escuela en la que mi hermana y yo estudiábamos decidió cerrar sus instalaciones por unos días, mi papá trajo pizzas individuales congeladas y eso comimos. Me sentía feliz de estar en casa y no tener que convivir con mis compañeros en la escuela, pero ¿cuánto tiempo tiene de esto?, ¿cuántos días duró el confinamiento?

Simplemente le sigo la corriente a Morgan y le digo que sí, que sí lo viví de niña y que seguramente ocurrirá algo similar aquí en Italia con el Coronavirus. Quizás permaneceremos un mes en aislamiento y ya. No hay de qué preocuparse, no hay por qué darse de baja del semestre o desalojar el dormitorio. No sigo hablando porque Morgan retoma su discusión con Claudia, la chica de España.

Mientras Morgan alega que, ya que su mamá es médico y le ha explicado qué es el Coronavirus, ella sabe más que nosotras sobre lo que podrá pasar, que no actúen de forma precipitada y dejen de estar asustando a otras sin motivo. Claudia, por su parte, argumenta que no le importa lo que le digan, ella no piensa que esto vaya a ser de unas cuantas semanas y regresará a España porque ahí estará segura.

De hecho, se queda callada cuando su mamá le habla, pone el altavoz porque solamente ella y yo hablamos español, así que sabe que las demás no entenderán la plática y le da igual que la escuchen. Todas la vemos platicando con su mamá, quien le dice que ya le compró un

¹⁸ La pandemia de gripe A (H1N1) inició formalmente como tal en junio de 2009, cuando la OMS declaró la emergencia sanitaria, y terminó en septiembre de 2010, pero solo algunas personas estuvimos realmente confinadas por unas cuantas semanas.

boleto de avión y que en la madrugada dejará Italia. Le hace saber que consiguió su pasaje a 200 euros, y Claudia le pregunta por qué tan costoso, pues usualmente gasta máximo 50 euros en un vuelo así. Es obvio, "por el *lockdown*".

Claudia termina la llamada, nos dice: "Bueno, pues esperemos que sea como en México". Las otras chicas no saben que a partir de mañana Claudia no estará más aquí y estoy muy sorprendida. Me fascina saber que únicamente yo sé que ya no estará en el dormitorio y seguramente su partida será dramática.

5 de marzo

No sé qué hora es, pero el sol todavía no sale. Escucho a Iza y Claudia llorar en el comedor, se están despidiendo. Ellas fueron compañeras de aventuras el semestre anterior y claramente les afecta separarse tras tantos meses de estar juntas, pues, además de todo, compartían habitación.

Vuelvo a dormir y me despierto horas más tarde. Mientras hago mi desayuno, Iza sale de su habitación y me da la noticia de que Claudia ya está en España. Es un golpe de preocupación y sorpresa, porque es algo definitivo: ya no está e, inclusive, se encuentra con su familia. Además, no puedo dejar de lado que me maravilla la rapidez con la que en Europa puedes ir de un país a otro.

Me preocupa mucho que las demás también decidan dejar el dormitorio, pues posiblemente de la universidad me pedirán desalojarlo si me quedo sola y no tendré a dónde ir. Espero las mejores noticias de las chicas que volverán este fin de semana, ojalá ellas decidan quedarse.

8 de marzo

Se impone un nuevo decreto esta tarde. Con este se agregan nuevas restricciones para la *Zona Rossa*, pues se comprobó que la gente no muere *con* la Covid-19, sino que muere *por* la Covid-19. Ahora se debe de respetar una distancia de al menos un metro entre cada persona en todos los lugares públicos, está prohibido todo tipo de reunión, no se permitirá el ingreso a ningún local a cualquiera con una temperatura corporal con más de 37.5°C, quedan

prohibidos todo tipo de eventos deportivos, se imponen horarios para restaurantes, bares e iglesias y se recomienda a las empresas trabajar a modo *home office* (*trabajo en casa* en inglés). Asimismo, se extiende el cierre de escuelas en todo el territorio hasta el 3 de abril¹⁹.

Para hacerle frente a esta noticia y distraernos, Estefany y yo planeamos visitar la mayor cantidad de museos que podamos, pues además de que no sabemos qué nos espera en Italia, el municipio de Verona anunció que hoy todos sus museos tendrán entrada gratis para mujeres con el fin de conmemorar el Día de la Mujer.

No obstante, cuando salgo del dormitorio y llego al casco histórico, hay poquísima gente y muchísimos negocios nuevamente están cerrados. Me encuentro con Estefany y nos planteamos la posibilidad de que los museos también estén cerrados, pues no se ve mucha actividad.

Y así como lo supusimos, absolutamente todos los museos cerraron. El señor encargado del Museo Civico di Storia Naturale se encontraba cerrando las puertas del recinto cuando nosotras llegamos, nos da la noticia de que hace unos minutos el alcalde de Verona, Federico Sboarina, ordenó a los museos cerrar por hoy, pues esperaban una gran afluencia y no se pueden permitir ese lujo cuando los contagios siguen creciendo.

Por tanto, Estefany y yo decidimos subir a Castel San Pietro, un muy bonito castillo desde donde se puede tener una de las mejores vistas de la ciudad porque está construido encima de una colina. No somos las únicas que nos quedamos únicamente con esa opción, en nuestro camino nos encontramos decenas de personas con el mismo plan. Ahora no me siento bien por estar haciendo esto, nuevamente pienso que estoy siendo irresponsable y se me pasa el día con el mismo pensamiento.

Cuando regreso al dormitorio veo a Francesca, ella es una de mis compañeras de habitación y no la veía desde la noche en que salimos a tomar chocolate. Había regresado de Turín con su papá, estuvo estos días con él y vinieron a empacar sus cosas. Se irá a Turín hasta que la universidad avise que podemos volver a clases presenciales. Me abraza llorando y me dice: “Espero esta no sea la última vez que nos vemos”, le regalo un chocolate que había comprado

¹⁹ “Decreto del Presidente del Consiglio dei Ministri”, *Gazzetta Ufficiale della Repubblica Italiana*, 8 de marzo de 2020. En línea: <https://www.gazzettaufficiale.it/eli/id/2020/03/08/20A01522/sg> (consulta: 08 de agosto de 2022).

para cenar y le deseo buen viaje. Esa es la primera noche que duermo con mi cuarto semivacío.

9 de marzo

Otro decreto es firmado. Las medidas del anterior DCPM se extienden a todo el territorio nacional y esto convierte a toda Italia en *Zona Rossa*. El caos es total: supermercados son vaciados, trenes dejan de dar servicio, se cancelan cientos de vuelos y se desploma el turismo. Ya no es opción para mí regresar a México si es que en algún momento lo consideré, ya que los vuelos que costaban desde 7 mil pesos mexicanos se elevan hasta alcanzar los 50 mil²⁰.

Soy testigo todo ese día de cómo Italia, país que por su naturaleza geográfica y cultural aglomeraba gente, se ve obligada a dejar parte de sus tradiciones debido a la pandemia del Coronavirus. 60.3 millones de personas entramos en aislamiento obligatorio; de forma oficial, todo el país entra en *lockdown* y con medidas de contención muy estrictas.

Desde este lunes 9 de marzo, Italia concentra fuerzas y estrategias de su gobierno en la comunicación; hacen alianzas con radiodifusoras, empresas de entretenimiento, televisión y redes sociales con tal de que su mensaje llegue a su población.

La primera estrategia comienza con llamar al último decreto firmado “Io resto a casa” (*Yo me quedo en casa*), con ello crean cuentas en redes sociales por región, encargadas de difundir información acerca del Coronavirus. En estas plataformas cada comunicado oficial lleva la etiqueta o *hashtag* homónima que los medios de comunicación deben usar también para firmar publicaciones con información verificada acerca del progreso de la emergencia sanitaria.

La segunda estrategia comienza este mismo día con una foto que da la vuelta al mundo: una enfermera en el hospital de Cremona —uno de los más sobreocupados con casos de Covid-

²⁰ “Decreto del Presidente del Consiglio dei Ministri”, *Gazzetta Ufficiale della Repubblica Italiana*, 9 de marzo de 2020. En línea: <https://www.gazzettaufficiale.it/eli/id/2020/03/09/20A01558/sg> (consulta: 08 de agosto de 2022).

19 de Italia, después del de Bérgamo— se queda dormida frente al monitor de la computadora en donde se registra lo que sucede diariamente en el hospital.

La historia de esta enfermera, Elena Pagliarini, es la primera que se cuenta desde las trincheras de la lucha. En la foto, ella está completamente protegida por varios trajes especiales, es obvio que se quedó dormida de un momento a otro y a todos nos rompe el corazón y nos preocupa ver el nivel de cansancio que puede llegar a sufrir el personal de salud, pues ellos son quienes nos están salvando²¹.

Se ha vuelto imposible contar la historia individual de cada uno de los que han muerto por la Covid-19, que hasta ese día son 463, elevando la tasa de mortalidad del virus a un 20%, por lo mismo, al menos una vez a la semana surge la foto de uno o varios héroes médicos que se encuentran en el frente de batalla.

Estoy muy sorprendida por cómo todo esto pudo pasar en menos de dos semanas. Me siento en el vacío porque, a partir de que salió el DCPM, nadie quiere dar las cosas por sentado, todo se vuelve un “quizás”. Quizás si te quedas en casa, no te contagias; quizás si consumes agua con limón, los síntomas son menores; quizás los contagios bajarán en abril; quizás tengo que regresar a México; quizás perderé este semestre y tendré que devolver el dinero de mi beca a la UNAM.

²¹ “La foto simbolo dell’infermiera sfinita dopo il turno all’ospedale di Cremona”, *Il Gazzettino*, 9 de marzo de 2020. En línea: https://www.ilgazzettino.it/italia/primopiano/coronavirus_foto_simbolo_infermiera_sfinita_ospedale_cremona-5100316.html (consulta: 08 de agosto de 2022).

*Quivi pianti risonavan per l'aere sanza stelle*²²

“Hemos llegado al lugar donde te dije que verías dolorida gente”

Dante Alighieri, Divina Comedia

Verona es una pequeña ciudad al norte de Italia, justo entre Milán y Venecia, al sur de los Alpes. Pese a que su fama es mucho menor a otros lugares de la península, hay muchos turistas ya que sus principales atracciones son la Arena y el que aquí se desarrolla la trama de *Romeo y Julieta*, de William Shakespeare. En su casco histórico se reúnen a diario decenas de grupos de extranjeros que contratan guías turísticos para conocer las iglesias principales, las plazas, los castillos y las ruinas romanas.

Desde que llegué a Verona, a mediados de enero, comprendí por qué vienen tantos turistas, pero se habla poco de la ciudad. En realidad, no tiene muchos museos con pinturas de artistas con gran reconocimiento, ni estructuras gigantes que te quitan el aliento, como sí los hay en Roma, Venecia, Florencia y cualquier otro lugar italiano muy famoso, sino que su belleza se encuentra en los detalles.

En el centro histórico está una de mis calles favoritas, Via Mazzini. Es una calle peatonal en donde están todas las tiendas de lujo, pero a mí no me interesa ver cosas de Gucci, Sephora, Bvlgari o Pandora, o cualquiera de esas marcas, porque mi presupuesto ni me lo permite. Es para mí maravilloso caminar por aquí porque el suelo no es otra cosa que un increíble y muy resbaloso mármol rosa que conecta Piazza Brà, donde está la Arena, y Piazza delle Erbe, donde se concentran bares y un tianguis.

El mármol de Via Mazzini no es el único suelo maravilloso y resbaloso en Verona, en realidad, así es todo el centro. Cada que salgo de mi dormitorio un día lluvioso, es una pesadilla, porque por toda la ciudad hay baldosas de un material similar al mármol y es imposible caminar rápido por ahí cuando está húmedo. Sin embargo, cuando voy despacio, cuidando de no caerme, debajo de la lluvia, siento que tiene su lado romántico, simplemente porque es Italia.

²² Traducción: “Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos”. (Alighieri, 2006:23)

Calles muy angostas, Fiats, vespas de muchos colores —aunque principalmente rojas, azules y beige—, andamios en absolutamente todas las calles por mantenimiento de alguna casa muy antigua, ventanas y persianas de madera abiertas de par en par, bares —que en realidad son lo que en español conocemos como “cafés”—, iglesias góticas y enormes, pizzerías en cada calle, árboles sin hojas, fuentes y bebederos, edificios muy antiguos que siento que en cualquier momento se me vienen encima, y todo increíblemente limpio. Esa es la Verona que me hace pensar que estoy en el lugar más utópico que alguna vez imaginé, inclusive ahora, que estoy encerrada en mi dormitorio.

A partir del 9 de marzo mis días se aplanaron completamente, son una rutina que no quiero romper por llegar a perderme en mis pensamientos. Despierto a las 5 de la mañana por ansiedad, desayuno, intento ejercitarme, tomo clases de dos de mis tres únicas materias (en las que no debo participar ni hacer tarea, pues ni siquiera son en vivo y se califican con un único examen oral final), leo, cocino y como, tomo una siesta cuando hay un poco de ruido en la calle, hago una videollamada con mi mamá —ya que ella ha decidido que es la mejor forma de mantener bajo control mi salud física y mental—, ceno mientras veo algún programa y me voy a dormir hasta las 2 de la mañana, si es que fue un buen día.

Hay días en los que mi rutina cambia un poco porque tengo que ir al supermercado o toca tirar la basura y, al regresar al dormitorio, me meto en un riguroso proceso de limpieza. Estos se han convertido en mis días favoritos, pues a pesar de que es muy tedioso para mí el tener que obligatoriamente usar cubrebocas, guantes y gel antibacterial en la calle, disfruto de salir y ver que no existo solamente yo y las ambulancias que no dejan de pasar, sino también personas que caminan muy rápido y con semblantes asustados.

Y es que el 10 de marzo me quedé casi completamente sola. Morgan e Iza seguían estando en Verona, pero no dormían en nuestro dormitorio. Aunado a eso, no está permitido salir a caminar, hacer ejercicio, comprar cosas innecesarias o hacer cualquier cosa fuera del lugar donde vives. Como “recomendación”, que más bien parece regla, se debe salir una vez al día a comprar cosas del supermercado o tirar la basura, pero únicamente se puede ir a los lugares más cercanos.

Desde que estoy sola, se ha convertido en algo obsesivo estar al tanto de las noticias, me siento enferma, sé que debo parar por mi bien, pero no puedo; al leer historias como la de la

enfermera Pagliarini puedo ver que hay personas pasándola mucho peor que yo, y me reconforta saber eso, aunque sé que es muy frío y egoísta. Percibo el estar atenta a las noticias como mi más importante responsabilidad y pienso que es la forma de aminorar mi ansiedad, porque así puedo estar informada, tener noción de cómo se mueve el "enemigo invisible", como ahora algunos medios y políticos italianos llaman al Coronavirus, y ser precavida con mis acciones.

Sin embargo, pese a que prometo leer al día exclusivamente la nota acerca del número de contagios, no puedo, y sigo leyendo información sobre la Covid-19, como progresos en la cura, medidas económicas que se han tomado, qué sucederá conmigo en los peores escenarios ya que no me entregaron mi identificación de residente, cómo ha progresado la situación en México, también veo historias de familias con integrantes contagiados, y, sobre todo, veo fotografías.

Hay algunas fotos que me golpean más que otras, hay unas que incrementan la ansiedad y otras que la disminuyen. Por ejemplo, el 13 de marzo el hospital de Bérgamo, Papa Giovanni XXIII, amaneció con una gigantografía de una obra de Franco Rivoli²³. En la imagen, una médica porta su equipo de protección, carga en brazos, como a un bebé, a un mapa de Italia rojo, blanco y verde, y ella lo ve con ternura. En la parte superior está escrito: "A tutti voi... Grazie!" (*A todos ustedes... ¡Gracias!*), refiriéndose al personal sanitario.

Fue puesta porque ese día se reportaron 2,547 contagios, 100 menos que el día anterior. La fotografía de la gigantografía en el hospital se convirtió como un regalo tanto para los médicos, como para el pueblo italiano. Fue como un respiro para todos después que la OMS declarara el 11 de marzo que el brote de Coronavirus se había convertido en pandemia porque ya había gente contagiada en casi todo el mundo.

Ese tipo de imágenes se sienten como un alivio después de haber sido acosados con historias, fotos y videos del personal sanitario durmiendo en las instalaciones de los hospitales, con marcas o sangre en la cara por utilizar todo el tiempo su equipo de protección, llorando o incluso desmayándose por haber trabajado por varias horas seguidas.

²³ "Coronavirus, gigantografia e scritta "Grazie a tutti voi" all'ospedale di Bergamo", *Il Giorno*, Bergamo, 13 de marzo de 2020. En línea: <https://www.ilgiorno.it/bergamo/cronaca/coronavirus-gigantografia-ospedale-1.5067201> (consulta: 08 de agosto de 2022).

También me conmovió mucho ver cómo a partir del 12 de marzo la gente comenzó a salir por sus balcones a convivir un poco con los vecinos, cantando y tocando música. Esto vino de la mano con una nueva campaña, “Andrà tutto bene” (*Todo estará bien*). Los vecinos se dieron cuenta de que pueden animar a otros a través de pequeñas acciones desde sus casas y comienzan a colgar mantas con arcoíris pintados y esa frase escrita. El gobierno tomó la frase y la agregó como *hashtag* a las publicaciones en redes sociales en donde se habla de números bajos de contagios y muertes.

Ese día pude dormir a las 2 de la mañana, porque el ruido de mis vecinos me daba calma y me arrullaba, me hacía saber que no estaba sola. Sin embargo, la paz que trajo para mí esta nueva campaña se vio completamente interrumpida cuatro días después, cuando Iza me anunció que se iba.

Tocó la puerta de mi cuarto y me dijo que su tren partía por la noche, así que podía quedarme con sus cosas que dejaría en el refrigerador. Recuerdo que nos reímos juntas mientras me explicaba cada cosa que tenía guardada porque yo no sabía qué eran o cómo se comían. Al irse, me abrazó y dijo que esperaba volver a verme en Semana Santa, y yo realmente pensé que la volvería a ver, que de nuevo nos sentaríamos juntas en nuestro pequeño comedor para ver series.

Después de su partida, vino la peor ansiedad que he sentido; me había quedado completamente sola en el dormitorio y llegó el primer pico de contagios en Italia. En redes sociales lo único que se veía era el número de muertes y las fotos de “i mezzi militari a Bergamo”, *los vehículos militares en Bérghamo*. Fue una pesadilla. Esas imágenes provocaron que se me cerrara la garganta, que diera bocanadas sin poder tomar aire, que sintiera que me estaban tapando la nariz para no respirar, náuseas, mareos y, al final del ataque, un temblor en todo el cuerpo que me dejó sin fuerzas y con mucho miedo.

Fueron las fotos de la madrugada del 19 de marzo, en donde se podían ver filas larguísimas de camionetas militares que habían convertido en carrozas, pues salieron de Bérghamo con varias decenas de féretros de muertos por Covid-19²⁴. Las imágenes comenzaron a ser

²⁴ Paolo Berizzi, “Bergamo, non c'è più posto: 70 mezzi militari portano le salme fuori dalla regione”, *La Repubblica*, Bergamo, 18 de marzo de 2020. En línea:

difundidas en internet solo minutos después de que por primera vez fueron publicadas. Los hornos del municipio no tenían tanta capacidad y los cuerpos tenían que ser incinerados, por lo que la solución fue llevarlos a regiones vecinas.

Esos vehículos reforzaron mi idea de que era el fin del mundo, pues se veían completamente solos en la carretera, supuestamente estaban llenos de cuerpos y la mayoría de las fotos eran en la madrugada, como si quisieran llevar a los muertos durante la noche para que no fuera una imagen tan fuerte para el pueblo italiano, pero la oscuridad que rodeaba a las camionetas hacía ver todo peor, muy lúgubre y frío. Ese día se registraron más de 5 mil contagios en 24 horas, el número total de casos ascendía a 41,035, de los cuales 3,405 ya habían fallecido.

Las imágenes rondaron por todos lados desde esa madrugada y parecían un regaño para todos los que habíamos festejado el 12 de marzo por la disminución de contagios. No dejaron de repetirlas hasta que ese pico bajó, meses después. Desde entonces, las frases “Io resto a casa” y “Andrà tutto bene” se hacen más fuertes o débiles en redes sociales según el número de contagios diarios. Los días en que veo que son más difundidos, me hacen sentir peor porque sé que significan más contagios o más muertes, es decir, la continuidad del encierro y el miedo.

Entonces, me di cuenta de que debía restringir también mi tiempo en *Facebook* y *Twitter*, porque esas frases son capaces de manejar mejor mi actitud y humor diarios que los DPCM frente a las medidas de restricción y contención. No obstante, me pasa lo mismo que con la información, pues siento necesario ver por todas partes esas palabras, me hacen sentir que en verdad todo estará bien.

Algún día de marzo, casi abril

Las calles están tan vacías que hay días en los que no se escucha un ruido y eso empeora mi ansiedad, hay otros en los que se escuchan ambulancias todo el tiempo, pero que extrañamente me tranquilizan, y lo único que me distrae es leer noticias con la esperanza de que los contagios hayan disminuido o milagrosamente se haya encontrado la cura contra la

https://www.repubblica.it/cronaca/2020/03/18/foto/bergamo_non_c_e_piu_posto_70_mezzi_militari_portano_le_salme_fuori_dalla_regione-251650969/1/ (consulta: 08 de agosto de 2022).

Covid-19. Cuando debo estar encerrada en mi cuarto, mis únicos acompañantes son mi laptop y mi celular, mismos que me permiten tener una conexión con el mundo fuera del dormitorio.

Techo alto y blanco, como las paredes. Aproximadamente, mi habitación mide 6x6 metros y siento que es mucho para mí. Hay tres camas individuales, tres escritorios que miden 1x.50 metros y tres clósets. Tanto las camas, como los clósets y escritorios, están llenos, pero solamente los míos no se están llenando de polvo. Se siente tan vacío aquí.

Hay dos ventanas gigantes, es lo que más me gusta de mi habitación porque están lejos de mi cama, pero a la distancia perfecta para que el sol me dé en la cara por las tardes y pueda tomar mi siesta con ese calor, sin cobijas. Cuando estoy acostada de lado en mi cama, hacia la izquierda, con las ventanas de par en par y las cortinas recogidas, puedo ver las ventanas cerradas del edificio de enfrente, así como veo la cocina de un apartamento que está en el segundo piso del edificio que está al lado del que tengo enfrente.

Me gusta ver esto porque es como en las películas, como todos los productos visuales que consumimos sobre Italia, entre campirano, antiguo y moderno. Me siento como en la película *Call me by your name*²⁵ de Luca Guadagnino, que, por cierto, no es mi filme favorito, pero no lo puedo dejar de ver porque se convirtió en mi “lugar seguro” cuando comienzo a sentir que la ansiedad me va a comer viva. He llegado a ver esta cinta hasta dos veces al día, porque sí, la veo a diario.

Me gusta saber y pensar que estoy aquí, en el norte de Italia donde vacaciona la familia Perlman de *Call me by your name*, porque me hace saber que estoy viva y que, dentro de lo que cabe, estoy cumpliendo mi sueño. Veo bardas de color marrón o crema, grandes puertas de madera que dan acceso a los edificios habitacionales, ventanas con persianas de madera y techos también marrones.

El dormitorio está en el primer piso, por lo que desde mi cuarto escucho a los italianos platicar y reír muy fuerte, sí son muy ruidosos. En la mañana, me llega el olor a café y pan de los negocios que están a lo largo de la calle, y es que siguen dando servicio a través de aplicaciones para envío. En las tardes huele a pasta y, sobre todo, a pizza.

²⁵ *Llámame por tu nombre*, en su traducción al español, es una película multipremiada de 2017 que se filmó en el norte de Italia. Está basada en el libro homónimo de André Aciman.

En mi dormitorio hay otras dos habitaciones, la que está justo enfrente a la mía es de Iza y Claudia. Entre los dos cuartos, está nuestro pequeñísimo comedor, que no es más que una mesa del tamaño de un escritorio, con cuatro sillas pese a que en el dormitorio éramos siete. También hay un trinchador, una despensa y dos estantes para que pongamos lo que no cabe en la despensa, todo de madera color crema, muy sencillo, pero funcional. No televisión, no sala.

La cocina está entre la habitación de Morgan y Essi y la de Iza y Claudia. Es de color verde manzana, cuenta con una estufa de inducción, un horno, una tarja y un refrigerador pequeño. Al lado del cuarto de Morgan y Essi están los dos baños, ambos completos, pero uno está mucho más grande que el otro y cuenta con una muy grande ventana que da hacia el jardín del edificio. Debido a que estamos en el primer piso, desde nuestro baño también se ve el kínder de la universidad y las tejas marrones de algunos techos.

Al lado de los baños, frente al cuarto de Essi y Morgan, y junto a la habitación que comparto con Francesca y Agnieszka, está la puerta del dormitorio. Pese a que pareciera un lugar pequeño para siete personas, tiene la ventaja de que en la cocina/comedor hay otras dos grandes ventanas que hacen al espacio muy luminoso y da la impresión de que es grande, o al menos así lo siento estando sola con visitas ocasionales de Morgan, que no sé en dónde se está quedando.

Mis *roomies*, algunos vecinos estudiantes y otras personas que he conocido que tuvieron que regresar a sus países, me hicieron saber que están en cuarentena desde que llegaron a sus casas y no han podido siquiera saludar bien a sus familias y se sienten solos y aburridos, lo cual me hace sentir la más infeliz porque yo, sin estar en cuarentena en el dormitorio, también estoy sola y aburrida, sobre todo, no tengo la oportunidad de pensar que al salir de mi habitación podré saludar a mi mamá.

A través de los grupos de *Facebook* y *WhatsApp* que tenemos, me enteré de que varios de los estudiantes de intercambio que se alojaban con la universidad han perdido el semestre. También me contactaron algunos compañeros de generación que están en otros países haciendo su movilidad, querían saber si yo iba a regresar a México por la situación en Italia. Me desespera que me lo pregunten tantas veces al día porque no quiero pensar en ello, en

desperdiciar todo lo que he hecho, todo lo que me esforcé, por un virus. No quiero tirar todo el dinero que mis papás han gastado en mí por esta situación.

El departamento de Desarrollo Estudiantil, que se hace cargo de las movilidades estudiantiles en mi facultad, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, me contactó el 10 de marzo para saber qué haría y ahí comenzó el verdadero martirio de preguntarme a diario qué sucederá con mi semestre, pues ellos estaban abiertos a que yo hiciera lo que me dijera la universidad de aquí, es decir, si me pedían regresar a México, tenía que regresar; si no me decían algo, podía quedarme.

Me sentí muy abrazada por la UNAM cuando me dijeron que no perdería el semestre si decidía regresar a México, que, de hecho, intentarían hacer que me incorporara exitosamente el siguiente semestre en la facultad. Si quería quedarme en Italia, tampoco había problema, únicamente me pedían acatar las órdenes del gobierno y abstenerme de salir del país. Para mí, lo más lógico fue quedarme porque los vuelos son caros, es casi imposible salir de Italia ahora y, además, de la UNAM me aseguraron que no pasará nada si repruebo materias estando aquí, no habrá que devolver la beca ni nada, al contrario, me apoyarán.

Yo ya estaba más que preparada para mi semestre, inclusive, el único día que salí a cenar con Iza y Francesca hice lo posible por conseguir los libros que necesitaba para mis clases, pues uno de mis profesores nos dijo —al menos unas diez veces la primera vez que lo vimos— que era indispensable leer lo que nos pidió para poder estar en sintonía con lo que veríamos a diario. Lo que más me preocupaba y la principal razón por la que quería los textos a toda costa era porque todas las disciplinas de las materias a las que me inscribí son completamente nuevas para mí.

El 28 de febrero me desperté temprano porque me di cuenta de que estaba sola en mi cuarto por primera vez, pero me había asustado escuchar a una de mis compañeras llorar en la cocina del dormitorio, era Francesca. No quería salir de la habitación porque pensé que sería una situación incómoda, así que simplemente me hice la dormida mientras esperé poder salir.

Alcancé a escuchar toda la conversación, que en realidad fue una videollamada. El papá de Francesca le pedía que se fuera a vivir con él, en Turín, en lo que todo esto pasaba. Ella no quería, pero fue presionada por todos. Su mamá la había llamado en la madrugada para

decirle que regresara a casa, en Estados Unidos, también su universidad la contactó para advertirle que le quitarían cualquier tipo de ayuda si no volvía.

No sé cuánto tiempo duró esa conversación, pero fue lo mismo en esos días, inclusive, me había acostumbrado un poco. En los departamentos de arriba también había escuchado a otros estudiantes llorando mientras platicaban con sus papás y me desesperaba mucho, me enojaba por la ansiedad que causaba en mí oír su preocupación. Nunca entendí cuál era su propósito de hablar por altavoz con tus familiares, pero agradezco que lo hayan hecho, porque así me enteré de cuántos nos quedamos en los dormitorios.

Francesca terminó la conversación y yo esperé unos minutos más. Escuché que cerraba la puerta del dormitorio y me apuré para salir también porque posiblemente la librería iba a cerrar pronto, pues los DCPM habían obligado a ese tipo de negocios a reducir horarios. La alcancé abierta porque, literalmente, estaba a unos diez pasos de la residencia estudiantil donde estoy.

Hasta hoy, todavía me siento fastidiada porque los libros académicos son muy caros aquí y nadie cuenta con PDFs, se toman muy en serio todo lo que tiene que ver con derechos de autor y lo peor es que solamente pude comprar dos de los seis libros que necesito. Las bibliotecas ya están cerradas y yo ya no tengo ninguna forma de conseguir los que me faltaron, de hecho, los que pude comprar son usados, cosa que no me incomodaría si no estuviéramos en medio de una pandemia.

En la librería a la que fui tienen todo el material necesario exclusivamente para las únicas universidades que hay en Verona: La Università degli Studi di Verona y el conservatorio de música. El libro *Trauma* de Jeffrey Alexander me hubiera costado 20 euros, el de *Sociología General* 15 y los que son para la materia *Historia del libro y la imprenta*, 10. Únicamente pude comprar estos últimos porque en verdad tengo miedo a que en cualquier momento deba salir de Italia y no tenga dinero por haberlo gastado en libros.

Esto no lo sufriría en México, ahí en cualquier papelería me dirían que sin problemas me sacan copias de todo un libro que pedí de la biblioteca, aquí no. Si notan que son más de 15 páginas en copias, simplemente dicen que no les es posible sacar las copias y te ven mal.

¿Pude haber ido simplemente de papelería en papelería hasta tener todas las copias conmigo? Sí, pero no puedo permitirme dar paseos por media ciudad.

Al regresar de la librería, recuerdo haber visto a Francesca comiendo algo mientras veía a la nada con ojos hinchados, me avisó que su papá venía por ella en coche desde Turín. Ella también me dijo que había dejado cosas en el refrigerador por si las quería usar y salió del dormitorio casi corriendo. Regresó hasta la noche.

*Hit et nunc*²⁶

Todos los días me despierto alrededor de las 5:00 horas sin tener la necesidad de tener una alarma porque me desespera no escuchar ruido en la calle, incluso intento despertarme después, pero es imposible. Pese a que todavía se siente un poco de frío, duermo con las ventanas abiertas y las persianas cerradas, con la esperanza de oír algo. Me obligo a tender mi cama y quitarme la pijama porque he leído que hacer estas acciones ayudan a cuidar de la salud mental. Después, abro las persianas de par en par con la esperanza de escuchar algún ruido, pero ni siquiera se ve movimiento alguno por la calle, como si no pasara el tiempo.

Busco qué desayunar e intento gastarme al menos una hora preparando lo que sea que vaya a comer, porque cualquier mínima actividad que haga debe de prolongarse lo más que pueda para que yo no me quede en cama todo el día. Ya que mi horario escolar comienza a partir de las 8:00 de la mañana, espero hasta esa hora para desayunar, así me siento acompañada mientras como, pues todas son grabaciones que los profesores hacen de sí mismos exponiendo el tema de la lección del día y yo únicamente debo de verlas en la plataforma de la universidad.

Por el momento, tengo dos materias ya que una se canceló porque debía ser presencial, y puesto que quiero sí o sí terminar la licenciatura este semestre, tuve que buscar otra materia que comience estos últimos días de marzo, que se adapte a mi movilidad y los créditos que tengo que cumplir. Ahora únicamente estoy esperando a que mi solicitud de cambio de materias sea exitosa, si no, no sé qué haré.

²⁶ Traducción del latín: “Aquí y ahora”. Fue uno de los términos que el profesor Lorenzo Migliorati utilizó en sus clases para explicar cómo funcionan las primeras fases de la creación del trauma cultural.

Las dos materias que tomo actualmente, *Sociologia dei processi culturali* (Sociología de los procesos culturales) y *Storia del libro e dell'editoria* (Historia del libro y la imprenta), me ayudan a entretenerme y siempre me dejan reflexionando porque son temas que no conocía, pero era completamente mejor cuando eran presenciales.

La Università degli Studi di Verona me gustó mucho desde el primer día que la vi. Está dividida en al menos cinco edificios que se concentran justo al lado del casco histórico de la ciudad, es decir, en donde también están las residencias universitarias. Los edificios siempre están limpios y llenos de alumnos, una combinación que me sorprende.

La dinámica que experimenté en esta universidad me fascinó porque fue algo completamente nuevo para mí: compañeros que entraban al salón y se quitaban el abrigo para ponerlo en el perchero que abarca toda una pared, la mayoría traía su café en mano, desplegaban una silla, se sentaban y sacaban su laptop o tablet con teclado. Todos escuchábamos en silencio por al menos una hora al profesor, después él nos indicaba que teníamos 10 minutos de descanso, y la mayoría de los alumnos se salía a comprar un espresso de las máquinas de café que están por todo el edificio.

Los salones, en su mayoría, son grandes aulas o auditorios que pueden albergar desde 30 hasta 100 alumnos. Algunos tienen asientos acolchonados o sillas de madera plegables y todos los muebles parecen recién comprados y costosos. También tienen proyectores completamente funcionales, pizarrones muy limpios, las paredes están cubiertas de madera o son blancas y tienen grandes ventanas. Todo aquí choca con lo que estoy acostumbrada de mi universidad porque, además, el profesor está en una tarima, los asientos y las mesas están fijadas en el suelo y no existe una conversación con el profesor. Justo ahora extraño todo esto.

Estando aquí, en mis cuatro paredes blancas, no tengo ganas de estudiar, ni hacer cualquier cosa en general. Me siento frente a mi laptop en el escritorio, escribo algunas cosas que escucho y que pienso que son importantes, pero la mayoría del tiempo tomo el discurso de mis profesores como podcasts que me acompañan mientras intento volver a dormir, porque duran mínimo una hora.

La emoción del intercambio cultural se ha ido porque no puedo hacer nada, pero tengo la esperanza de que cambie. Desde la partida de mis compañeras de dormitorio todo se volvió

aún más cansado, ahora vivo de escuchar las llamadas por altavoz que tienen mis vecinos y mis clases. Limpio muy seguido el dormitorio, a veces hasta dos veces al día, veo la película *Call me by your name* diario, también veo alguna de las series que Iza y Francesca me recomendaron, o videos de recetas.

Hoy en particular decidí comenzar a leer *Trauma*, el libro para *Sociologia dei Processi Culturali*. Me inscribí en esta materia porque se me hizo muy llamativa desde un año antes de llegar aquí, pues veríamos la teoría del trauma social y el miedo líquido para poder explicar a la sociología de la cultura en los medios de comunicación.

Temía no saber a qué me enfrentaría tomando una clase de sociología en italiano, pero me daba muchísima curiosidad porque siento que esta ciencia me explica todo lo que no entiendo sobre mi propio comportamiento, además de que son temas poco estudiados en México.

La teoría de esta materia me golpeó desde el primer momento, desde el primer día de clases. “Cuestionen todo lo que vean desde el día de hoy: ¿por qué saludamos a las personas?, ¿por qué tienen que venir a clases?, ¿por qué hay señalamientos en las carreteras?”, dijo el doctor Lorenzo Migliorati cuando apenas había comenzado su clase.

Nos hizo preguntarnos todo: ¿por qué el aula es para 100 personas?, ¿por qué hay una gran tarima con un escritorio y un proyector gigante?, ¿por qué hay universitarios con su café espresso en mano que quizás ni siquiera toman café por gusto?, ¿por qué todos ponen sus laptops en las mesas y las grandes chamarras cuelgan de la pared?

Yo fui una de las únicas que no levantó la mano cuando pidió que lo hiciéramos si ya habíamos tenido una clase de sociología, por lo que también fui de las pocas en el salón que no comprendió hacia dónde iban sus extrañas preguntas, pero acepté el cuestionarme todo, aunque no sé si fue lo mejor según estas circunstancias.

La materia comenzó con Jeffrey Alexander y su explicación del trauma social/cultural: si vivimos un evento muy fuerte, tenemos la necesidad de repetir lo que sucedió a partir de diferentes representaciones, como para digerirlo mentalmente y no sentirnos tan mal como personas, porque el evento tuvo que haber sido tan trágico que no tuvimos tiempo para asimilarlo (Alexander, 2012: 6).

Para mi gusto, esta materia esta es una de las peores coincidencias que he tenido que vivir; todos los días siento que una fuerza divina me está señalando con un enorme dedo, y al mismo tiempo me está apachurrando contra el suelo mientras dice: "Llegaste a Italia para aprender sobre la construcción del trauma social, pero tienes que vivirlo en carne propia, así se quedará sepultada en tu cabeza".

Y es que, según la teoría de Alexander, todo comienza por el miedo de miedos: la muerte. ¿Por qué le tememos a la muerte?, ¿realmente yo le tengo miedo? Pensaba que no, pero estoy comprobando lo contrario día a día. La mayoría de las personas no queremos morir porque no queremos desaparecer, tampoco queremos que nuestros seres queridos se vayan para siempre.

Por tanto, para reducir el dolor o vacío provocado por la muerte, pero principalmente el miedo, hacemos uso de tres estrategias: 1) decir que existe algo más allá de la muerte; 2) rituales para despedirnos de nuestros seres queridos; 3) hacernos pensar que la razón por la que llegamos a la muerte es algo solucionable, hasta el punto de hacernos creer que pudimos haber prevenido el fallecimiento de una persona (Bauman, 2007: 69).

Nadie está preparado para morir ni para ver morir a un ser querido, ni para atravesar por un largo periodo la preocupación por ver que la muerte es una constante que lo está rodeando, aún peor sería si no se usaran como escudo las estrategias, pero, de hecho, a lo largo de la historia ha sucedido en repetidas ocasiones que sociedades enteras tienen que enfrentar una situación de este tipo. Guerras, atentados, grandes accidentes, terremotos y pandemias son los "eventos" de los que habla Alexander.

El trauma social comienza una vez que haya sucedido un acontecimiento tan fuerte que nos rompa como sociedad, es decir, que nos divida y nos separe de los demás (Alexander, 2012: 9). El profesor Migliorati dice que es justamente lo que estamos viviendo gracias al Coronavirus, al menos en Italia, pero mientras escucho la explicación del primer capítulo del libro y doblo la ropa que lavé ayer, me cuestiono si en verdad yo estoy viviendo algo así de terrible.

Quizás la respuesta es obvia desde el simple hecho de que estoy tomando clase desde mi habitación mientras hago quehacer y no en la universidad, como debería ser, pero la negación

es más grande. Me parece increíble —en toda la literalidad de la palabra— que yo esté atravesando el comienzo de un trauma social, porque quiere decir que soy parte y estoy sufriendo un miedo tan enorme por la cercanía de la muerte, que ni siquiera mi cerebro logra comprenderlo, pues la sociedad está tan desunida que no puedo escudarme con las estrategias culturales que hemos creado desde hace muchos años atrás contra el miedo a la muerte.

No me es claro si esto, mi trauma cultural/personal, comenzó desde aquel primer día en que tuve que quedarme encerrada en el dormitorio y someterme al aislamiento obligatorio o comenzó cuando mi ansiedad empezó a carcomer cada espacio de mi mente, o cuando ya no podía acercarme a la gente porque no quería hacerlo. Además, ¿cómo saber si es un trauma personal o colectivo?, ¿cómo saber si verdaderamente otras personas están sintiendo lo mismo que yo?

Según el profesor Migliorati: “El trauma individual es algo que se produce tan rápido que los individuos ni siquiera tienen la oportunidad de reaccionar, además de que se produce en sus psiques individuales; el trauma colectivo es un golpe a la estructura de la vida social que daña los lazos sociales (la comunidad, como apoyo, deja de existir)”, escribió en la diapositiva con la que nos insiste en que vamos a sufrir este encierro sí o sí porque así se ha visto a lo largo de la historia.

Si en verdad estoy siendo parte del inicio de un trauma social, como lo dice el profesor, pienso que es difícil comprender que estás atravesando por un fenómeno social cuando ni siquiera puedes ver a tus vecinos y las únicas veces que tienes contacto físico verdadero con otras personas es cuando, sin querer, chocas con una de las tres personas que han entrado contigo al supermercado y un guardia de seguridad les pide que vayan a pasillos diferentes, como me pasa cada que voy a comprar mi despensa.

Pienso que tampoco puedes estar consciente de cómo las otras personas están reaccionando ante lo que está sucediendo cuando tú misma tienes que lidiar con lo que te está pasando; problemas económicos, legales, escolares y familiares se te han ido acumulando porque no puedes hacer nada. Tu mundo se ha paralizado y no tienes cabeza para estar pensando en cómo están otros, pero los medios de comunicación son la puerta al mundo.

“El trauma puede venir en tiempo real, pero también antes (bajo forma de presagio) o después de que el evento ocurra (reconstrucción). Es posible incluso que los eventos muy traumatizantes no hayan siquiera tenido lugar”, porque todo se construye desde lo simbólico, explica Migliorati. Para este punto de la clase, que no va ni a la mitad, decido detener el video de hoy porque es mucha información que no logro —o no quiero— asimilar.

Ya es abril

Llegó el bonito abril, mes en el que pensé que ya estaría de regreso a la universidad y que volvería a ver a Iza. Ya han pasado cuatro semanas desde que inició el aislamiento aquí y hoy decidí comenzar a escribir lo que siento porque únicamente pienso en la muerte. Me da mucho miedo no saber hasta qué punto puedo pensar en ella. Me rehúso a platicarle a mi mamá, se preocuparía mucho, y tampoco creo que esto sea demasiado como para pedir ayuda profesional.

“Me siento rara, no sé cómo describir tanto vacío. Las cosas se están complicando. Ya ni sé qué esperar de todo esto. Justo ahorita, estoy completamente sola en el departamento. Me siento sola”, escribo en una nota adhesiva porque siento que ponerlo en una hoja de mis libretas haría más grandes y visibles mis sentimientos, y eso también me da miedo.

Como no tengo nada que hacer, mas que escuchar mis clases y hacer mis anotaciones, limpié el dormitorio y ahora iré a sacar la basura. Me resigné a que sacar la basura es mi actividad favorita de mi intercambio hasta ahora, porque no tengo que protegerme tanto como cuando voy al supermercado, raramente me encuentro a alguien y entendí que tengo que regresar a lavarme las manos. Sin embargo, me siento muy nerviosa cuando camino de regreso a mi edificio, pues no tengo nada en las manos que compruebe que no salí exclusivamente a caminar y no dejan pasar patrullas que podrían detenerme para preguntar qué hago fuera.

Todavía hace frío, los árboles siguen sin hojas y no hay en absoluto basura en el pavimento. Camino a los basureros más cercanos, que están a menos de 100 metros del dormitorio, y tras unos diez pasos, me encuentro con una canasta de mimbre. Parece como si la hubieran arreglado para un picnic, pero está junto a una pared que no tiene puertas ni ventanas puesto que es la parte de atrás de un edificio.

Me detengo por curiosidad para ver qué contiene. “Si necesitas algo, tómallo. Si tienes algo que te sobra, déjalo”, dice una hojita de papel que cuelga de la tela roja y blanca a cuadros, típica de estas canastas para picnic. Está llena de pasta, arroz, salsa de jitomate, pan y productos de higiene como champú y jabón líquido. Me hace sentir feliz verlo, es raro, pero me gusta notar que existe alguien más que yo con estos pequeños detalles.

Retomo mi camino y me doy cuenta de que el bote de basura de residuos inorgánicos está lleno de hojas que dicen: “Si necesitas ayuda, marca a la siguiente línea...”. En el bote escribieron a mano: “Si estás sufriendo por cualquier razón por culpa del virus, pide ayuda psicológica gratuita, no estás solo”.

No es para menos, para entonces ya había un incremento del 7.1% de síntomas de depresión en gran parte de la población italiana debido a esta emergencia sanitaria, según el Istituto Superiore di Sanità²⁷. Asimismo, la Università degli Studi di Torino²⁸ realizó un estudio con el que mostró que para estas fechas el 20% de su grupo analizado ya presentaba síntomas de estrés post traumático debido al aislamiento y todo el estrés y miedo que conlleva la pandemia. Pero todos estos datos publicados hasta meses después. Hasta hoy, que veo estas hojas que están a punto de caerse porque están casi despegadas y humedecidas, por primera vez en todos estos días, me doy cuenta de que no soy la única en este país que solo piensa en la muerte, que siente que se va a morir de ansiedad o Covid-19 y duerme menos de cinco horas al día. No puedo creer lo ¿insensible?, ¿egoísta? que fui al sumergirme en mí misma y no darme cuenta de que obviamente hay no miles, sino millones de personas que están sufriendo lo mismo o algo peor que yo. Es bastante evidente que no soy la única en esta situación emocional, pero, en verdad, en ningún momento de esta semana me había puesto a pensar en lo que conlleva el hecho de que todo un grupo social se sienta tan mal. Ahora me siento ensimismada por darme cuenta de la gravedad de esto y no terminar de comprenderlo.

Tiro mi basura y regreso casi corriendo al dormitorio porque creo que ahora sí comprendo de lo que hablaba el profesor en sus clases sobre Jeffrey Alexander y decido volver a leer desde

²⁷ En línea: [\(https://www.iss.it/web/guest/primopiano/-/asset_publisher/3f4alMwzN1Z7/content/id/6989413#:~:text=I%20risultati%20hanno%20mostrato%20un,agosto%20\(8%2C%25\)\)](https://www.iss.it/web/guest/primopiano/-/asset_publisher/3f4alMwzN1Z7/content/id/6989413#:~:text=I%20risultati%20hanno%20mostrato%20un,agosto%20(8%2C%25)) (consulta: 20 de octubre 2022).

²⁸ En línea: [\(https://www.insalutenews.it/in-salute/covid-19-impatto-drammatico-dellepidemia-sulla-salute-mentale-studio-indaga-i-livelli-di-ansia-depressione-e-stress/\)](https://www.insalutenews.it/in-salute/covid-19-impatto-drammatico-dellepidemia-sulla-salute-mentale-studio-indaga-i-livelli-di-ansia-depressione-e-stress/) (consulta: 20 octubre 2022).

el inicio el libro de la materia. “Un trauma cultural se verifica cuando los miembros [al menos uno de ellos] de una colectividad perciben haber sido golpeados por un evento terrible que ha dejado una marca indeleble en su conciencia grupal, manchando sus memorias para siempre y mutando su identidad futura en modos profundos e irreversibles” (Alexander, 2012: 6), escribió el autor al inicio de su libro.

Alexander explica que la construcción cultural del trauma inicia con una acción individual de reclamo respecto a la representación de aquello que sucedió. Y recuerdo que el profesor nos habló de un *performance social*, algo que podría compararse con el primer actor de una obra de teatro (Alexander, 2012: 16).

Este *performance*, según escribí en los apuntes que hasta hoy estoy entendiendo, “puede ser la reivindicación de una profunda herida —como el anuncio de la profanación de un valor sacro, el relato de un proceso social devastador—, seguido de la petición de que exista una reparación junto a una compensación emotiva, institucional o simbólica”.

Todo este acto solamente necesita que un individuo se convierta en actor social. Dicho de otra manera, en un lugar (*escenario*, lo llama el autor) la persona que se dio cuenta de que está viviendo un evento muy grave tiene que hacer el *performance* frente a un público, y éste tiene que quedar convencido de que está atravesando un evento gravísimo y sin precedentes.

Es decir, este “acto” puede ir desde el hecho de que mi profesor nos está explicando que estamos viviendo el inicio de un trauma o el hecho de que alguien comenzó a escribir las cartulinas donde se lee: “Andrà tutto bene”, que hay pegadas en las ventanas de los edificios, dando por hecho que estamos viviendo algo malo y que “irá a bien”, hasta el hecho de que alguien tapizó un bote de basura con hojas en las que indican a qué número llamar si necesitas apoyo emocional.

"Si el acto lingüístico fue exitoso, el público se autodefinirá como traumatizado y comenzará la espiral de significación, en la que las personas traumadas convencerán a otros de que están siendo víctimas de un hecho que les está haciendo tanto daño, que los marcará de por vida", está escrito a mano en mi cuaderno.

Sentada frente a mi laptop y con mi libreta de apuntes en la cama, siento que estoy teniendo una de las más grandes revelaciones de mi vida. Me doy cuenta de que, así como alguien me

convenció de que estoy atravesando una situación que me lastima emocionalmente, también yo estoy convenciendo a mi familia de que ellos pasarán por lo mismo.

En medio de estás paredes altas, blancas, con el sol rebotando de la pared del edificio de enfrente y entrando por las ventanas de la habitación, siento como si fuera el momento en que mi tercer ojo se abrió para ver nuevas realidades alternas, pero solo comprendí el tema de mi clase de sociología. Pienso que si todavía tocaran las campanas de la iglesia que está en la esquina de la calle como lo hacían a diario a las 18:00 horas, hubiera sido todo un espectáculo para mi cabeza.

Me siento muy emocionada por haber entendido la teoría del trauma y lo que estoy sintiendo y viviendo por culpa del Coronavirus. Quisiera contarle a mi familia lo que aprendí, pero hay dos opciones: 1) me dirían que es momento de buscar ayuda psicológica porque me estoy volviendo loca; 2) simplemente no reaccionarían y me cambiarían el tema.

Prefiero hacer un recuento de las cosas que he platicado o no, con mi familia y las veces en que he visto que han sentido un verdadero temor por mí. Tengo una libreta pequeña en donde ya llevo anotados varios puntos acerca de esto, pues también me he dedicado a escribir sobre mis pláticas con mi familia, principalmente para no repetir temas durante la hora y media que platicamos por videollamada.

Una de las primeras veces en que mi mamá, papá y hermana, me vieron a través de la pantalla con ojos de lástima, fue el mismo 28 de febrero, cuando les conté que habían llamado a Francesca muchas personas en un único día para decirle que era necesario que regresara a Estados Unidos. También fue la primera vez que fuimos honestos y pusimos todas las cartas que teníamos sobre la mesa, platicamos muy seriamente sobre qué sucedería conmigo y qué haríamos en todos los escenarios que nos imaginamos que podrían suceder con el Coronavirus.

Mi papá no dejó de insistir sobre regresar, pero yo no estaba dispuesta a dejar atrás mis esperanzas de conocer Italia y que todos mis esfuerzos para llegar hasta aquí fueran en vano. Él me decía que era completamente mi decisión, pero al colgar esa llamada, platicó con mi mamá acerca de qué recursos tenemos para que yo vuelva a México. El automóvil que tenemos en casa y que no se usa porque todos están haciendo *home office* es la primera opción

que sugieren los dos. Casi puedo escuchar la conversación entre mis papás; “¿En cuánto lo podemos rematar, Francisco?”, “¿100 mil pesos? Eso puede ser suficiente para que Evelyn regresé a casa con cualquier aerolínea, pero no lo será si en el viaje se contagia”.

Se preguntaron qué más se puede vender, qué más podían hacer por mí. Quizás una opción era utilizar los ingresos que hemos ahorrado para emergencias, al fin y al cabo, se trata de una. Entonces, también surgió la duda, ¿quién vendría por mí si me contagio? Mi seguro de gastos médicos solo permite que una persona venga a cuidarme. Mi mamá, entonces, dijo con mucha seguridad: “Yo me voy, no importa qué. Si Evelyn se enferma me voy para allá, aunque las fronteras estén cerradas. Voy a ir a verla y a cuidarla”, pero también pensó que no tenía la movilidad suficiente para ir y venir.

Hasta hoy, aún no termina de comprender qué es lo que está pasando, no termina de creer porque la información está siendo tan rápida que únicamente alcanza a agarrar un poco y reflexionar acerca de ello. “A lo mejor, todo es una exageración”, me dice incontables veces y me hace sentir muy desanimada. Hay días en que ya no quiero hablar con ella porque sé que me va a preguntar cosas que me hacen sentir triste o que me va a regañar por verme triste, y es lo que menos necesito ahora.

Sé que ella se siente triste por mí, lo veo en la expresión de su cara a través de nuestras videollamadas, me ve con lástima y yo odio que la gente me vea con lástima. Ella me dice incontables veces: “Me siento mal por ti, Evelyn. Ya no puedes estudiar, no puedes vivir tu experiencia. En verdad que me siento mal”. Y lo sé, pero prefería las ocasiones en que lloraba conmigo, a estos últimos días en que me ve con lástima.

Y es que este intercambio ha sido la oportunidad de mi vida, fue como ganarme la lotería. Nunca fui buena en la escuela, nunca he sobresalido por algo, pero esta era una meta que había habitado en mi cabeza desde que cursaba la secundaria. Intenté hacer lo mejor con mi promedio y mis idiomas, tomé cursos adicionales especiales de italiano e inglés para superarme a mí misma. Estudié lo más que pude sobre la burocracia en Italia para no tener problemas legales aquí y, cuando finalmente estaba a dos semestres de terminar mi licenciatura, metí mis papeles y mi solicitud para concursar por la beca de movilidad estudiantil internacional.

Tenía miedo, me había preparado tanto, pero conocí a muchos alumnos que no habían podido recibir la beca por su promedio o por no cumplir con el nivel necesario de idioma. Conocí a varias personas que me dijeron que habían intentado irse a España con un promedio de 9.5 y no lo lograron por la fuerte competencia que hay para ese país. Yo tenía 9.4 y sabía que había más posibilidades de que no me eligieran precandidata, a que sí.

Fue un mes muy largo de espera para que los resultados se publicaran. Había días en que le quería expresar a mi mamá mi preocupación, porque ella sabía que era el sueño de mi vida, pero no quería llorar por algo que a ojos de muchos es meramente un logro más, así que la veía queriendo que las palabras salieran de mi boca, y ella solamente me abrazaba. Cuántas veces me dijo que ella únicamente quería mi felicidad, pero que, si no se podía, pues ni modo.

Cuando finalmente salieron los resultados, todos en casa lloramos. Ha sido uno de los días más felices de mi vida y ha sido el logro más grande que he tenido a mis 20 años. Sentía cómo mi familia se sentía muy feliz por mí; me abrazaban, me felicitaban, me veían con expresión de orgullo, aunque la preocupación en la mirada de mi mamá nunca se fue. Después de eso, vino una de las partes más difíciles: el pesado proceso burocrático que duró seis meses. Una de las cosas más cansadas que he tenido que hacer, pues al mismo tiempo estaba cursando cinco materias y tenía clases de dos idiomas.

Mientras estoy aquí, a las 4 de la mañana sin poder dormir por la ansiedad que siento, viendo hacia la ventana de mis vecinos pienso: “¿En realidad valió la pena?”, y sin querer contestarme, mi mente se va hacia el momento en que me estaba despidiendo de mi familia en el aeropuerto. No podía dejar de llorar mientras abrazaba a mis papás y hermana, pensé: “¿En verdad quiero hacer esto? No, no quiero, ¿por qué lo estoy haciendo?”. Y otra vez siento cómo mis lágrimas vuelven a mojar mi cara, deslizándose hasta llegar a mis orejas.

“Somos una fortaleza estando juntos; podemos contra muchas cosas estando unidos, pero sin ti... sin ti, no somos capaces, nos desequilibramos”, dijo mi mamá una vez, mientras estaba platicando con ella por videollamada. Sé que su intención es que vea lo mucho que me extraña, pero a mí ya me suena a amenaza, a la advertencia de que ninguno en casa soportaría perderme.

Coram Deo^{*29}

Dormir desde que se fue no es algo fácil y ahora es peor. Me preocupa que me quiera ocultar que se siente mal, que tiene fiebre o que no puede respirar. Quiero hacerle saber que me puede decir lo que sea, porque esto no es su culpa, nadie la va a regañar, solo queremos apoyarla y estaremos aquí para ella sin importar qué hora sea.

Dice perdón muchas veces, lo repite como si ella hubiera provocado el Coronavirus. Si se contagia, no estoy segura de que me lo dirá, porque pensará que fue por su culpa, y quizás sí, pero no se puede hacer nada. A veces me desespera que no me escucha, que no estoy yo ahí para decirle cómo tiene que limpiar las cosas, cómo tiene que cubrirse, cómo tiene que lavar su ropa para que en ningún lugar se quede el “bicho”. Puede que yo tampoco sepa cómo hacerlo, pero al menos me tranquilizaría ver que lo está haciendo a mí manera, a la manera de su mamá.

No entiendo por qué la primera vez que mi bebé, la más pequeña de mis hijas, intentó hacer algo por sí sola, tenía que suceder esto. No hay día en que no me pregunte por qué está pasando esto, no puede ser un castigo divino porque Dios no castiga, lo hacemos nosotros los humanos, así que rezo todas las noches para que Dios nos perdone a todos por lo que hemos hecho y cuide a mi niña.

Una de mis hermanas no deja de repetirme que esto es el fin del mundo y en *Facebook* tampoco lo dejan de compartir mis contactos, queriendo deslindarse del problema, pensando en que, si alguna vez fueron buenos, se irán al cielo si se contagian. No entienden que esto lo hicimos nosotros, ¿por qué Dios no haría algo así?

Aunque yo me considere muy fiel a la iglesia católica, he tenido que dejar de ir a misa. Las celebraciones siguen siendo las normales, pero viendo la situación de Evelyn en Italia, sé que esto no es una broma, y si alguien llega a la iglesia contagiado y me lo pasa a mí, no creo que haya futuro porque yo no podría sobrevivir a una neumonía. Por otro lado, estoy segura de

²⁹ Traducción del latín: “Ante Dios”.

*Información obtenida a partir de entrevista con Luz María García el 5 de mayo de 2021.

que Dios me cuidará más a mí si es que yo me estoy cuidando, por algo dicen: “Ayúdate que yo te ayudaré”.

Como sé que Dios no puede hacer nada por detener esta pandemia que nosotros comenzamos, siento miedo por Evelyn y por mí, hay noches enteras en las que deseo con mi corazón que ella no tenga que salir de su dormitorio o que lo haga sin decírnoslo, pero comprendo que tiene que sobrevivir de alguna forma y si tiene que ir a comprar algo, lo va a hacer. Además, ella se fue para conocer, no para quedarse encerrada por meses, y esto es algo que me repito más de lo que quisiera porque debo convencerme de la realidad.

Hay días en que siento que mis pensamientos me vuelven loca porque quiero que Evelyn salga y conozca Verona y no esté triste, pero también quiero que se quede en su dormitorio y no se arriesgue más de lo que debe. Me da miedo lo que está pasando en Italia, pero no quiero que se regrese a México por esto; quiero que no tenga contacto con cualquier otro estudiante que esté en los demás dormitorios, pero tampoco quiero que se tenga que encerrar todo el día en su cuarto o esté afuera para no encontrarse a sus vecinos del edificio.

A veces no puedo hacer que mi cabeza pare y, de un momento a otro, siento cómo todo a mi alrededor se oscurece, dejo de escuchar y ver, siento un zumbido y sé que esto va a explotar en un mar de sentimientos. A veces las lágrimas no paran hasta que la presión que sentía en el pecho y la falta de respiración me dejan en paz. Suele suceder constantemente desde que comenzó la pandemia, pienso que son ataques de pánico.

Puede que todo esté normal, dentro de lo que cabe, pero una espinita en mi mente siempre está lastimando, haciéndome imaginar escenarios en donde no podré volver a Evelyn nunca más y ahí termina mi tranquilidad. Quiero deshacer todo, quiero que me regresen a mi bebé, quiero estar con ella. Es insoponible tener que pasar por esto y pensar que no tiene fin.

*Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria*³⁰

Italia es un país maravilloso. Es el país en donde se desarrollan muchas historias, sobre todo aquellas en las que dos personas se conocen y se enamoran perdidamente hasta que se unen por el resto de la eternidad o simplemente mueren. De amor, grandes basílicas, el mejor café, viñedos kilométricos, clima perfecto en primavera, palacios desbordados de obras de grandes personajes y pizza.

Italia es increíble, pero en realidad es algo de no creerse, hay días en los que puedes estar en Florencia o en Venecia, buscando un lugar en dónde tomar tu gelato porque no está permitido comer en las calles más famosas; mientras haces la búsqueda, te encuentras la casa de Dante o, por qué no, atraviesas el Ponte di Rialto, en donde todo turista se apretuja contra otro con tal de obtener la mejor foto en uno de los puentes más elegantes y famosos del mundo.

Ese era el sueño. Ese y ningún otro. ¿Es demasiado pedir?

Síndrome del Titanic

Lo que asusta no es que es que el barco se esté hundiendo, sino que no haya los recursos necesarios para sobrevivir

Miedo líquido, Zygmunt Bauman

Poner un pie fuera del dormitorio representa un gran reto. Dar ese paso es casi no haber dormido por la ansiedad que me genera saber que tendré que despertarme máximo a las 6:00 horas para poder desayunar, vestirme y acomodar las cosas necesarias para, cuando regrese, limpiar (casi sin respirar) con toallas desinfectantes que me envió mi mamá cada pequeño pliegue de los empaques de los productos que compro.

Hoy, después de un día entero de dedicarme a hacer mi lista de compras, doy el gran paso y cierro la puerta detrás de mí. Suspiro y reviso si llevo mi pasaporte, tarjeta de crédito, llave del edificio y del departamento, un gel antibacterial con olor a plátano, una bolsa de *Aldi*, mi lista, un bolígrafo, otro gel pero olor nauseabundo —pero que me da mucha confianza porque

³⁰ Traducción: “No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria” (Alighieri, 2006:39).

tiene un empaque muy *farmacéutico*—, dos pares de guantes quirúrgicos, cubrebocas y una chamarra, porque sigue haciendo frío.

Camino cerca de 40 minutos porque el supermercado que queda a cinco pasos de mi dormitorio no está abierto a las 8:00 horas, y porque en el que me queda a 20 minutos tengo que esperar hasta una hora en la fila. Intento disfrutar de estos momentos en los que, por obligación, tengo que salir, aunque hay veces en los que me causa mucha ansiedad. Para distraerme, hoy decido hacer una lista mental de las cosas que me hacen feliz justo ahora.

La primera que viene a mi cabeza es que me gusta Verona. También, que me gusta la idea de que aquí muchos turistas vienen por la única razón de ser la ciudad en la que se desarrolla el dramático amorío entre Romeo y Julieta. La tercera, y la que siempre me emociona, es que me gusta pensar que yo no soy turista y que estoy conociendo más allá de lo superficial.

A pesar de que ya es primavera, el mármol rosa todavía amanece húmedo del frío que hace y es precioso cómo los rayos del sol rebotan en él, aunque sigue siendo resbaloso. Las avenidas deberían estar adornadas con flores y árboles, pero en esta época existen ramas vacías que, acompañadas de las fachadas y picos de las catedrales góticas, la neblina mañanera, el silencio ensordecedor y las calles vacías, logran un escenario lúgubre que me hace vivir un cuento de terror.

Me detengo lo más que puedo a ver el Adigio mientras paso por uno de los puentes que lo atraviesan. Me encariñé con este río desde que llegué, me hace pensar en las emociones que me inundaron mi primer día aquí, cuando imaginaba todo lo que haría estando en Italia mientras lo veía correr. Me gusta escuchar el agua pasar con fuerza debajo de mis pies y concentrarme en eso, pero todo se interrumpe cuando escucho a un automóvil que avanza muy lento a unos metros atrás de mí.

Volteo rápido la cabeza para ver por qué no va más rápido, pues me preocupa que soy la única persona caminando por aquí. Entrecierro los ojos porque ya se me empañaron los lentes por culpa del clima y del cubrebocas, y distingo el color azul rey típico de las patrullas. Regreso la mirada al frente, me muevo un poco los lentes con el dorso con la mano, esperando que se desempañen, y retomo mi camino. Los oficiales no me dicen nada, pero casi puedo

sentir sus miradas en mi nuca, esperando a que apriete el paso; todavía no está permitido salir únicamente por el gusto de caminar.

Voy repasando lo que contestaré si es que me detienen y me preguntan por qué no me apuro. “Discúlpeme, estoy caminando hacia el supermercado, pero me duele el pie y no puedo caminar rápido”, lo paso en automático en italiano en mi cabeza y lo repito. *Mi scusa, sto andando al supermercato, ma mi fa male il piede e non posso camminare troppo veloce.*

También vuelvo a buscar mi pasaporte en mi bolsa por si me lo piden. Encuentro más rápido a mi celular y eso me hace distraerme completamente, pues recuerdo que tengo que avisarle a mi mamá que estoy yendo al supermercado. Ella lee mi mensaje en cuanto le llega y me pide que le avise cuando haya salido de bañarme, es decir, una vez que ya haya regresado al dormitorio, limpiado todo y vaya a tomar mis clases.

Llego temprano al supermercado y aún no lo abren, así que toca esperar más de lo normal para entrar. Veo al personal terminando de rociar algún líquido sanitizante mientras camino al final de la fila. Esta vez no hay mucha gente formada, cerca de unas diez personas esperan como yo —separadas por un metro de distancia— para poder hacer sus compras semanales.

Intento salir a comprar lo que necesito una vez cada dos semanas, así que hago una lista muy rigurosa de lo que debo comprar. Diario enumero las cosas que quisiera; aparte de mis clases, la limpieza del dormitorio, ver *Call me by your name* y hablar con mi mamá, gasto mi tiempo escribiendo los productos que me gustaría comprar y perfeccionando mi listado. No entiendo qué es lo que tanto me gusta de esto, pienso que es el hecho de que me hace sentir que tengo el control de al menos una cosa en mi vida actualmente.

Cada vez que voy al supermercado compro lo que necesito y también algo con lo que me pueda entretener y que me ayude a conocer a Italia al menos desde sus productos, usualmente es pan, dulces, chocolates y vino, aunque elijo lo más barato. Antes me daba vergüenza comprar vino y que, sobre todo, fuera del menos costoso, pero ya no me importa si la cajera me juzga con la mirada, solamente quiero disfrutar de mis pequeños momentos felices con este tipo de cosas.

No me gusta gastar mucho porque la preocupación continúa y se aumenta: no sé si en algún momento tenga que regresar a México y comprar un nuevo boleto de avión de 50 mil pesos,

también existe la posibilidad de que me contagie o que me saquen del dormitorio, pues justo ahora habitamos menos de 15 personas en una residencia universitaria que era para 70.

Me permiten pasar al supermercado media hora después de que fue abierto. No es muy grande, por lo que solamente permiten que estén tres clientes dentro al mismo tiempo. Muestro que ya me he colocado los guantes y me piden pasar por un tapete lleno de sanitizante, mientras miden mi temperatura con un aparato en la frente.

En un pasillo me encuentro con una señora que está quejándose de los precios de las galletas, y en mi intento por salir de ahí, ella me intercepta y me pregunta: “¿En dónde has conseguido ese cubrebocas? Se ve de muy buena calidad”, le tengo que responder que mi mamá me los envió desde mi país. “Ah, ¿eres de algún país asiático?”, no, soy mexicana y ya me imagino la plástica que viene.

“Qué bueno que me lo dices. No es por ser racista ni nada. Si eres asiática, dímelo sin problema, pero es que hay que decir las cosas como son: los chinos fueron los culpables de que estemos así, ellos fueron los que crearon este virus”. Yo me pongo nerviosa e incómoda, no por lo que pueda estar diciendo la señora, sino porque cada vez se me acerca más y, al parecer, su cubrebocas en realidad es una bolsa con varios pañuelos dentro.

Le pido disculpas y, a pesar de que todavía no tengo todo lo que planeaba comprar, me voy corriendo a pagar. El pánico fue más rápido que yo, pero es que desde que se impuso una distancia mínima de dos metros entre cada persona, nadie se me había acercado tanto y en mi vida había tenido una plástica tan xenófoba y extraña.

Inauguración de las puertas del infierno en México

La dinámica en las cajas de pago ha comenzado a ser bastante frustrante para mí; entre pasar mis productos, ir guardando todo en mi bolsa e intentar comprender cada una de las cosas que me pregunta la cajera, me siento lenta y tonta. Es incomodísimo sentir sobre mí las miradas de las otras dos personas que quieren pagar y de las que esperan afuera, queriendo entrar ya al supermercado.

Cuando por fin salgo, regreso a mi dormitorio casi corriendo para dejar todo lo que compré y regresar a hacer lo mismo en el supermercado que me queda más cerca, así podré terminar de comprar todo lo que necesito para los siguientes 15 días y quejarme de no haber comprado lo que me faltó por culpa de la señora racista.

Por fin termino y lo primero que hago es quitarme los tenis y tomar uno de los paquetes de toallitas sanitizantes que ya había dejado junto a la puerta. Bajo la bolsa y comienzo a limpiar todo, no importa lo mucho que sea. Tengo especial cuidado en repasar las toallitas por los bordes por los que suelo tomar las cosas. Es algo casi obsesivo. Si no lo hago, puedo estar llorando el siguiente día por pensar que ya me contagié.

Después de una hora de limpieza, lo siguiente que hago es lavarme las manos y bañarme. Solo después de encender las llaves de la regadera es que tengo confianza de quitarme el cubrebocas. Hoy, como casi cada que voy al supermercado, lloro bajo la ducha. El agua me invita a relajarme y sacar la ansiedad, miedo y enojo que siento en días como hoy. Es demasiado agotador.

Al salir, me limpio la boca con un vaso de agua con sal, remedio que a mis papás le llegó por *WhatsApp* y que piensan que sirve contra el Coronavirus. Luego envió el mensaje a mi mamá de que he terminado. Ella, a pesar de que son cerca de las 3:00 horas, seguramente sigue despierta esperando que le diga que todo está bien. No pasan ni 10 segundos cuando me contesta. Me dice que tiene que ir a dormir, me pide que me cuide mucho. Es casi lo único que me dice últimamente. También me recuerda que me quiere mucho y que me extraña.

Todavía me cuesta trabajo comprender mi realidad, no puedo creer todo lo que pasó desde que estaba en Venecia, ya casi se cumplen dos meses de ese entonces. Recuerdo mi irresponsabilidad y el remordimiento regresa. Me siento en deuda con mi familia por todas las preocupaciones que han tenido que pasar por mi culpa. También me siento mal por lo que han hecho por mí y el hecho de que los gastos que esperábamos hacer para mi intercambio han superado las expectativas.

Desde ese día mi familia comenzó su búsqueda para saber cuáles eran las medidas que tenía que tomar para protegerme. Esa noche, mi papá me pedía que buscara a través de tiendas en

línea cubrebocas con filtro N95 o cualquier filtro que no fuera el común, pues esos son lo que supuestamente eran los únicos que podían proteger contra el virus. Tras visitar varios sitios, me di por vencida porque pensaba que era inútil comprar un cubrebocas que costaba hasta 1,000 pesos.

Incluso, no había farmacia, supermercado, *tabaccheria*³¹ o tienda de productos de limpieza que no tuviera pegado en la entrada un cartel diciendo “no hay cubrebocas, guantes ni gel desinfectante”. En algunos, el mensaje era un poco más agresivo: “No gaste nuestro tiempo preguntando”, “No entre si únicamente busca estos productos”.

En México, ante estas circunstancias, mi mamá y mi hermana acudieron primero a supermercados, en donde encontraron solamente toallas desinfectantes, puesto que los cubrebocas que buscaban eran especiales y no en cualquier lugar los vendían. Al final, tuvieron que ir a *Home Depot*, en donde sí encontraron una gran diversidad de equipos de protección.

A su llegada al pasillo en donde estaban los cubrebocas, vieron que dos médicos, con sus características batas blancas, agarraban varias cajas y se iban directamente a pagar. No quisieron poner demasiada atención porque tenían prisa, pues querían enviarme ese mismo día lo que encontrarán para protegerme y la paquetería cerraba temprano, y suponían que el comportamiento de esos médicos algo normal de ver.

La sorpresa fue que, cuando preguntaron por los cubrebocas con filtro N95, un joven les informó que un par de doctores acababan de llevarse todos los que tenían y habían dejado los que tenían otros filtros. No teniendo otra opción, compraron algunos de esos, de los que se utilizan para trabajar con materiales especiales, suponían que de alguna forma me servirían.

Fue una situación extraña. En México todavía no se registraba el primer caso de contagio por Coronavirus y esos médicos ya habían comprado todas las cajas de cubrebocas con el filtro N95 que habían encontrado en el *Home Depot*. De todas formas, si en los medios se decía que el virus nunca iba a llegar a México, seguramente es lo que sucedería.

³¹ Tiendas típicas en Italia, donde además de tener a la venta tabaco y diferentes tipos de cigarrillos, ofrecen algunos dulces, frituras y pago de servicios públicos y privados

No todos los cubrebocas que compraron me los enviaron a mí, pues yo no pensé que fuera necesario tener más de 20 cubrebocas para una epidemia que duraría cerca de un mes, así que se quedaron en casa con algunos en caso de que el virus llegara a México, aunque el escenario era demasiado lejano e irreal.

El 27 de febrero, mientras comía, leí la noticia: “Se reporta el primer caso de Coronavirus en México”³². El alma se me fue a los pies, se me nubló la vista y me sentía aturdida. Se trataba de un hombre de 35 años, residente de la Ciudad de México. A pesar de que los primeros casos del virus se habían reportado en China, este primer paciente llevaba el virus desde el norte de Italia, donde había transcurrido del 14 al 22 de febrero un feliz viaje. Hasta ese momento, se encontraba hospitalizado, estable y en espera de que los resultados de laboratorio arrojaran si había contraído la Covid-19.

Esperaba que no se confirmara nada, que el virus nunca llegara a México, porque si sí había tan siquiera un caso, significaba que todas las personas que amo estarían en riesgo y yo estaría aquí, al otro lado del mundo, sin poder hacer absolutamente nada. Siempre teniendo en mente los peores escenarios, como la muerte.

Cuando hablé de la noticia con mis papás, ellos comenzaron a tocar el tema de regresarme, algo que no representaba una opción para mí. Además de que no creía que la epidemia avanzara más, antes de llegar a Italia yo tenía planes y sueños que podía cumplir solamente si me quedaba y, por su puesto, comenzó a dar vueltas en mi cabeza que, si una persona que había venido de vacaciones al norte de Italia se había contagiado, claro que existía la probabilidad de que yo también me hubiera contagiado en Venecia, estaba casi convencida de que tenía el virus y no quería ser el segundo caso de Coronavirus en México.

Recuerdo que el 28 de febrero por la tarde estaba de nuevo leyendo noticias, no tenía nada mejor que hacer. Fue entonces cuando vi la nota en donde se confirmaba la existencia del

³² “Se confirma en México caso importado de coronavirus COVID- 19”, *Secretaría de Salud*, Ciudad de México, 28 de febrero de 2020. En línea: <https://www.gob.mx/salud/prensa/077-se-confirma-en-mexico-caso-importado-de-coronavirus-covid-19> (consulta: 08 de agosto de 2022).

“paciente cero” en México. Lo compartí en mis redes sociales y al menos 10 de mis contactos me respondieron que no había de qué preocuparse, resistimos a todo, supuestamente.

A las 6:00 horas se anunció que el hombre había dado positivo a la prueba que se le realizó en el Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias (INER). Él había acudido a realizarse el estudio después notar que presentaba los síntomas con los que comenzaba la Covid-19. Acababa de regresar de un viaje en Bérgamo, Italia, la ciudad que era el epicentro de contagios en toda Europa.

Hugo López-Gatell, titular de la Subsecretaría de Prevención y Promoción de la Salud, en la Secretaría de Salud, informó que el hombre se encontraba estable, pero con una enfermedad leve, es decir, no presentó la neumonía atípica que la mayoría de los pacientes desarrollaba, por lo que estaba siendo tratado como si tratase de un catarro común. Ese fue el primer día que supe de la existencia de López-Gatell.

Pronto, casi el mismo día, se reportaron otros dos casos más³³. De igual forma, ambos habían estado en Bérgamo. A pesar de que nada de esto tenía qué ver conmigo, sentía como si, de alguna forma, yo fuera culpable. Me sentía culpable conmigo por haberme metido en esta situación, por estar en medio del caos.

Esa tarde, mi mamá salió a comer con una de sus amigas porque acababa de pasar su cumpleaños y es casi un ritual verse para intentar buscar algún rastro en sus rostros que les diga “sí, ya pasó otro año”. Mi mamá llevaba cubrebocas porque el miedo ya la carcomía por dentro.

Tanto es difícil enfrentarte al hecho de que una de tus hijas está del otro lado del mundo y que por primera vez se desprendió del seno materno para poder cumplir uno de sus sueños, como que, además, su recorrido fue interrumpido por un monstruo invisible y silencioso del cual por primera vez en su existencia no la puedes proteger.

Podría decirse que era la única persona con cubrebocas en todo el lugar, desde que salió de casa lo pudo notar, nadie en las calles estaba asegurándose de guardar cierta distancia de

³³ “Coronavirus en México: confirman los primeros casos de covid-19 en el país”, BBC, 28 de febrero de 2020. En línea: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-51677751> (consulta: 08 de agosto de 2022).

otras personas, tampoco tenían el más mínimo cuidado con sus manos, boca o nariz. El mundo estaba completamente bien ahí afuera, parecía que en casa era el único lugar en donde existía el Coronavirus.

La amiga de mi mamá se sorprendió cuando la vio con cubrebocas. "¿Por qué lo traes?", le preguntó. Hacer que las personas comprendan una situación que está ocurriendo en otro país, en un contexto completamente diferente, es difícil. Es todavía peor intentar convencer a alguien de que un virus tiene tintes de ser la primera pandemia global moderna que matará a millones de personas.

Irrealidad

A los pocos días, los contagios en México aumentaron a cinco y yo ya pensaba que todo tenía que ser una muy mala broma. Creía que en cualquier momento me despertaría y diría "ja, qué rara pesadilla acabo de tener". Nunca en mi vida la palabra "increíble" la había sentido tan literal como ahora.

Los nuevos contagios resultaron ser unos jóvenes de 18 y 20 años que habían regresado de un intercambio académico que había tenido en Milán³⁴. Pensé que en realidad era un mensaje directo de un ser divino diciéndome: "No, no puedes regresar a México. No puedes hacerle esto a tu familia".

Por lo mientras, a mi mamá, papá y hermana no les quedaba hacer otra cosa, mas que seguir con su vida normal. Yo recibía a diario al menos un mensaje de cualquier persona con la que no tenía contacto hace años para preguntarme cosas acerca de cómo estaba yendo la cuarentena, si era cierto lo que pasaba en las noticias, si estaba teniendo los cuidados necesarios.

Las preguntas me resultaban más que amables, incomodísimas; siempre tenían un aire de burla, de no creer que la situación fuera real, innumerables veces he recibido mensajes diciendo cosas como "bueno, regrésate a México, aquí no pasará nada, dicen que tenemos

³⁴ "Cuarto caso de coronavirus: confirman en Torreón a mujer que volvió de Milán", *Forbes*, 29 de febrero de 2020. En línea: <https://www.forbes.com.mx/cuarto-caso-de-coronavirus-confirman-en-torreon-a-mujer-que-olvio-de-milan/> (consulta: 08 de agosto de 2022).

muy buenos anticuerpos y es por eso por lo que no han avanzado los contagios”. Claro, sin problema me regreso a México, ¿me aceptarías en tu casa si es que me contagio en el viaje?, ¿me pagarías el vuelo que ronda los 50 mil pesos?

Opté por simplemente comenzar a ignorar a aquellas personas que todavía me envían mensajes con las mismas frases o que ya solo me dicen: “¿Cuándo te regresas?”. Prefiero que de nuevo me vean con lástima a que me hablen con esta ironía, porque la mayoría de estas personas sabe que yo nunca habría podido llegar a pasar siete meses de mi vida en Europa sin una beca y parece que les urge tenerme de frente para decirme: “Lo siento, pero tu elegiste irte justamente este semestre, ni modo”.

Era —y es— difícil comprender la gravedad de este nuevo virus, sobre todo existen teorías conspirativas en las que se asume que Estados Unidos, en medio de su guerra comercial con China, había creado un virus mortal que comprometería a la economía mundial y, principalmente, lograría hacer que el gigante asiático fuera el nuevo villano. De paso, también se llevaría entre los pies a la zona industrial de Italia, el norte, el pilar de su economía.

Otra teoría muy recurrente que pude escuchar fue que el virus se había creado con el fin de eliminar a la población de la tercera edad en Italia, pues es uno de los países que en algunos años tendrá grandes problemas si no se controla la tasa de natalidad y el envejecimiento de sus habitantes.

En México, por lo mientras, la pandemia parecía ser otra serie sobre el fin del mundo, pero con algunos “efectos especiales” que consisten en mezclar un poco la realidad con la ficción de las noticias. Existía una clara diferencia entre lo que el público veía y lo que vivía. Esto, por supuesto, se basaba en el “hasta no ver, no creer”.

Y es que esta pandemia por el Coronavirus es la primera que tiene tanto seguimiento mediático. No es la primera que tiene un fuerte impacto en una sociedad o que es altamente mortal, pero sí es la primera que golpea a economías nacionales que repercuten en la economía mundial; un fenómeno de esta magnitud tenía que ser televisado, transmitido en vivo y ser observado de cerca.

A pesar de que fuimos bombardeados de información acerca de este nuevo virus altamente mortal, la forma en cómo lo apropiamos culturalmente es muy distinto en cada sociedad. Mientras Europa se constituye de países pequeños que, si no son monarquías, son parlamentarios, con recursos suficientes para mantener cierto orden social, México y gran parte de Latinoamérica se constituye de gobiernos democráticos y de bajos recursos, en donde es muy difícil mantener el orden en una situación imprevisible.

En México no es normal no romantizar la muerte, pues es un suceso que vemos tan seguido que no hay mejor solución a superar el miedo, la tristeza y la incógnita que dejarla en manos de una mejor vida en el más allá. En casa, si alguien fallece, lloramos, nos abrazamos, nos deshacemos y nos consolamos por varios días. Mamá reza junto a mis tías y algún sacerdote llega a intentar aminorar el dolor.

En el momento del entierro, se escuchan gritos que aturden y erizan la piel, lamentos, lloriqueos, comentarios de dolor. Después, nos reunimos para intentar acompañarnos en nuestro suplicio y recordamos a esa persona, pensamos: “Ojalá haya cruzado bien el río junto a sus perritos”, y nos sumergimos en la nostalgia hasta poder volver a entrar en contacto con esa persona el 1^{ro} de noviembre.

En Italia, es muy normal ver por las calles obituarios pegados en las paredes. En los quioscos —*le edicole*, de los pocos negocios a los que les está permitido abrir, exclusivamente por su función informativa—, los vendedores te permiten darle una hojeada a las páginas de los periódicos en donde son anunciados.

En realidad, en cualquier otro momento sería muy normal ver las caras de los fallecidos ahí, pero ahora es atemorizante. No puedo normalizar caminar por las bonitas y angostas calles en las que solo se escuchan mis pasos y ver paredes tapizadas de fotografías de personas mayores y sonrientes con un: “La familia lamenta comunicar el triste deceso de X”.

O que, en un quiosco, desde muy temprano, el vendedor esté colgando las diez páginas de obituarios que están publicándose a diario, para que la gente no tenga que acercarse al puesto y a dos metros de distancia, alejados unos de otros, los lectores puedan sumergirse en su propio dolor mientras leen que otro familiar o amigo acaba de fallecer.

En un principio, no me di cuenta del posible impacto que el simple hecho de ver, leer o escuchar noticias podría tener en mí, hasta que comenzó a ser algo casi obsesivo, con lo que busco disminuir mi ansiedad. Inició con mi esperanza de que hora tras hora se reportaran menos contagios. Cada 60 minutos entraba a ver la página de cualquier medio en donde pudiera encontrar el reporte de nuevas muertes y contagios; luego, Italia decidió quitar ese conteo porque podría aumentar la ansiedad. Es decir, claramente no era la única haciéndolo.

Después, comencé a esperar religiosamente a que entre las 17:00 y 18:00 horas se publicara el reporte diario sobre cómo iba el Coronavirus en Italia, pero conocí otras formas de satisfacer mi necesidad de saber más, que fue cuando tenía que ir a tirar basura o comprar algo: comencé a contar los obituarios diarios. Sin duda alguna, mi capacidad de leer cualquier cosa en italiano ha mejorado muchísimo gracias a esto, pero mis niveles de ansiedad se elevaron como nunca.

Miedo

Últimamente mis pensamientos van muy lejos. Mi mamá cuelga después de nuestra llamada. Sé que la extraño mucho, quisiera poder abrazarla antes de dormir. Entonces la palabra “dormir” se confunde con “morir”. En mi mente se atraviesa la idea de “¿qué sucederá si muero aquí?”. Moriría sola, en la cama de un hospital, mis papás no podrían verme ni despedirse de mí ya que no se permite ver a los cuerpos de los fallecidos porque siguen contagiando, no se permiten los velorios, no se permiten las misas, no se permiten los entierros, Italia tiene cerradas sus fronteras y es muy difícil la repatriación de restos.

De inmediato busco mi póliza del seguro de gastos médicos. En ella dice que tengo derecho a que alguno de mis parientes obtenga un boleto de avión para que venga a cuidarme si caigo enferma de gravedad, darle alojamiento por unos días y, en el peor de los casos, repatriar mis restos. Sé que nada de esto es posible ahora ni mis papás podrían venir ni mis cenizas serían enviadas a México.

Llamo a mi mamá y le digo la que me parece una catastrófica noticia. No puedo controlarme y lloro. Ella me pide tranquilizarme mientras también comienza a llorar. Ya no hay mucho

que pueda hacer. Nuevamente se termina nuestra llamada, me doy cuenta de lo extraño que últimamente se ha vuelto mi comportamiento, de lo perturbada que estoy, y vuelvo a lo mío.

Leo noticias. Reviso si milagrosamente se ha encontrado la fórmula para la vacuna contra el virus. Checo cuánto han aumentado los casos en México. Busco qué está sucediendo con las personas que están muriendo en un país que no es el suyo, como yo. Vuelvo a pensar en el trauma social de Jeffrey Alexander; siento como si el Coronavirus me hubiera quitado todas las formas que, como mexicana, tengo en mente para aminorar el dolor de una muerte: no abrazos, no velorios, no rezos, no un último adiós. “No” nada.

Lloro toda la noche y, por la madrugada, pienso en que necesito comprar... lo que sea, con tal de volver a hacer una lista. Mejor voy a tirar la basura, a los basureros más alejados. Son aproximadamente las 4:00 de la mañana y reúno todo lo que pueda considerar desperdicio. Acomodo mi toalla y ropa limpia para bañarme a mi regreso. Busco la ropa que me pondré para salir. Llaves, guantes, cubrebocas y gel desinfectante ya están en los bolsillos de mi pantalón.

Llevo las bolsas de basura a la puerta del dormitorio y espero a que den las 7 de la mañana para salir. Me pone ansiosa no escuchar ningún ruido. Quizás me quedé sorda o sin la capacidad de percibir movimientos de afuera de la residencia. Los audífonos no son una opción, porque yo quiero escuchar el ruido de lo que me rodea, no de adentro de mi cabeza. Pongo cualquier canción a todo volumen. Ojalá me disculpen mis vecinos si es que los despierto, pero en verdad no soporto el silencio. Ojalá que alguien me reclame.

Estoy acostada en mi cama, viendo el reflejo en el techo de las luces anaranjadas de la calle. Poco a poco, el cielo pasa de un azul marino a uno rey. Y las luces se apagan. Ya son las 6:30 de la mañana, por lo que comienzo a escuchar ambulancias a lo lejos. Me levanto y me asomo a la ventana y veo a cinco personas cubiertos con trajes blancos lanzando, supongo, algún sanitizante. A esa hora el señor de los periódicos ya colgó los obituarios y, cuando por fin salgo, los puedo contar sin tener que presenciar el dolor de algún italiano que se entera de que hay un ser querido menos.

Es real o, más bien, ahí se siente más real. Se puede ver la tristeza en sus rostros, nadie los puede abrazar, prefieren no decir nada. En su cultura solo existe el dolor y se respeta de una

forma muy fría, o al menos así lo veo yo. Es demasiado crudo ver cómo no hay un más allá, un hasta luego; es un adiós a la distancia y punto.

La rutinizzazione della memoria del trauma

El profesor nos pregunta a través de la pantalla: “¿Cómo están? Yo no muy bien, siguen pasando los tanques llenos de cuerpos en la madrugada y los veo, no me hace sentir bien”. Siempre nos habla de las carrozas militares —él las llama “tanques”, como si fueran tanques de guerra— porque vive en un edificio de departamentos sobre una de las avenidas principales de Bérgamo, le toca verlas pasar casi a diario. Se le nota en la cara la falta de sueño, la tristeza. Posiblemente haya ya fallecido alguien de su familia.

Por parte de la universidad, a dos meses de que todo haya comenzado, nos pidieron responder un cuestionario sobre cómo estamos sobrellevando la situación, preguntan si hemos perdido a alguien cercano y cómo nos sentimos. En el momento en que respondes, van saliendo porcentajes de lo que otras personas han seleccionado, la mayoría ha tenido que vivir en duelo durante las últimas semanas.

Ahora es obvio el impacto y no se oculta la muerte, la tristeza se siente en la atmósfera. Ya nadie sale a cantar a los balcones, no se ven dibujos con la frase “andrà tutto bene” hechos por los vecinos, en algunos supermercados han dejado de poner la radio y, a veces, pareciera que ya a nadie le queda una pizca de comprensión; cada uno se ha envuelto en su propio dolor y se preocupa por sí mismo.

Es un golpe muy fuerte a Italia, no solo por su economía, sino por su sociedad. Está rompiéndose porque cada uno se quiere enfrascar en sus propios sentimientos. Fue todo tan rápido. Un día nos dijeron que por precaución se cerrarían las escuelas por una semana y no se permitirían eventos masivos, y al otro ya había gente muriendo en los hospitales que ya estaban abarrotados.

Ahora hay soldados rodeando cualquier institución médica con el fin de que los familiares no quieran darle el último adiós a los contagiados, patrullas vigilan siempre que la gente no esté caminando por ahí por gusto, las benditas sirenas de las ambulancias que suenan por la

madrugada no se cansan y las personas que pasan sanitizando las calles hacen que sea más pesado querer evadir el tema.

La Covid-19 arrebatata a las personas por completo, sus vidas y cuerpos, se las lleva a los hospitales o directamente a los hornos de cremación. Los enfermos de gravedad pasan sus últimos días sin un adiós, sin algún tipo de comunicación o contacto físico con sus seres queridos. Se quedan con las manos vacías, no pudieron —ni podrán— hacer algo. Seguramente, los familiares únicamente escuchan un seco “puede recoger las cenizas en este lugar, a esta hora. Y esté consciente de que no se pueden hacer reuniones de ningún tipo y los cementerios están cerrados”.

En esta primera ola de contagios por Coronavirus, que le ha pegado principalmente a Europa, se sabe poco de la enfermedad, casi nada. Las investigaciones siguen en curso y solamente queda cuidarse, pero eso no te protege completamente. Cualquier error en la limpieza puede hacer que te dé Covid-19 y no hay forma de saber en dónde se contagió cada persona. De hecho, ni siquiera se sabe de dónde surgió el virus.

En las noticias, ya nadie habla de historias individuales, son tantos los fallecimientos diarios y uno que otro se distingue por ser más impactante que otro, pero ya únicamente dan un número de muertes, contagios, recuperaciones y listo. Actualmente, preocupa más lo que sucederá y las repercusiones económicas que cada individuo está sufriendo. Y el dolor se ha hecho un común, pero no se ha normalizado, simplemente cargas con él mientras intentas seguir con tu vida.

28 de abril

Hoy ya puedo volver a salir a la calle sin la preocupación de ser detenida por los policías, puedo hacer ejercicio al aire libre sin cubrebocas, pero aun así decido seguir usándolo y sigo teniendo miedo de ser multada por caminar. Decido dar el gran paso, cerrando la puerta detrás de mí, sintiéndome más libre que nunca porque ya no es necesario llevar guantes quirúrgicos ni comprobarle a los policías que voy al supermercado o a tirar basura.

Al atravesar la puerta de mi dormitorio, me doy cuenta de que las mañanas ya son calurosas, pero es lo que menos importa. Son las 7:00 de la mañana y el ruido de las personas caminando

y las vespas yendo de aquí para allá me aturde. Llevo conmigo solo mis llaves, mi cubrebocas y una toalla pequeña para secar mi sudor. Camino tres kilómetros y siento que en cualquier momento me pondré a llorar. Es hermoso, sentir la brisa del Adige en verano, con el sol pegándose en la cara, estando a casi 25° C, es simplemente precioso.

Doy un paso tras otro feliz de poder ir más allá del supermercado o el basurero. Lo único en lo que pienso es que Verona es hermosa. Ya no hay neblina, los árboles alrededor del río están de un verde increíble que no había visto antes, ni siquiera sé en qué momento se pusieron así de frondosos. Hay pajaritos por todos lados cantando y las chicharras hacen que me zumben los oídos.

Hay mucha gente corriendo, haciendo ejercicio. Puedo ver sus caras porque la mayoría no lleva cubrebocas, pero respetan cierta distancia. Intento sonreír, pero nadie lo devuelve, lo comprendo, quizás soy de las únicas residentes que no ha perdido un familiar en este año.

A pesar de todo, es como si la ciudad hubiera renacido.

Me siento cansadísima cuando regreso a mi dormitorio. Estoy llena de sudor pese a que estuve afuera una hora. Cuando entro, me suelto a llorar, como siempre. Me quito los tenis y los cambio por mis sandalias. Camino al baño para lavarme las manos y quitarme el cubrebocas para finalmente bañarme. Por primera vez quiero regresar a mi cama y dormir hasta el día siguiente.

A cada una de mis acciones y las de mis personas cercanas, las cuestiono. Esta vez, la respuesta a por qué sigo utilizando el cubrebocas, aunque no esté penado no llevarlo es “por miedo”, él me quitó todo, incluso ya lo he interiorizado muy bien. Estoy consciente de que cada cosa que hago, la hago por miedo.

He dejado de ilusionarme con algún día visitar Francia o Reino Unido, he dejado de planear, he dejado de comer bien, he dejado de esforzarme en la escuela, todo porque el miedo me dice: “¿Tú qué sabes? Mañana puedes no despertar”. Lo que hago, lo hago por mi familia y sus caras de preocupación con las que me ven en las videollamadas.

Como lo dijo Jeffrey Alexander, en algún punto de todo esto, la sociedad se quebró por el impacto que nos causó la primera ola de Covid-19, cada uno comenzó a ver por su bien, cada uno tuvo que sufrir constantemente su propio miedo y dolor por las miles de muertes, porque ni siquiera podíamos compartir físicamente un momento caluroso con alguna persona fuera de nuestra casa. Ah, porque, claro, en un momento del *lockdown* quedó prohibido visitar amigos o familiares que no vivieran contigo.

Nos quitaron la oportunidad de pasar el duelo al que cultural e históricamente estábamos acostumbrados: no abrazos, no rezos, no funerales, no misas, no reuniones. No y no. Ahora, hemos normalizado todo al punto en que nos da miedo regresar a la normalidad, a tener contacto con otros, inclusive, a devolver una sonrisa. El profesor Migliorati nos explicó esto con su última diapositiva sobre el trauma social, la tituló *La routinizzazione della memoria del trauma*³⁵.

Lo dijo Alexander en su libro:

Una vez que la identidad haya sido reconstruida, emergerá un periodo de calma. La espiral de la significación se aplanan, las emociones se enfrían, las preocupaciones sobre sacralidad y profanación se atenúan. El carisma se convierte en ordinario, la efervescencia se evapora y la fase liminal hace espacio a la segregación. Las lecciones del trauma toman una forma objetiva al interior de monumentos, museos y colecciones de hallazgos históricos. La nueva identidad colectiva será radicada al interior de espacios fijos y prácticas culturales (Alexander, 2012:26)

Ahora que nos hemos acostumbrado a todo esto, ¿se podrá volver a la “normalidad”?

El Coronavirus es algo que se venía rastreando desde hace varios años, lo vi en el documental *Pandemia* (2020) de *Netflix*, en el cual ni siquiera sabían cuál sería el virus que iniciaría con la época de pandemias de enfermedades respiratorias, pero se esperaba lo peor. Desde las gripas aviarias que surgieron en China, se tenía conocimiento de que un virus estaba en algún

³⁵ Traducción: La rutinización de la memoria del trauma.

lugar, formándose, por no tener las medidas necesarias para producir carne animal a cantidades industriales con las precauciones mínimas.

Se sabía que surgiría, pero no cómo ni cuándo ni de qué forma. Miles de científicos llevaban años buscándolo, haciendo vacunas intentando prevenir, haciendo protocolos de control contra pandemias e intentando que gobiernos de todo el mundo quisieran capacitar a su personal sanitario para saber actuar ante cualquier pandemia.

Sucedió, y ¿ahora qué? Según la teoría del trauma, el paso siguiente es guardar todo lo que sucedió en la memoria colectiva para no volver a caer en el mismo error, pero no habrá forma de evitar las siguientes pandemias, o las siguientes olas de contagios de Coronavirus, porque no podemos frenar nuestro ritmo actual y porque hay millones de cosas que producimos diariamente en cantidades exorbitantes que algún día nos pasarán la cuenta.

Comenzamos un nuevo proceso cultural, viene el trauma-drama, que es básicamente nuestra catarsis. Ahora sí podremos combatir nuestro miedo, reuniéndonos, abrazándonos, banalizando la muerte, recordando las muertes para terminar de comprenderlas. La catarsis aclara nuestros sentimientos y las emociones. Yo, escribiendo esto. Gobiernos, haciendo monumentos a las víctimas de la Covid-19 o al personal médico que lo combatió. Esas son nuestras formas de curarlo.

Ahora toca sanar nuestro dolor, recordándolo año con año.

Recuerdos de la inauguración de las puertas del infierno

*Là sospiri, pianti e forti dolori risuonavano
nell'aria senza stelle, e ho cominciato a piangere
quando l'ho sentito*³⁶

Dante Alighieri, Divina Comedia

Pese a que ya me imaginaba cómo era el panorama para el personal de salud que estaba en la primera línea de atención a contagiados de Covid-19, verdaderamente comprendí lo que vivían hasta que conocí a Maricruz, Mari, como ella se hace llamar, enfermera militar que estuvo en la primera línea de atención a contagios y quien claramente vivió la tragedia desde un punto de vista muy diferente al mío.

Conozco a Mari gracias a que escucho un podcast de un amigo de la facultad para sentir un poco de compañía, en sí, escuchar este tipo de proyectos es una de mis formas de mantener mi mente en otra cosa que no sean mis pensamientos.

Mari es una de las invitadas que escucho mientras releo el libro del profesor Migliorati; se oye la pesades que siente por lo que ha vivido, aunque se intenta mostrar resiliente e, incluso, hasta divertida. Es precisamente el hecho de que estoy repasando al trauma social, que sé que hay mucho detrás de esas risas de Mari y esos silencios en los que duda sus respuestas.

Encuentro tan interesante su experiencia y tan apagadas las voces del personal de salud, que me tomo la libertad de pedirle a mi amigo que me proporcione algún medio de contacto para hablar con Maricruz sobre lo que vivió. Esto de platicar con gente que no conocía ya se me hace algo normal, tantas personas me habían contactado para que les contara mi experiencia en Italia, que no se me hace extraño ahora yo acercarme a una desconocida.

Pese a que es reservada a los detalles, Mari platicó conmigo por un día, tiempo que bastó para hacerme llorar en mi cuarto por una semana entera, repasando todo lo que vivió, lo que yo misma he vivido, pensar también en lo que están atravesando justo ahora miles de personas del sector salud o tener en mente su advertencia de lo que nos espera en los próximos meses.

³⁶ Traducción: “Allí, suspiros, llantos y altos ayes resonaban al aire sin estrellas y yo me eché a llorar al escucharlo” (Alighieri 2006:23)

El inicio

La noticia de la pandemia en México llegó igual que a cualquier país del mundo: nadie estaba preparado para recibirla ni para tratarla. Algunos médicos y enfermeras fueron lanzados casi al vacío y con muy poco conocimiento acerca del SARS-CoV-2, enfrentaron al nuevo enemigo invisible que amenazaba a la mitad del mundo.

Apenas comenzó el año que mucha gente esperaba por ser aquel que cerraría un siglo. 2020 estaba arrancando cuando las noticias sobre el nuevo Coronavirus inundaron al mundo y el personal sanitario alrededor del mundo recibió información para comenzar a prepararse, como pudieran y según los recursos de cada país, para este virus.

Maricruz, una estudiante recién egresada de la Escuela Militar de Enfermería se encuentra realizando sus prácticas profesionales. Se siente un poco inexperta, pero su educación la ha obligado a estar lista para lo inesperado y ayudar en cualquier situación, ella lo piensa como el “adiestramiento” perfecto; no teme a nada, mas que a no hacer las cosas de forma correcta.

Escuché que estaba haciendo sus prácticas en la primera línea de atención a pacientes con Covid-19, me sorprendió la dureza y profesionalidad con la que trataba el tema, así que hablé con ella y me di cuenta de que, por mucho que se muestre distante y fría ante lo que experimentó, en realidad, le afecta el hablarlo, y no es para menos.

Mari lo recuerda como si estuviera viviendo el momento, puede que hayan pasado meses, pero en su voz se escucha el nudo en la garganta que todavía la hace sofocarse mientras relata con pesadez sus memorias. Suspira cada que va a contestar alguna respuesta sobre la primera ola de contagios de Covid-19 en México, como si le pesara recordar³⁷.

Puede que defienda mucho su profesión y que quiera verse como una enfermera muy formal, que tiene una muy fuerte coraza ante cualquier sentimiento, pero antes de ser personal de la salud, es como cualquier persona y existen momentos en que tiene que callar por varios segundos antes de hablar, en búsqueda de deshacer el nudo que se forma en la garganta.

³⁷ Información obtenida a partir de la entrevista realizada a Maricruz C. el 23 de junio de 2021.

A mediados de enero, según recuerda Mari, la Escuela Médico Militar comenzó a difundir información para alumnos y empleados de su hospital en la Ciudad de México sobre esta nueva enfermedad que llegaría, nadie sabía cuándo, pero estaría en el territorio mexicano en menos de lo que cualquier persona esperaba.

Quizás ya estaba en México para el momento en que se detectó en Europa, pero los contagiados tenían desconocimiento de los síntomas, incluso los médicos, por lo que posiblemente los primerísimos casos de Coronavirus en tierra mexicana fueron diagnosticados como cualquier otra enfermedad respiratoria o neumonía.

Mari, recién egresada, teniendo conocimiento de que ya se estaba planeando un hospital que estaría dedicado a los pacientes que llegaran con la nueva enfermedad que todavía no tenía nombre, sabía que su deber estaría ahí. No fue una decisión, fue lo que tenía que hacer por obligación, y lo hizo con gusto.

Tras varios meses entre pacientes y estudio, ya es marzo. Se despertó desde las 5:00 horas y realizó su rutina de siempre: bañarse, desayunar algo y salir de su casa. Ella ya portaba un cubrebocas, aunque sencillo, y un gel antibacterial. Caminaba hasta encontrar su camión, a veces estaba acompañada de alguien más, otras, tenía que hacerlo sola.

Su camino se basaba en ir viendo por la ventana el mismo panorama por casi media hora, cambiar de camión, quedarse dormida en el siguiente transporte, volver a transbordar y llegar. Eran dos horas de ida, y las mismas de regreso, para poder ir de Texcoco al hospital. Era cansado, pero era lo que había y ya estaba acostumbrada.

La mayoría de las veces no pasaba nada en especial en sus días, pero este no era cualquier día, era el inicio de la pesadilla. Era 18 de marzo y fue llamada a un rápido aviso. Junto a sus compañeras se dirigió a un salón de usos múltiples en donde se encontraban algunos de los médicos militares encargados de diferentes áreas del hospital.

Ahí, como si se tratase de una noticia de cualquier tipo, de una orden más, se dio el aviso de que el hospital, finalmente, dentro de un mes abriría sus puertas a los pacientes con la Covid-19, a partir de ese momento comenzó la capacitación del personal de salud. Con información que la Secretaría de Salud ya estaba expidiendo y difundiendo a lo largo del país para los

hospitales que estaban siendo “reconvertidos”, Mari y sus compañeras tuvieron su primer acercamiento a la tragedia que les esperaba.

Hubiera querido decir que la sorprendió, pero no fue así. Fue una noticia más, la recibió con la misma indiferencia que si le hubieran anunciado un cambio de horario, aunque sí la molestó un poco porque ella, junto a la mayoría de los practicantes, tuvo que comenzar a planear qué sucedería en los siguientes meses; buscar un nuevo hospedaje, una nueva rutina.

Y es que los dormitorios que estaban dedicados para el descanso de los militares que tenían que pasar más de un turno dentro de las instalaciones del hospital, se convirtieron en resguardo de las nuevas camillas con respiradores para la atención que se ofrecería únicamente para pacientes con contagios de Coronavirus. Es decir, ella ya no tendría dónde dormir en el hospital.

A pesar de que en México se presentó el primer caso de Covid-19 el 27 de febrero, las instituciones médicas comprendieron la gravedad de la situación hasta el 18 de marzo, cuando el virus demostró que la tasa de mortalidad no se disminuyó exclusivamente por haber llegado a territorio americano, menos a tierras aztecas.

Era lo mismo que había pasado en Europa, cuando los gobiernos pensaron que podrían contener al virus con dinero y médicos capacitados, pero en México pensaron que la gente sobreviviría con sus increíbles anticuerpos, que la Covid-19 no alcanzaría a hacerles nada, quizás únicamente provocar una simple gripa.

Este día, 19 de marzo, se habla de activar la fase preventiva del plan DN-III-E por parte de la Secretaría de la Defensa Nacional y la Marina³⁸, pero todo eran palabras ya que solamente había un caso confirmado y era proveniente del extranjero. No había casos locales, por lo que cuando se dio a conocer al pueblo las medidas que debía que tomar si había tenido contacto con una persona que posiblemente estuviera contagiada, a muy pocos se le encendió su alerta interna.

³⁸ “AMLO descarta toque de queda y prepara un Plan DN III ante coronavirus”, *Expansión*, Ciudad de México, 19 de marzo de 2020. En línea: <https://politica.expansion.mx/presidencia/2020/03/19/amlo-descarta-toque-de-queda-y-prepara-un-plan-dniii-ante-coronavirus> (consulta: 08 de agosto de 2022).

Por más que quiere recordar algo sorprendente de entonces, Mari regresa a esos días y los ve como algo muy plano a comparación de todo lo que vino después de abril. Las cosas cambiaron en marzo, sí, pero solo porque recibió una capacitación y la sala en que solía hacer sus prácticas tuvo que ser cerrada para comenzar a ser parte de las secciones “reconvertidas”.

Susana Distancia fue invitada al infierno, pero no asistió

Las medidas precautorias para reducir el número de contagios tenían que comenzar a como diera lugar, así que el 23 de marzo se anunció la llamada Jornada de la Sana Distancia, con el personaje de *Susana* de protagonista, la campaña que tendría como objetivo difundir el protocolo que tomaba la esencia y recomendaciones generales que había publicado la OMS.

A mediodía, el Gobierno de la Ciudad de México lo reportó así en su página oficial de Twitter: “Para fortalecer las medidas de prevención y evitar contagios de #COVID19, iniciamos la campaña #QuédateEnCasa. El reto es no contagiar y no contagiarse. Estará en: @MetroCDMX, mobiliario urbano, radio, prensa, TV y redes sociales”³⁹.

Este plan suspendió actividades económicas, sociales y recreativas que se consideran como no esenciales para poder frenar la propagación del Coronavirus, que para entonces ya había cobrado dos muertes en territorio mexicano, 316 contagios confirmados y 794 sospechosos, además de todos aquellos de los que se desconocía su existencia.

Supuestamente, las restricciones se levantarían el 20 de abril, cuando se creía que podría ser erradicado de una forma casi milagrosa el virus, pero sucedería lo mismo que ya había pasado en Estados Unidos y Europa; la alerta por contagios se prolongaría por meses.

El 2 de abril llegó el gran día, fue cuando, finalmente, se dio la noticia a nivel nacional de que los hospitales “reconvertidos” iniciarían a recibir pacientes a partir de mayo. Mari no

³⁹ En línea:

<https://twitter.com/GobCDMX/status/1242156385162252293?s=20&t=b01A2t66edjvxY4wozzohw> (consulta: 08 de agosto de 2022).

sabía qué esperar, sin embargo, sabía que lo mejor no estaba por venir porque las cifras, al menos para ella, ya comenzaban a ser alarmantes.

Llegó a su casa casi con lágrimas en los ojos y una desesperación mezclada con enojo, no comprendía si lo que comenzaba a albergarse en su pecho es preocupación o compromiso, pero, con tristeza, lo aceptó y actuó: tuvo que mudarse para poder mantener salva a su familia.

Tuvo que dejar atrás a su yo estudiante, a esa persona que llegaba a casa y era recibida por un plato de comida caliente y preguntas de mamá y papá sobre su día en el hospital; fue forzada a independizarse. Además, no podía ir de Texcoco a la alcaldía Miguel Hidalgo todos los días, menos cuando sus horarios seguramente serían indefinidos y corría el riesgo de ser ella misma quien contagiara a cientos de personas en su camino.

La pesadilla

Para mediados de abril, las cifras comenzaron a ser muy extrañas y el que se convirtió en la cara de esta campaña, Hugo López-Gatell, comenzaba a sudar frío en las conferencias que comenzó a dar a diario a las 19:00 horas, de lunes a viernes. Se le hacían muchas preguntas para las que no tenía respuesta y los reporteros cuestionaban sus decisiones.

Comenzaban a llamar a esta nueva enfermedad como “la de los ricos”, porque solamente personas que habían vacacionado en el extranjero, que habían sido enviados por sus trabajos a Asia o Italia, o los jóvenes que habían ido a tomar algún curso de idioma en Europa, eran ellos quienes habían traído el virus, habían contagiado gente y tenían las facilidades económicas para tratarse, pero quizás no para sobrevivir.

La Covid-19 no sentía lástima por nadie ni podía ser evadida con el dinero, pues el tratamiento era tan obsoleto, a nivel mundial, que las muertes estaban volviendo locos a los gobiernos y nadie sabía qué hacer, no había respuesta a la desesperación.

Es 4 de mayo y Mari ya se despierta en una cama que no es suya, porque está en un departamento que comparte con algunas compañeras; el hospital ahora queda a 15 minutos a pie desde donde duerme. A pesar de que ya no tiene que usar el transporte público, por lo que ya no tiene contacto directo con muchas personas, porta un cubrebocas de la marca 3M, supuestamente de los que funcionan mejor, pues la alerta en su cabeza ya estaba más activa que nunca.

Llega como cualquier otro día a la sala en la que estaba realizando sus prácticas en el hospital, pero el ambiente ya no es el mismo, no hay gente hablando en voz alta, como usualmente, sino que se escuchan murmullos, hay expectativa. Hoy se espera les avisen cuándo será la apertura de la parte reconvertida para pacientes con la Covid-19, y el momento llegó.

Uno de los médicos les pide que vayan a revisar la circular que se pega en una pared en la que se les indicaba su relación de nombre, sala y horario en la que les tocará atender a partir del miércoles 6 de mayo. Algunos de los recién egresados se muestran emocionados al ver las hojas: abrían los ojos, levantaban las cejas y en la esquina de su boca se asomaba una sonrisilla.

Es como una nueva aventura, serían los héroes de la nación cuando apenas habían terminado sus estudios; aunque posiblemente se tratará de una tragedia, ellos lo toman como un reto más, porque nadie sabe lo que estaba por venir.

La Marina y el Ejército finalmente saltarán en ayuda del grito de auxilio que la pandemia ya está causando en México con una que otra persona asustada o sin recursos para ser atendida por médicos privados. Esta misma semana comenzarán a atender pacientes que necesitan, o no, de una atención especializada por haber contraído la Covid-19.

Después de leer en dónde y a qué hora se tienen que presentar a partir de los próximos dos días, Mari se dirige al salón de usos múltiples, en donde les dan algunas recomendaciones como conseguir cubrebocas mejores, caretas o goggles de seguridad. También les indican cómo será su entrada y salida a la llamada “Área COVID”, la forma en que tendrán que ponerse y retirarse el uniforme, cómo cambiarán de horarios y qué tendrán que hacer si es que comienzan a presentar síntomas de contagio.

No siente temor, de hecho, lo niega cada que puede, como si fuera su mantra, “no es miedo, no es miedo”. Más bien es preocupación, y no por sí misma, sino por sus familiares. Para ella, lo que importa es el compromiso y la responsabilidad con los pacientes, toma como algo menor lo que ella siente.

Chi sono queste anime che sembrano così distrutte dal dolore?⁴⁰

El primer día de la aventura llegó y desde las primeras horas ha tenido que lidiar con familiares que la llaman para decirle que no entienden qué se supone que está haciendo porque ese “bicho” no existe, solo es una forma de asustar a la población para cualquier plan que tengan los grandes gobiernos, pero esa reacción ya se la esperaba.

Lo que no puede creer es que no tardaron en llegar pacientes que provienen del área “libre de COVID” y que se resisten a ser tratados como un contagio más porque, según ellos, el Coronavirus no existe o ellos se han auto declarado inmunes ante cualquier enfermedad que tenga que ver con la pandemia, incluso a pesar de que tienen síntomas fuertes.

Puede que la preocupación haya sido parte de Mari desde este día, pero principalmente siente que su corazón se hace pequeño cada que piensa en el gran riesgo que corren sus padres. Ella comprende a lo que se tiene que enfrentar, conoce a la perfección los riesgos, pero duda que otros los conozcan.

Hay momentos en que ve en los ojos de alguna paciente la desesperación por respirar y eso hacía que ella se rehusara a que su mamá se contagie. No podría estar en esa situación, pero, regresando a la realidad, tampoco puede hacer absolutamente nada contra eso, únicamente le quedaba esperar a que sus familiares tengan máximas precauciones.

La vida de Mari no cambia mucho dentro de los siguientes 12 meses, de hecho, se escucha en su voz un cansancio que no es normal para una joven de 23 años. Y es que ella no ha tenido la oportunidad que muchos de su edad se están dando, yendo en contra de toda medida precautoria y reuniéndose con sus amigos, saliendo a comer o asistiendo a alguna fiesta. Es

⁴⁰ Traducción: “¿Quién gente es esa, que parece dominada por el dolor?”. (Dante, 2006:23)

una rutina que no puede detener, aunque en 2021 ya ni siquiera esté haciendo sus prácticas en el Hospital Militar de la Ciudad de México.

La rutina

Despierta, prepara una mochila con algunas cosas como sus goggles o una careta, un gel o spray desinfectante, cubrebocas y quizás agua, aunque no piensa que la vaya a tomar en su jornada, porque no puede. Camina intentando pasar desapercibida por sus vecinos, porque les tiene miedo.

No ha sufrido discriminación o alguna agresión por ser personal médico ya que ha sido muy reservada en cuanto a su profesión, al igual que sus compañeras con las que comparte el departamento, pero el hecho de saber que podría ser agredida si alguien cercano a su domicilio se da cuenta de que es enfermera, le pega emocionalmente. El ver durante mayo y junio cómo cientos de sus colegas denunciaban en redes sociales, noticieros o llegaban a contar en el hospital cómo algunas personas reaccionaban al saber que eran médicos o enfermeros, impactó mucho en la forma en que Mari percibía a la gente que la rodeaba.

Lo menos que te imaginas cuando estudias algo del área de la salud, es que una persona te odie por intentar luchar contra un virus, que intenten lincharte y no estén de acuerdo con que realices tu trabajo por no comprender que tú no eres quien está difundiendo la enfermedad, al contrario, te preparaste para servir a los enfermos.

Las personas suelen actuar de forma muy impulsiva y sin ningún tipo de raciocinio cuando se presenta ante ellos una situación que no comprenden. Su primera impresión es que tienen que eliminar todo aquello que sea parte de lo desconocido, en esta ocasión, envolvía a los hospitales, clínicas, consultorios y personal de salud.

Después de caminar 15 minutos y llegar al hospital, Mari se dirige al “Área COVID”. Ahí, entra a la sala transfer, un lugar en donde están las pertenencias de sus compañeros que ya están en servicio y donde ella también debe dejar las cosas que lleva. Hoy no tiene sed, pero se obliga a darle unos tragos de agua a su botella antes de irse, porque sabe que quizás es lo

único que beba hasta que sea su hora de comida, además, porque no quiere ir al baño en las siguientes horas ya que le da mucha desconfianza quitarse el traje de protección en el "Área COVID".

Toma una pijama quirúrgica y va hacia las regaderas, pues obligatoriamente se tiene que bañar antes de entrar. Termina su ducha, se viste con la pijama y se prepara con su equipo de protección personal que le es brindado por el Ejército: cubrebocas quirúrgico triple capa, respirador N95 o FFP2, protección ocular, gorro desechable, bata de manga larga impermeable desechable, guantes de látex o nitrilo desechables y protectores para sus zapatos. Ciertos días tenía que pasar hasta 9:00 horas (o más) con el mismo equipo.

La tristeza ha sido su gran compañera por este tiempo, también el cansancio. Perdió el sentido del tiempo cuando su horario comenzó a ser completamente irregular. Hay días en los que debe doblar turno y entra en la mañana, tarde o noche, según la cantidad de pacientes y compañeros contagiados que haya en el hospital. Este día solo tuvo que estar seis horas, por lo que se siente un poco animada, pero sabe que en esa misma semana tendrá jornadas mucho más cansadas.

Se lava las manos con mucho empeño, casi dura medio minuto en estar frotando mano con mano. Se quita la protección que tiene en la cara para ponerse su propio cubrebocas. Después, se quita lo que trae puesto en el resto del cuerpo hasta quedar con la pijama quirúrgica, la última capa del equipo, que supuestamente tendría que estar limpio. Envuelve todo y lo mete a una bolsa, para volver a lavarse las manos y llenarse de gel sanitizante para regresar a las regaderas, pues tampoco puede salir sin antes bañarse.

Llega al pequeño departamento completamente devastada, queriendo pensar en otra cosa que no sean las salas del hospital, pero no puede, ahora esto es toda su vida.

Como cargar a 100 cuerpos

Las cosas eran absolutamente mejor cuando comenzó, porque no sentía nada más que la presión de ayudar a los pacientes o salvar vidas, después vino el agotamiento físico, hasta

llegar a la fatiga mental y emocional. Después vino lo peor. Cuando habían pasado un par de meses, dentro de la primera ola de contagios en México, parecía que su equipo de protección y sus pies simplemente no ayudaban. Incluso caminar era tortuoso, era como si tuviera un montón de pacientes agarrados del pie que tenía que levantar para dar el siguiente paso, y debía cargar a todos para caminar.

Su mamá y su papá se preocupan mucho por ella, intentan repetirle, las veces que pueden, que tenga cuidado dentro del hospital, pero a la vez intentan no presionarla demasiado porque ya comienzan a notar en su voz el cansancio psicológico que le está causando, pues ni con ellos puede hablar de otra cosa.

Han pasado ya tres meses desde que comenzó a atender pacientes y las filas siguen creciendo. Hay días en que sus colegas se derrumban mientras intentan tomar los signos vitales de alguna persona, o simplemente mientras están caminando en el pasillo. Ella intenta ofrecerles algo de apoyo, pero no es como si fuera muy útil, tampoco tiene ganas de seguir, menos cuando alguna persona en camilla le agarra de la nada el brazo, recuperando sospechosamente las fuerzas para exigirle que detenga todo y lo salve, que le quite todos los tubos y el equipo que lo rodea porque le da miedo, pero le pide que no lo deje morir.

Abren los ojos de una forma que refleja su desesperación y aprietan los brazos y manos de Mari como si se los quisieran arrebatar, ella intenta calmarlos, porque los comprende y también siente miedo de que mueran, pero nunca será igual tener ese sentimiento bajo tu propia piel que solo verlo.

Piensa que ella y su equipo, lejos de hacer lo suficiente, siempre hicieron lo posible y más por rendir bien en su trabajo. Pero nuevamente está ahí el pensamiento, no quiere que en su mente habite el “hubiera...” porque no es algo profesional; sin embargo, una vez más le toca aceptar que no es un robot y no puede hacer las cosas de manera perfecta, que no va a poder ayudar a salvarle la vida a todos los contagiados.

También comienza a aceptar que necesita un descanso, que alguien la trate psicológicamente y gritar que ya no puede, que está triste y así no puede seguir luchando contra el enemigo

invisible que muchos todavía piensan que no existe. Pero Mari no puede llorar porque es una enfermera militar “profesional”, y es lo que hay.

¿Soy parte de la cura o de la enfermedad?

Es junio, es un día cualquiera que en realidad no tenía nada de especial, Mari se da cuenta de que está poniendo más atención de lo normal a las cosas. Se despierta sintiéndose vacía y cansada. A su alrededor solamente están las cuatro paredes color hueso que siempre la cobijaban en su sueño, su cama se siente muy cómoda, disfruta el roce de las sábanas y lo esponjosa que se siente su almohada. No se da cuenta de que el hecho de que se siente como en una cama de oro quizás es señal de que no todo está bien. A pesar de su comodidad, tiene que ir al hospital.

Había veces que se sentía muy animada porque le avisaba a alguno de sus pacientes con respirador que tendría una videollamada con sus familiares, sentía su felicidad y su ánimo por seguir luchando. También le daba paz mental, pues antes le dolía mucho ver cómo se les escapaba la energía poco a poco y, por mucho que intentara decirles "ya casi, usted puede", mientras les agarraba la mano, ellos contestaban con un "no puedo" y no faltaba su última petición, en la que solamente querían que sus hijos, nietos, padres o parejas recibieran un mensaje.

Hoy tocan videollamadas, sí, pero nuevamente siente esa pesadez en sus piernas, en su cuerpo. Piensa que es cansancio físico y mental que se han juntado a lo largo de estos meses. Ve como una buena opción aceptar la ayuda psicológica que les están ofreciendo en el hospital, de hecho, ese mismo día irá al área de psicoterapia para sacar una cita, quizás desahogando un poco lo que ha experimentado se sentirá mejor.

Ve a su alrededor una larga sala, no son habitaciones ni mucho menos, más bien es un ala del edificio, abierta. Quizás encuentres por aquí o por allá una cortina que marque el final de una sala o sirva como división entre cada dos pacientes, pero no existe mucha privacidad: lo que le pase a uno, se enteran todos.

Mientras camina a lo largo del pasillo, entre camillas, Mari se da cuenta de que está hiperventilando mucho, algo que es raro por el tipo de tela que tiene su equipo de protección. Además, cada vez su mente divaga más y su cuerpo a ratos se siente muy pesado. No quiere ni imaginarlo, pero ya sabe qué es, y se da cuenta de que no es la única en las mismas condiciones. Ve cómo se empañan los goggles de algunas de sus compañeras y que gotas de sudor se resbalan de sus cuellos.

Por obligación, va con el encargado de la sala para informarle; “creo que me contagié”, dice e inmediatamente le ordenan ir a hacerse la prueba diagnóstica PCR (siglas en inglés de Reacción en Cadena de la Polimersa) y la envían a descanso. Sus compañeras de departamento se encuentran en la misma situación, era inevitable, pero ahora no sabe cuántos más en su sala puedan estar contagiados.

No tiene grandes síntomas, pero sí los normales: pérdida de olfato y gusto, fiebre, mialgia aguda, dolores de cabeza insoportables y, a veces, pérdida de la noción de todo. Se lo comunicó a sus papás en cuanto obtuvo su resultado positivo. Su mamá está muy preocupada y no sabe qué hacer, porque no puede dejar su trabajo para cuidar a su hija, pero tiene tantas ganas de estar con ella, debe verla y apapacharla. Mari le hace saber que todo estará bien, y estará mejor si se sigue cuidando y no la visita. Es mejor así.

Aunque en un inicio se arrepintió de dejar a sus padres, ahora sabe que fue la mejor decisión que pudo tomar, pues estaba en lo cierto, en cualquier momento se iba a contagiar y seguramente ella les transmitiría la Covid-19, era cuestión de esperar que cometiera algún error al retirarse el equipo de protección, al no lavarse lo suficiente las manos o que alguna de sus compañeras le “pegara” la enfermedad. Era una bomba de tiempo.

Su recuperación es rápida y no muy tormentosa, pues goza de una buena salud. Tener su respectivo reposo, cuidados elementales y una muy buena alimentación, le permite salir victoriosa del contagio, pero no tardó en venir el peor golpe, que ni siquiera fueron las secuelas de la enfermedad.

Se rompió

Lo que fue más difícil para Mari emocionalmente fue la muerte de dos de sus compañeras. Enfermeras, jóvenes también, se convirtieron en pacientes en diferentes momentos que ella, pero casi al mismo tiempo entre sí. Se hicieron la prueba de Covid-19 desde que percibieron los primeros síntomas, al igual que Mari, pero fue difícil tratarlas porque la enfermedad evolucionó muy rápido en sus organismos.

A partir del fallecimiento de sus amigas, comenzó a sentir verdaderamente miedo al Coronavirus, a ello se sumó que ya empezaba a sentir un agotamiento físico muy fuerte porque no podía hacer otra cosa que ir del hospital a su departamento, pero al ver muertes tan cercanas, llegó el pesar psicológico.

El hablar de sus colegas hace que Mari quiera cortar la conversación y relata los pocos días que continuó en el Hospital Militar en menos de tres minutos: fueron ya cuatro meses y medio en los que tuvo que seguir la misma rutina sin falta, también ha sido el momento de rotar de hospital, es la oportunidad perfecta para descansar un poco del mismo estrés. Ahora tiene que ir a Puebla, en donde seguirá recibiendo pacientes, pero no se encontrará en un centro médico exclusivo para pacientes con Covid-19.

Viéndolo desde muchos meses después, casi un año, piensa que muchos pacientes la dejaron marcada, ya sea porque lograron recuperarse o porque no fallecieron. Por todos guarda el mismo aprecio y los recuerda por igual. Sin embargo, no quiere poner a nadie antes que a sus compañeras, porque sabe murieron en la lucha y necesitan que alguien les de reconocimiento que se les debe, pues no quiere que queden ocultas entre los millones de fallecidos durante esta pandemia, al menos no en su mente.

Piensa que la situación sigue siendo la misma, aunque sí es evidente la reducción de casos que reciben y la gravedad de los síntomas, defiende que, debido a las muertes, la pandemia sigue siendo lo que es y “con todas sus letras”, porque todavía es una emergencia sanitaria hasta que esas pérdidas humanas no se reduzcan hasta sumarse a la tasa normal de mortalidad por enfermedades respiratorias.

*Il sentiero per il paradiso inizia all'inferno*⁴¹

20 de mayo

Desde hace varios días atrás, decidí que hoy comería de desayuno un gelato. A pesar de que eso significa caminar unos cuantos minutos desde el dormitorio hasta el centro histórico de Verona —en verdad, no son más de cinco minutos— me siento muy nerviosa y emocionada. Es la primera vez que me “aventuro” a algo así desde que inició la pandemia y no sé cómo voy a lidiar con la comida en el exterior.

Desde la noche anterior le avisé a mis papás que lo haría, a pesar de que no necesito su aprobación, sí siento la presión de decirles cuándo voy a salir a comer o hacer algo que no es parte de las actividades que hago por necesidad. El miedo sigue siendo enorme; siento temor de contagiarme y morir, sería peor si enfermo y sin haberle dicho a mis papás por qué.

Por muy bajos que sean los contagios hoy, me es imposible no pensar en que la persona que está caminando a mi lado quizás tiene Covid-19 y todavía no presenta síntomas, entonces me puede contagiar sin yo saberlo. Sin embargo, soy consciente de que no me puedo quedar en mi dormitorio todos los días cuando ya tengo permitido salir.

Sé que debo disfrutar los pocos meses que me quedan aquí e intentar que el miedo ya no me reprima más. Quiero hacer todo lo que no pude, como comer un gelato comprado en una gelateria o simplemente caminar por las angostas calles de Verona sin miedo a que me detengan los policías.

Me arreglo, preparo mis cosas para cuando regrese y salgo a las 10:00 horas en punto de la residencia, imaginándome a lo que me enfrentaré. A los italianos les encanta el verano, por lo que ya sé que habrá mucha gente caminando a esta hora y me hago la idea de cómo sortearé mi camino hasta la *Venchi*⁴² más cercana.

El clima no es tan caluroso por las mañanas, pero la humedad que se siente gracias a estos 23°C acompañados del río Adige, me hacen sentir demasiado incómoda en medio de las

⁴¹ Traducción: “El camino hacia el paraíso inicia al infierno”. Popularmente se cree que fue una de frases dichas por Dante Alighieri sobre su Divina Comedia.

⁴² Empresa italiana que produce principalmente chocolate. En sus establecimientos, entre los variados productos que ofrecen, venden gelato.

personas, sobre todo ahora que tengo que utilizar siempre el cubrebocas y que es un riesgo estar a menos de un metro de la gente.

Camino despacio y pongo atención a los detalles. Aquí, alrededor de la universidad, hay pocas personas, por lo que se escucha el aire entre las hojas de los árboles, los cuales están muy frondosos, mucho más verdes que antes, tan verdes que le envié una foto a mi mamá de cómo se ven para saber si es normal que tengan un color tan vivo. "Jaja, ay, mi niña. Sí es normal, yo creo que te sorprende porque hace mucho no salías sin sentirte preocupada y no les ponías atención", me respondió ella horas después, pienso lo mismo.

Desde dentro de las escuelas y pequeños parques que están por todos lados se escuchan las chicharras. Es un zumbido que a ratos me abruma y me marea, pero me hacen recordar el pueblo en que nació mi mamá, el mismo clima y casi los mismos sonidos. Me siento abrazada, como si estuviera en el lugar en el que debo estar.

En mi caminata veo a mucha más gente corriendo que dos semanas antes. He decidido dejar de salir por las mañanas a hacer ejercicio, ya que hay demasiadas personas sin cubrebocas por todas partes, con el pretexto de que no pueden respirar correctamente con él puesto mientras hacen que su cuerpo trabaje de forma forzada.

A pesar de que no llevo los tenis que tengo con la suela más delgada, puedo sentir cómo el calor comienza a subir desde el suelo. Es horrible, pero agradezco sentir este tipo de cosas. Me causa gracia pensar esto, pero sí estoy muy feliz de seguir viva y poder utilizar mi cuerpo completamente, sin ninguna limitante.

Llego a *Venchi* y pido una bola de gelato sabor stracciatella, el sabor que se volvió mi favorito desde que llegué a Italia. Camino un poco por el mármol rosa de Via Mazzini para llegar a la plaza principal del centro, Piazza Brà. Me siento en una banca vacía y termino de comer, vigilando que nadie camine demasiado cerca.

En cuanto termino, me pongo gel antibacterial en las manos y me coloco nuevamente el cubrebocas. Me siento muy feliz, siento que me desbordo de emoción, todo por comer un helado. Como ha pasado en los últimos días, de nuevo siento una profunda compasión por mí y también una gran lástima.

En ese momento le envió un mensaje a Estefany preguntándole cómo está, me responde que bien, pero está nerviosa por los exámenes. Entonces pienso en decirle que deberíamos salir en cuanto aprobemos nuestras materias, pero simplemente me quedo con la idea, es muy adelantado para las restricciones que todavía existen.

Decido levantarme de la banca y regresar al dormitorio, luego de ver por unos minutos como los niños juegan con el agua de la fuente. Ha sido una buena mañana, de las mejores en mucho tiempo.

Camino por algunas tiendas para ver el precio de las maletas porque necesito comprar una, así que nuevamente me encuentro con el puesto de periódicos en donde hace unos meses veía caras demacradas. Hoy está cerrado, pero alrededor tiene pegado, en cada una de sus cortinillas un anuncio que informa sobre la apertura de algunos recintos turísticos, como museos y salas de conciertos.

El golpe

Al llegar al dormitorio, como siempre, sigo mi ritual de quitarme los zapatos y cambiarlos por sandalias, lavarme las manos, quitarme el cubrebocas y bañarme. Ya ni siquiera lo pienso, es algo que hago en automático. Por supuesto, no puedo decir que haya normalizado realizar esta limpieza, porque es fastidioso.

Al terminar de hacerlo, me siento muy cansada, supongo que algo tiene que ver el hecho de que no hago ejercicio y hasta la más mínima actividad me cansa, me duele la cabeza y solamente pienso en dormir. Siempre es lo mismo, pero me siento satisfecha porque ahora al menos quiero dormir y la ansiedad ya no me consume por completo.

Regreso a mi cama para volver a estudiar un poco, pero lo único que hago es pensar, mientras veo fijamente la ventana a mi derecha que da directamente a la ventana de mis vecinos de enfrente. Se mudaron hace unos días, luego de que se levantó el confinamiento. Tanto ellos como yo, nos damos cuenta de que no hay intimidad si tenemos las ventanas abiertas porque, así como las mías, las de ellos miden un metro y medio.

Veo a su gato mientras pienso en los míos; es blanco y por lo estrechas que son las calles, siento como si pudiera tocar su esponjoso pelaje con el simple hecho de estirar mi brazo, pero no me muevo porque estoy en ese momento en el que hay solo vacío en mi mente. Otra vez la lástima y la compasión oprimen mi pecho. Quiero estar en mi casa.

Entonces pienso en todo lo que pudo ser este viaje, a lo lejos todavía escucho la voz de mi profesor desde mi laptop, dándonos indicaciones sobre cómo será la evaluación final, pero es lo que menos importa ahorita, solo quiero llorar o no sentir lástima por mí. Veo al gato hasta que me quedo dormida y no despierto hasta que terminó de reproducirse la clase de hoy.

Ya has rasguñado el suelo y las paredes de tu habitación

Los días han dejado de ser una rutina, pero sigo estando por horas en mi habitación. Hay ocasiones en las que no soporto el calor y la desesperación. Ahora duermo, despierto y estoy todo el día con las ventanas abiertas, pero llena de repelente que me asquea por el olor. En las tardes he tenido que soportar hasta 35°C; me pongo una compresa de gel congelada en la frente y simplemente veo fijamente al blanco techo mientras escucho, como siempre, la conversación de mis vecinos, o leo algo para estudiar.

Me sigo levantando temprano, ahora para estudiar un poco ya que los exámenes finales se acercan. Me da mucha ansiedad pensar en el final, pero sé que me irá bien, tengo que leer todos los textos y rescatar las ideas más importantes, aunque me pesa porque todo es una distracción ahora.

Luego de desayunar y estudiar, limpio un poco la habitación, pues todos los días espero que vuelvan mis compañeras del departamento y quiero que encuentren todo limpio, pero ellas no regresarán hasta julio.

Después, preparo mi comida, como y me duermo. Siempre despierto alrededor de las 18:00 horas con *Bailar contigo* o alguna canción que a mi vecina colombiana se le haya ocurrido poner en su bocina. Me gusta despertar así, me siento tranquila con el ruido exterior, me siento acompañada.

Las pláticas diarias con mis papás son distintas, pero al mismo tiempo siguen impregnadas de preocupación, pues a pesar de que los contagios ya son muy bajos, casi llegan a los 200 al día, el estrés por saber qué pasará conmigo sigue en pie.

La embajada de México en Italia se ha contactado conmigo para pedirme no salir del país durante las próximas semanas a pesar de que estén abriendo fronteras otros países, menos hacerlo si es que mi visa caduca mientras estoy fuera, pues Italia no está permitiendo que personas de América entren a su territorio, no importa desde qué país están ingresando.

Parece que me han leído la mente o que están muy al tanto de mi estadía aquí porque, tanto mi visa como mi permiso de residencia, terminan 12 días antes de mi regreso. Mi plan era salir de Italia mientras mi visa expirara y reingresar como turista, pero ahora me será imposible salir y regresar sin mi permiso de residencia, toda esta situación me pondrá como indocumentada por casi dos semanas, así que lo mejor es mantener un perfil muy bajo.

Pero todo esto no es lo peor de mi movilidad en Italia, pues este mismo día se sumó una preocupación más. Mis papás me dan a conocer la peor noticia: uno de mis tíos, el que sufre de la peor salud de todos los hermanos de mi mamá, resultó positivo a Covid-19.

En cuanto me lo dicen, mi reacción se redujo a nada. Me quedé sin pensamientos, sin forma de responder, sin saber qué decir o hacer. Llegó el momento. Ahora yo también soy parte de los que sufren y lloran por otros, ya no existo únicamente yo, mi soledad y mi núcleo familiar, ahora hay más. Más preocupación, más temor.

Siempre he visto a mi mamá como la mujer más fuerte y dura, pocas veces ha llorado, pero esta vez, mientras me cuenta la situación de mi tío, contengo la respiración. En mi cabeza se repite el “pregúntale cómo está ella”, pero no sé si es lo mejor porque es mi primera vez en esta situación.

Y le pregunto, porque siento como si fuera golpe tras golpe y quiero detener el ritmo de la conversación. “Bien”, me responde. “Yo bien, no te preocupes”, dice en medio de un suspiro, como convenciéndose a sí misma. Quiere no darle importancia al tema, pero se nota su preocupación.

Mi tío es uno de los hijos mayores de mi abuela materna. No tenemos la relación más cercana, pero sí es muy buena. Hay tardes enteras en que mi mamá platica con él, suele venir a mi cumpleaños y al de mi hermana y nosotros lo visitamos de vez en cuando. Su nombre es Marcelo, tiene 77 años. Aunque pareciera tener una edad no demasiado avanzada, como toda la familia de mi mamá, tiene varios problemas de salud graves: es diabético, hipertenso y ha tenido un infarto.

De nuevo, siento como si todo esto tuviera qué ver conmigo, como si fuera mi culpa. Él es de los familiares que más se ha preocupado por mí desde que comenzó la pandemia. Su miedo es fuerte. Constantemente llamaba a mi mamá para preguntarle cómo estaba porque esta "enfermedad de la chingada" estaba llevándose muchas vidas en Italia.

No entiendo de dónde habría provenido ese temor que incluso lo hacía enojarse, pero me hubiera gustado aplaudírselo, porque era de los pocos que se estaban tomando en serio la emergencia sanitaria.

Mi tío Marcelo tiene cuatro hijas, una de ellas le pidió que la llevara al Centro. Al parecer, fue muy insistente, porque no entiendo de qué otra forma lo habría convencido para aceptar salir a un lugar con tanta gente. Fue un viaje normal de la alcaldía Venustiano Carranza, en donde viven, al Zócalo.

Todos se preguntan: "Pero, ¿qué pasó?, ¿qué hicieron?", y parece querer que la pregunta sea algo como "besé el suelo", "comí tacos en la calle junto a una persona que ya se veía moribunda", o "es que me quiero morir", porque, sin duda alguna, existe un enorme estigma que acusa a quien se contagió, sin pensar que todo pudo ser culpa de un error de un familiar, de tu propia hija.

Cómo buen taxista, mi tío decidió esperar a mi prima en el automóvil, moviéndose entre las calles y viendo los tumultos de gente por todos lados, no parecía que existiera la contingencia en el centro histórico. Nadie usa cubrebocas, no existe la llamada "sana distancia" y, como siempre, la mayoría de los locales están atiborrados de gente que se empuja entre sí para ser atendidos.

Mi tío Marcelo pensó que hizo bien en al menos quedarse encerrado ahí, entre las puertas de su taxi. Mi prima se tardó cerca de dos horas en finalizar su mandado y siendo parte de la muchedumbre. Regresó al Chevy de mi tío, y volvieron a casa, como en cualquier otro viaje, sin la mayor sospecha de que un virus se estuviera incubando en su organismo.

A mi mamá ya no la llamó mi tío, sino mi prima. Querían advertirle que no estaba nada bien su hermano. Es costumbre familiar llegar al hospital por casi cualquier enfermedad, pero esta vez era mucho más grave. Estaban a unos días de internarlo, era evidente, así que primero quería avisarle a cuántos pudiera y preguntar: "¿Cómo está Evelyn? Porque él está preocupado por ella".

Imagino que, entre su delirio, en uno de los recuerdos que pudo recuperar, estaba yo, "mi hija", como me dice, supongo que pensaba en mí porque desde el principio de la pandemia por la Covid-19 me ligó a esta enfermedad. Si antes ya era muy sensible a todo lo que está pasando, ahora me siento peor.

Lo primero que pienso cuando me lo cuenta mi mamá es: "¿Yo qué?", para mí es obvio que la persona de la que menos se debe de preocupar en ese momento soy yo, pero me causa mucha ternura, a parte de la sorpresa, y lo agradezco. Es de esos momentos en los que las ganas por abrazar a alguien me supera y siento cómo se me eriza la piel por la falta de contacto humano.

Quiero abrazar a mi mamá porque supuestamente está siendo muy fuerte, pero incluso a través de la pantalla veo su preocupación. Tengo tantas ganas de decirle que todo va a estar bien, pero no lo digo porque sé que sonará como una frase que avienta una persona con tal de cambiar el tema, es obvio que las cosas están muy mal y ninguna fuerza divina ayudará.

Esa noche mi tío comenzó a desarrollar hipoxia y fue rápidamente atendido en un hospital del IMSS. Al día siguiente nuevamente llamaron a mi mamá para hacérselo saber. Desde ese momento supe poco de mi tío y toda la familia se encontró igual. Ya que no hay visitas y desde el hospital solo se anuncia por internet el estado de los pacientes, no quedaba más que estar al tanto de las actualizaciones, que poca información dan.

Pienso en Maricruz, en el profesor Migliorati, en el luto de la gente en estos meses, en los índices mortalidad, en todo, ¿esto que siento es lo que ellos han estado sintiendo? Eran diferentes dolores y angustias, pero que, a final de cuentas, son producidas por el mismo “enemigo invisible”.

Son días en los que mi mamá a diario me dice: "Yo creo que esta no la supera, es que..." y comienza a hacer un recuento de las enfermedades y problemas de salud que ha enfrentado mi tío, sin dejar de lado su edad, pero existe la esperanza.

Han sido cinco días desde que lo hospitalizaron, para mí son muchos, no siento que siga con solo la Covid-19, de ser así, estaría a punto de ser dado de alta, pero por la tarde de ese día, finalmente mi mamá me dice muy feliz que mi tío fue dado de alta. Todavía tendrá que estar bajo un riguroso cuidado, pero está mejorando. Al parecer, sus pulmones están bien, dentro de lo que cabe.

Él todavía se escucha muy fuera de sí, como si no comprendiera qué está sucediendo, algo común en los pacientes de esta enfermedad, que por la falta de oxígeno sus pensamientos se ven opacados por una espesa neblina que no los deja pensar de la forma correcta, algunos incluso pierden la memoria temporalmente.

El alivio inundó a toda la familia. Por los chats familiares hablamos de lo sorprendidos que estamos porque mi tío lo haya logrado, la mayoría no veíamos un panorama alentador. Por meses se convierte en tema de conversación, sobre todo cuando otros seres queridos mueren por la Covid-19.

No me cabe duda de que mi tío es muy fuerte, a sus 77 años logró atravesar esta enfermedad casi ileso, contrario a los miles de adultos mayores que mueren semana con semana dentro de los hospitales por culpa del SARS-CoV-2. No obstante, esto me hace preguntarme por la forma en que funciona la Covid-19, tan extraña. Se ha llevado la vida de todo tipo de personas, con buena o mala salud, jóvenes o adultos, y es casi un milagro que nos haya dejado a mi tío.

2 de agosto

Ahora que mi tío Marcelo ha recobrado el habla, aunque no por completo, mi mamá recibe una de sus llamadas, podría decir que es una de las que ella más ha esperado en los últimos años. Su hermano le cuenta que la "enfermedad de la chingada" le sigue afectando en sus pensamientos, mi mamá se da cuenta porque a veces suelta ideas inconexas y ella tiene que encontrarles el sentido dentro de su plática, pero está bien, es algo temporal, le asegura.

Al parecer, nadie sabe de dónde se contagió, aunque es casi seguro que fue de aquel viaje al Zócalo, pero él no quiere echarle la culpa a mi prima, así que dio vuelta a la hoja y ahora solo se siente enojado con la gente que no se protege. Casi al final de la plática, nuevamente, como siempre y sin falla, pregunta por mí, pero ahora los sentimientos lo inundan, llora al pensar y hablar de mí, yo no sabía que algún tío o tía podía hacer eso por mí.

Cuando yo hablo por videollamada con mi mamá, al saber de lo que se trató su plática, yo también quiero llorar. Sé que él me sigue ligando a la enfermedad, pero aun así sigo sintiendo esa ternura inmensa por saber que hay personas que quisieran protegerme a kilómetros de distancia. Lo agradezco y llega de nuevo ese retortijón en el pecho, me siento culpable de estar preocupando a personas que no deberían hacerlo. Y sé que este sentimiento será peor cuando me toque de nuevo ver a estas personas cara a cara.

De vuelta a Ecatepec

Pasaron muchos días más entre mis paredes blancas, paseos aquí y allá, queriendo comerme a Italia en el poco tiempo que me restaba en el país y obtuve un poco de libertad. Semanas enteras llorando de la desesperación porque simplemente no podría ver todo lo que alguna vez soñé con ver, y no es para menos, sé que ni yo ni mi familia tendremos el dinero para que alguna vez pueda volver y disfrute de este hermoso país como quería hacerlo.

Sin embargo, es hora de resignarme, empacar mi dolor y volar con él a México.

Esta mañana, especialmente calurosas y llena de mosquitos, finalmente me llegó el correo que tanto temía, no tendré vuelo de regreso y, si es que forzosamente necesito ya irme de Italia, tienen un espacio para mí el 18 de agosto, lo cual yo no puedo aceptar porque excede de mis posibilidades de muchas formas.

Yo pensaba que para estas alturas de esta experiencia ya nada podría hacerme sentir ansiosa, pero este correo me sorprendió, llevándome al baño a expulsar todo lo que había comido por la mañana. Lo primero que hago, luego de vomitar, es avisarle a mi familia, pues espero que mi papá me pueda ayudar con esto, pero me piden que sea paciente. Yo, sintiéndome atada de manos, es lo que hago. En realidad, ¿qué más puede pasar ya?

Luego de dos horas, me llega un nuevo correo de la aerolínea, nuevamente diciendo que el otro vuelo, el del 18 de agosto, se tuvo que cancelar, así que tienen un nuevo viaje para el 12, un día después de lo que yo había contemplado como mi regreso. Es una de las únicas noticias buenas que tengo en lo que resta de mi estancia aquí.

Para este punto de todo lo que he vivido, pienso que ya nada me puede pasar, no hay algo que me pueda hacer sentir peor o mejor; días como hoy, me dedico a llorar de ansiedad, luego respiro, me tranquilizo y me dedico a acomodar mis cosas en las tres maletas que tengo.

Me es imposible no llorar cada que me dedico a empacar, siento una lástima inmensa por mí mientras veo las cafeteras, las tacitas, chocolates o café que le llevo a mi familia, pues me hubiera gustado gastar el dinero que utilicé para comprar todos estos recuerdos en experiencias, en cruzar en tren a Suiza, en visitar Austria, en ir a la Alhambra, en España.

Veo un pedazo de mi corazón en cada cosa que compré; tantas cosas que pudieron ser, que soñé y anhelé desde que hace seis años atrás, y que nunca sucederán ya.

Se me ocurre volver a escuchar a Ultimo, un cantante romano del que me aprendí todas sus canciones mientras me preparé para mis exámenes de certificación de italiano, me gusta tanto que inclusive en enero había comprado un boleto para uno de sus conciertos. Obviamente, todos los espectáculos de música se cancelaron y me quedé únicamente con la ilusión de verlo. *Il ballo delle incertezze* (El baile de las incertidumbres) siempre fue mi canción favorita de él, pero dejé de escucharla desde el pasado noviembre, cuando me dieron mi carta de aceptación, me daba miedo que sus palabras se volvieran mi realidad estando en Italia.

Parte de su letra dice: “Habrá un lugar en donde pierdo todo, que para estar en paz contigo mismo y con el mundo, debes haber soñado al menos por un segundo”, precisamente mi miedo era ese, perderlo todo en mi más grande sueño, y en parte sucedió. Ahora da igual cuántas veces la escuche, en verdad pienso que ya no hay nada peor para mí.

La lástima llega a ser tan dolorosa, que cada tanto me detengo y me acuesto en la cama a llorar, hasta que logro de nuevo tranquilizarme y volver a hacer mis maletas con Ultimo de fondo. Esto se convierte en el proceso más emocionalmente agotador que atravieso en toda mi estancia en Italia.

11 de agosto

El regreso a México está siendo más caótico de lo que esperaba, entre cancelaciones de vuelos y atrasos, finalmente lograré partir de regreso la mañana del 12 de agosto.

Mi último día en Verona, con los 32°C a todo lo que da y el 70% de humedad, me paseo entre los edificios de la escuela, Piazza Brà, el río Adige, como un tipo de empanadas italianas que se llaman *panzerotti*, y me despido de mi segundo dormitorio, donde viví los últimos 15 días. Siento que los sentimientos no me caben en el pecho; enojo, tristeza, felicidad, nostalgia, pero sobre todo la emoción es lo que casi no me deja respirar.

Siento como si quisiera abrazar a cada lugar, cada producto que conocí, cada gota de agua que vi, cada obra de arte, cada persona que me abrió los brazos en medio de la adversidad; aunque no tenga sentido, es eso lo que siento. Estoy más sensible que nunca, de hecho, intento no rozar mis brazos con nada en el camino, porque sé que inclusive eso podría hacerme llorar.

La parte más difícil

*And the hardest part was letting go not taking part*⁴³

Coldplay, The Hardest Part

Lloro en el avión mientras veo uno de los amaneceres más bonitos que me dio Italia, siempre con su cielo increíblemente anaranjado por las mañanas, entre las gigantes y rocosas Dolomitas⁴⁴ nevadas y los campos de viñedos, de nuevo me doy tanta lastima al pensar que nunca podré pasear por ellas. Nadie nota mis lágrimas porque el cubrebocas especial absorbe todo.

Siento un cosquilleo imparable en las palmas de las manos, muñecas, pies y garganta. La emoción me embarga y también estoy muy nerviosa. Estoy a horas de volver a ver a mis papás y hermana, a mis gatos y perros. Por fin podré volver a abrazar a alguien, comer, ver la tele, desplazarme por mi cuarto sin vergüenza.

Hay tantas cosas que quiero hacer, pero primero tengo que pasar un aislamiento de mínimo 14 días. Más que nunca tengo una razón para alejarme completamente del mundo; antes me daba miedo morir lejos de mi familia, ahora me da miedo que ellos mueran por culpa de que yo les lleve como regalo especial de Italia la Covid-19.

Dentro del avión nos dejaron esparcirnos por los lugares que quisiéramos porque había muchos asientos vacíos, pero yo ya estaba en una fila sola, así que no me moví, además, el vuelo es corto, una hora y 35 minutos, pues tengo que hacer escala en Alemania.

Estoy con Estefany porque ella buscó el mismo vuelo que yo, eso es bueno porque, aunque no hablemos mucho, ya sentimos confianza una con la otra y podremos hacernos compañía

⁴³ Traducción: “Y la parte más difícil fue dejar ir, sin hacer nada”.

⁴⁴ Las Dolomitas son un conjunto de formaciones rocosas que se encuentran en los Alpes, parte de ellas están en el norte de las regiones italianas Véneto y Trentino Alto-Adige, mientras que otra parte está en Austria.

en las nueve horas de escala que tenemos que pasar en el aeropuerto de Múnich. Si una tiene que dormir, la otra puede estar al tanto de cualquier cosa, aunque ninguna de las dos tenemos una pizca de sueño.

Esas casi dos horas de vuelo se me van muy rápido y tengo sentimientos encontrados; por un lado, quiero que todo sea más rápido para llegar a casa, pero por otro, no quiero decirle adiós a Europa, no sé cuándo pueda volver a ocurrirme algo así, ni siquiera pienso que pueda suceder otra vez. Estoy consciente de lo mucho que en toda mi estancia en Italia quise regresar a México, pero también supe que me dolería regresar a casa.

Llegando a Alemania, Estefany y yo nos paseamos por el aeropuerto por cerca de dos horas, transcurso en el que vemos que todo está casi vacío. Encontramos una sala de espera donde sentarnos y esperamos pacientemente por que pasen otras seis horas más para abordar el avión que nos llevará a México.

El primer vuelo fue tan estresante que ya estamos cansadas. Todas las medidas contra el Coronavirus hacen que me sienta como una delincuente por estar viajando de Europa a América, a ello le tengo que agregar que pienso que en cualquier momento alguien me va a pedir mis documentos y se dará cuenta de que mi permiso de residencia está vencido, me detendrán y multarán.

En Alemania me como todo lo que ya había preparado para estas horas. Platico con Estefany y vemos el tiempo pasar. No nos podemos mover mucho, no está permitido. Gran parte de las salas de estar están cerradas, también tiendas. Está bien, ya esperábamos esto. El aeropuerto es enorme y gran parte de él tiene las típicas y enormes ventanas, que también nos permiten un poco ver cómo sube el sol, cuántos aviones llegan y cómo trabaja la gente en las pistas, eso nos distrae un poco.

Cuando faltan cerca de tres horas para tomar nuestro vuelo, nos dirigimos al área desde donde saldrá, pues antes tendremos que pasar por migración. No le he dicho nada a Estefany sobre mi permiso de residencia, pero creo que es momento de hacerlo, por si las cosas se complican.

Pero los nervios me ganan y somos las únicas en la fila, no menciono el tema. Un oficial me pide acercarme a su ventanilla y siento que me voy a desmayar de la preocupación, me pesan

los brazos y los pies. Nunca había sentido esto, este viaje está lleno de nuevas emociones. Camino muy cansada y nerviosa. Frente al oficial, intento sonreír, aunque traigo el cubrebocas, pero se me caen las curvas de la boca, así que intento parecer niña perdida y estudiante dejada a su suerte en medio de la pandemia.

Estefany, en la ventanilla de al lado, avanza muy rápido y yo sigo esperando a que me digan algo. El oficial se está tardando más de lo normal, ya sé que me dirá algo malo. "Sí sabes que tu permiso de residencia está vencido, ¿verdad? Y tú permanencia en Europa durante las últimas dos semanas no fue regular, ¿me podrías explicar esto?".

Con todas las pocas energías que me quedan, me acerco más a la ventanilla, recargo un codo en el borde y llevo mi mano a mi frente, suspiro antes de comenzar mi discurso: "Sí, venció y me fue imposible regresar en ese momento, había pocos vuelos y los precios eran demasiado altos. Lo consulté con mi embajada y me dijeron que no podía hacer mucho, que mi permanencia estos días serían tomados como irregulares, pero existe una carta entre embajadas que me cubre".

Él, viéndome desde el otro lado con el entrecejo fruncido, pero con expresión de preocupación me pregunta: "¿Por qué no tienes esa carta contigo?". Otra vez suspiro y le explico que no es mía, que es una carta entre embajadas, como un acuerdo, pero no me permite seguir hablando, incluso levanta la mano y me hace una señal de que pare. "Está bien, detente. Entiendo, tu situación es inusual y también lo que pasa en el mundo. Entiendo, no te tienes que preocupar más, tranquila". Me pide bajar mi cubrebocas, sella mi pasaporte y me dice: "Buen regreso a casa, Evelyn".

Pienso que lo que acaba de ocurrir fue gracias a mi cara de infinito cansancio. No puede haber otra razón para que un oficial de migración se haya portado tan bien conmigo, una mexicana ilegal en Europa.

Estefany me pregunta muy sorprendida qué ocurrió, solo le respondo que el policía me preguntó por mi pasaporte, ya no quiero pensar en lo ocurrido.

Continuamos caminando y pasamos por tantos lugares vacíos que parece que estábamos solas en todo el aeropuerto. Finalmente, después de casi una hora, llegamos a nuestra puerta de partida, ahí tenemos que esperar una hora más un autobús que nos lleve al avión.

Cada vez me siento más emocionada, más cerca de mi familia y todo lo que extrañé, de la tranquilidad de volver a dormir en paz. Para este vuelo tengo preparados cuatro cubrebocas, se supone que cada tres horas lo tienes que cambiar, así que eso haré. Espero poder dormir con la presión de los resortes en la cara, lo incómodo y lo estorbo que es respirar con ese tipo de mascarilla, pero de nuevo pienso en mi familia y en los riesgos que corro al quitármelo para respirar "bien", así que sí, duermo con el cubrebocas puesto.

En esta ocasión sí me cambio de fila de asientos, estoy sola entre otros tres lugares y eso me hace sentir segura. Puedo comer mis dos comidas con la seguridad de que nadie me escupirá encima. Durante casi todo el vuelo duermo, pero también veo películas, leo y escucho música. En el baño, contrario a mi vuelo de ida, ya no hay nadie estirando las piernas ni platicando con los sobrecargos, puedes pararte exclusivamente si es muy necesario. También recomiendan no intentar sacar algo de tu maleta que va en la parte superior o llamar demasiado a los sobrecargos, para que nadie tenga que caminar mucho entre los pasillos.

Aunque sean 11 largas horas, para mí es solo medio día para volver a casa, no se compara nada con los siete meses que estuve lejos. Puedo esperar las horas que sean en un vuelo si eso me asegura que estaré de nuevo entre los brazos de mi familia. Me emociona mucho pensar en eso, me cuesta trabajo poner atención a lo que sea que esté haciendo por imaginar el momento en que vuelva a pisar suelo mexicano.

Cuando por fin informan que estamos a punto de descender, de nuevo quiero llorar, pero me contengo, no quiero que Estefany me vea con los ojos rojos. Siento muchas cosquillas en mi estómago, piernas y manos. De nuevo me pregunto si alguna vez en la vida me había sentido así, otra vez me respondo que no.

Desde las alturas voy viendo lo diferente que es la estructura de nuestra ciudad a comparación de Verona. Aquí se ven muchos edificios altos, otros no tanto. Líneas muy rectas, muy bien formadas; allá no se ven rascacielos y hay muchas calles y callejones sin sentido.

En el pecho siento ese calor, ternura y compasión por mí misma, me siento culpable de todo lo que tuve que vivir en Italia y me pido disculpas, la pandemia pudo haber sido más fácil para mí y mi familia si yo me hubiera quedado aquí, entre estas líneas rectas. Se sintió como toda una vida estar lejos.

Toda mi vida le he tenido un miedo enorme a los aterrizajes y a las alturas, pero esta vez quiero quedarme viendo por la ventana cómo nos vamos acercando al suelo. Mis piernas tiemblan y también mis brazos, siento como si en las venas trajera aire y no sangre del frío que siento, de nuevo, por la emoción.

Estoy aquí y terminó. Como en un abrir y cerrar de ojos, la aventura llegó a su fin.

*E quindi uscimmo a riveder le stelle*⁴⁵

Finalmente, salgo por las puertas de migración del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México que me dividen de mi familia y los veo ahí, esperándome con un cartel, rompo a llorar, ellos conmigo. Se acercan a mí y no lo piensan, no les importa nada, me abrazan todos. No lo puedo creer, no puedo creer que finalmente estoy aquí, con ellos, ya nada importa, todo lo que pasó se reduce a nada porque estoy con ellos.

Veo que mi mamá y hermana portan un traje especial que las cubre de pies a cabeza, con careta y cubrebocas. No me han salido las palabras y no me salen hasta que mi mamá me dice: "Ya estás aquí", yo le respondo con un "sí, ya".

Me dicen que tenemos que movernos, no debemos permanecer mucho tiempo en el aeropuerto. Le digo a Estefany que me voy, la veo llorando con su familia también, me dice que me vaya con cuidado. Es la última vez que la veré, quizás.

⁴⁵ Traducción: "Y entonces, salimos para volver a ver las estrellas" (Dante, 2006:204). Estas son las últimas palabras del *Infierno* de la *Divina Comedia*.

Desde que salgo del aeropuerto, comienzo a hacer comparaciones, algo que no pararía incluso un año después.

Lo primero que veo es la gente con ropa deslavada, cabello alborotado y hablando estruendosamente. Me gusta. Aquí nadie porta mochilas Gucci o Burberry, tampoco caminan como si fueran modelos. Es cómodo.

Entro al coche, avanza un poco y lo noto, el primer verdadero impacto visual: fachadas sucias. Nunca me había dado cuenta de que las fachadas de México son así. Entre más nos acercamos a Ecatepec, veo más puestos de comida alrededor de la entrada del metro Oceanía, eso no existe en Italia, de nuevo sonrió, pero me incomoda mucho y me genera ansiedad ver a la gente sin cubrebocas comiendo ahí.

Entonces, mi mamá me saca de mis pensamientos y me dice: "Te hice enmoladas, tu tía hizo el mole para ti". De nuevo me suelto a llorar. Me llena el corazón estar aquí. Podía estar a 40° en Florencia viendo un Caravaggio y ni eso iba a calentar tanto mi corazón como lo que mi mamá me acababa de decir. Ella lo comprende y dice su típico "ay, mi niña" que solo me hace avergonzarme de mis sentimientos.

Veo a gente con pantalones entubados, playeras con estampados de conciertos que nunca ocurrieron, tenis sucios, sin joyería, sudando, con paraguas en pleno sol y así, poco a poco voy haciendo una lista de cosas que extrañé ver. Las combis, los edificios altos, anuncios, postes de lámparas, cables; es nuevo, aunque no tanto.

Pienso en lo ridícula que me veré si le digo a mi familia lo que me va impresionando, porque fueron siete meses y me escucharía muy pretenciosa. También tengo problemas al hablar, me da miedo combinar idiomas porque ya lo hacía en las videollamadas y ahora, además, tengo que interactuar con más de una persona al mismo tiempo, lo que me confunde porque desde el inicio de la pandemia no lo hacía.

Veo al Metro Múzquiz y ya sé que viene otra tormenta de sentimientos a llenarme la cabeza. Llego a mi casa y de nuevo, ahí estoy, llorando mientras saludo a mis mascotas, quiero abrazarlos, pero también me da miedo tener contacto con ellos, no quiero transferirles nada. Entro a mi casa y me siento muy perdida, mucho, como si nunca hubiera estado en este lugar.

También noto demasiadas cosas, pasé de no ver nada en mi dormitorio, a ver cajas de galletas apiladas, una canasta llena de fruta, costales de croquetas para perro y gato, comida por todos lados. Me baño y siento como si estuviera irrumpiendo en una casa como una delincuente.

Salgo y quiero pedirles permiso a mis papás para todo, para comer, para ir a mi cuarto, para quedarme ahí, casi como si hubiera llegado a un nuevo AirBnB. Nota la cara divertida de mi mamá, después me dice que no es necesario que le avise todo lo que voy a hacer.

Antes de hacer cualquier otra cosa, me piden hacerme la prueba rápida de Covid-19 que compraron. Me pincho el dedo con una jeringa nueva, me duele como un pellizco, pero los nervios hacen que me asuste y, cada vez, me moleste más. Presiono mi dedo para que le caiga una gota de sangre en el pequeño círculo en que debo depositarla y esperamos ansiosos por cinco largos minutos.

Me siento incómoda, no hacemos otra cosa más que ver el pequeño trozo de plástico que definirá mi vida dentro de los próximos días, quizás meses. Yo no dejo de tocarme el cubrebocas para comprobar que está bien puesto. Poco a poco se comienzan a dibujar las líneas que indican que estoy bien, el SARS-Cov-2 no está en mi organismo, pero, de todas formas, voy a encerrarme a mi cuarto, la única parte de la casa en la que realmente me siento cómoda por haberla soñado tantas veces mientras no estaba aquí.

Una de las primeras cosas que hice ya que me sentía un poco más cómoda fue hablar con mi tío Marcelo, no sabía qué le diría, pero sentía que me carcomía el no platicar con él. Lo llamo mientras estoy sentada en mi cama, me responde al otro lado de la línea y le digo: "Hola, soy Evelyn", y escucho cómo se echa a llorar y entonces yo también lo hago, pero en silencio. "Ay, mi'ja, qué bueno que ya regresaste", es lo que me contesta entre lágrimas, siento en mi oído el pesar de su respiración, le cuesta trabajo inhalar. Me preocupa estar forzándolo con esta llamada, así que me ocupo de la conversación, aunque no sea una persona muy habladora.

Mientras estoy viendo mi ventana y me proyecto a las tantas veces que me senté en mi cama de Italia, viendo el sol reflejándose en el edificio naranja de enfrente porque no tenía nada

más que hacer, le cuento a mi tío algunas cosas que pasé en Italia. Le hablo del terror que sentí el 90% de mi estancia y lo mal que a todos nos fue con la pandemia. Está impresionado de que no me contagié y me felicita. Me dice que él todavía sufre, todavía "me cuesta trabajo pensar", le quedó dañado un riñón, usa un respirador y ha comenzado su rehabilitación.

No entiendo por qué tuvo que ser él, porque justamente la persona que tanto se preocupó por mí y la Covid-19 tuvo que ser el primero en mi familia en contagiarse, es como una broma de muy mal gusto por parte del universo, o así lo quiero ver yo. Es mucha coincidencia.

Me aterra todavía pensar que no existen las coincidencias y que todos estamos expuestos a enfermarnos de algo tan grave. Me aterra pensar que mi mamá, con problemas en los pulmones, pueda resultar contagiada y que nadie sepa el por qué. ¿Un error?, ¿un descuido? ¿Y de quién fue el descuido?, ¿mío?, ¿de ella? Estos pensamientos todavía me quitan la respiración y me dejan sin dormir. Sé que, contrario a mi tío, mi mamá no lo soportaría. Así que, pese a que ya estoy en mi casa, la preocupación me sigue destrozando la cabeza.

Agridulce pude sentir en mi boca

Con el pasar de los días, mi lista de comparaciones ya no tiene ni principio ni fin. Al despertar, los amaneceres ya no son tan anaranjados, escucho cumbias a lo lejos y siento que he comido demasiado, me da pena decirle a mi mamá que ya no quiero más porque, además de todo, la costumbre de no tirar absolutamente nada de comida sigue ahí, me aterra desperdiciar comida.

Hay mucho ruido y eso me incomoda, sobre todo los sonidos demasiado fuertes. Me di cuenta de que no puedo escuchar la música que escuchaba al irme a Italia, no entiendo la razón, pero me hace sentir mal, demasiado triste. Tampoco puedo volver a ver *Call me by your name*, se me hace un nudo en la garganta y siento que me voy a volver loca cada que intento comenzar a verla.

Ya no escucho el aturdidor sonido de las chicharras en mi ventana y lo único que veo al asomarme es un panorama lleno de casas con azoteas con ropa, las famosas "varillas de la

esperanza” o fachadas de ladrillo gris, ya no hay techos rojos ni cielos sin cables. No me siento ni feliz ni triste, me siento acompañada, sí, y lo agradezco, pero me siento vacía.

Mis papás dicen que descanse, y eso hago después de terminar de tramitar mi regreso a México con la UNAM, de sacar todo de las maletas, de lavar toda mi ropa y limpiar con toallitas desinfectantes cada una de las cosas que compré en Italia. Esta necesidad de limpiar borde por borde con sumo cuidado está más presente que nunca.

Cuando han pasado mis días de aislamiento, salgo con mis papás para ir al supermercado, algo que ni ellos hacen ya porque tienen un ritual de limpieza un poco diferente al mío, más estricto, pero es en esencia lo mismo.

Mientras voy maravillándome con lo que veo en el camino, pienso mucho en lo que me gustaría poder salir sola como lo hacía en Verona. Sin miedo a nada, con cámara en mano para captar todo, pero vivo en uno de los municipios más peligrosos de México, me es imposible por ser mujer y estar joven, pero está bien, cuántas veces no quise poder volver a estar con mi familia haciendo estos recorridos tan sencillos.

Mis papás y hermana ya se acostumbraron a no salir de casa, todo lo hacen desde aquí, incluso, las cosas del supermercado las piden por internet y los dueños de la recaudería más cercana traen a la puerta la verdura y fruta con una sola llamada, pero nos hacen falta varias cosas para hoy mismo y decidimos ir rápidamente a un centro comercial.

Vamos a Plaza Aragón porque sabemos que ahí encontraremos todo de una sola caminata, pero está repleta de gente y esto también me incomoda, me da mucha ansiedad. Toman la temperatura en la mano cuando debe ser en la frente, dan un gel demasiado acuoso o viscoso y te hacen caminar por un tapete sanitizante completamente seco.

Justo después de pasar estas medidas de prevención de contagios, la gente se baja el cubrebocas y aquí no hay policías o carabinieri que te obliguen a colocártelo bien. Hay mucha gente aglomerándose, olvidando o ignorando la pandemia y a veces siento que todo lo que viví en Italia fue una pesadilla que ocurrió en mi mente.

Al regresar, recuerdo las calles con mármol o adoquinadas, aquí veo más bien concreto levantándose y baches gigantes a lo largo de la Avenida Carlos Hank. Me vienen a la mente

las tiendas de lujo por todas partes en las estrechas calles de Italia, las lámparas enormes que cuelgan de un delgado cable, los números edificios habitacionales que aglomeraban gente, gracias a los cuales aumentaron los contagios de forma exponencial, los inmigrantes de la India, África o Asia que hablaban de forma muy ruidosa. No extraño nada de eso, pero es raro no verlo o escucharlo.

Pienso que la lástima que siento hacia mí nunca se irá, me arrepiento innumerables veces de haberme ido de intercambio, de las preocupaciones que le generé a mi familia, de los gastos innecesarios, de no haber aprovechado esta gran oportunidad. No hay día que no lllore por la noche y esto lo he escrito ya mil veces en diferentes hojas y cuadernos, me detengo solo cuando la primera muerte por Covid-19 llega a mi familia, y me siento culpable por sentirme triste por todo esto cuando mi familia llora la muerte de una persona querida.

¿Me siento muy contenta? Sí, también. Hay momentos en que no creo que viví en Italia, también muy tranquila por tener junto a mí a mi familia, pero me gana el sentirme vacía. Muy vacía. Ya no tener preocupaciones, darme cuenta de que ya no veré algo nuevo cada día o que me enfrentaré a un nuevo problema, me hace pensar que ya nada tiene sentido. Pero de repente escucho maullidos al otro lado de la puerta, son mis dos gatos Santi y Misho, todo pensamiento negativo se esfuma, porque aquí está todo lo que deseé volver a ver y tocar.

Estoy agradecida con todo lo que viví y conocí en Verona, pero me pregunto si algún día volvería a enfrentarme a una experiencia similar conociendo de antemano lo que deberé atravesar. Mi respuesta inmediata es no, pero la nostalgia es engañosa.

Conclusión

La pandemia por el coronavirus se convirtió en el enemigo invisible contra el que no pudimos siquiera pelear, del que ahora es incómodo hablar desde una perspectiva individual porque tocó fibras muy sensibles e íntimas de cada uno.

Escribir este relato me permitió confirmar que la crisis sanitaria ha sido más que pérdidas familiares y económicas —aunque eso fue lo más visible—, pues actualmente se está comprobando que también es un cúmulo de enfermedades mentales, problemas de salud no relacionados con el virus, pero sí con el estrés, la ansiedad, la depresión, y todo causado por el encierro que vivimos.

De la misma forma, constaté que con experiencias individuales se puede formar un registro de un evento histórico, en este caso, de la pandemia. Recalco esto ya que, como lo mencioné en la Introducción de este texto, aunque existan cientos de documentos que toquen el tema “la primera ola de contagios en Italia”, no todos han tenido la inquietud de plasmarlo en primera persona, ni tampoco de sumergir al público en el contexto, porque la mayoría lo trata desde un punto de vista generalizado o, incluso, a partir de información que solo consultó en medios de comunicación o informes de gobiernos.

Por otra parte, caí en cuenta que los recuerdos que conservamos sobre los sentimientos negativos que sufrimos, así como los estragos que nos va dejando la pandemia, son un tema muy complicado de abordar con otra persona, así como de transmitirlo a partir de palabras escritas.

Realizar este relato me hizo percatarme de los obstáculos que tenemos como periodistas al tratar temas sensibles y cuando nos acercamos a nuestras fuentes, pues en rara ocasión dentro de la preparación universitaria nos vemos obligados a tocar fenómenos en los que tengamos que incentivar a que una persona abra completamente sus sentimientos para nosotros, que podemos ser completos desconocidos.

En el caso de este trabajo periodístico, al acercarme con las personas de las que quería obtener su testimonio, hablar directamente de sentimientos, que era lo que yo buscaba que compartieran conmigo, fue muy difícil a lo largo de mi búsqueda de fuentes. De hecho, de

las entrevistas que he tenido que hacer para cualquier otro texto, nunca había tenido que enfrentarme a un tema completamente emocional y desconocía lo incómodo que podría ser tanto para el entrevistador como para los entrevistados el profundizar en sus emociones.

En cada plática o entrevista existió un momento en que mis entrevistados se cerraban y comenzaban a responder vagamente acerca de lo que sentían, así que era mejor afrontar directamente su renuencia, preguntando si habían llorado o no, si habían llegado a pensar o su propia muerte o cómo llamaban a aquello de lo que no querían hablar.

Fue con mi mamá con quien más luché por sacar este tipo de comentarios, entre más nos acercábamos al tema de la muerte, menos quería hablar sobre sus pensamientos, por lo que opté por cuestionarla deduciendo ya lo que pasaba por su mente. “¿Por qué estabas preocupada?”, “¿sentías miedo de que yo me contagiara y muriera?”, “¿cuál fue tu peor pensamiento?”, fueron algunas de las preguntas en las que me basé para poder ir más allá después de mi primer intento, porque no quería tocar esos temas por sí misma.

Con su respuesta y su tono de voz al hablar, fue que los demás cuestionamientos fueron surgiendo y logré hacer que ella me transmitiera sinceramente su experiencia, sin vergüenza a tener que hablar sobre algo tan personal e íntimo como los sentimientos.

Algo similar ocurrió con Maricruz, la enfermera militar. Ella llegó a mí a través del podcast de un amigo en común. El episodio en que ella participó habló un poco acerca de su experiencia como personal de salud en primera línea llamó mi atención porque lo escuché mientras todavía estaba descifrando la forma en que comenzaría mi relato.

No pude dejar pasar lo particular de su historia y lo profesional que siempre fue al hablar de sus pacientes. Su historia, pese a que es de cierta forma única, no se desconecta de lo que tuvieron que vivir millones de médicos alrededor de todo el mundo. Basta ver un documental o leer un reportaje sobre el inicio de la pandemia en cualquier país para entender el peso emocional y físico con el que tuvo que cargar el personal sanitario cuando los pacientes llegaron de un día a otro por montones y ni siquiera se tenía claro qué estaba sucediendo.

Platicar con Mari me hizo notar que existe mucho el “darle voz” a las y los médicos o enfermeras en medios de comunicación, es decir, hacen un seguimiento de lo que hacen desde

una perspectiva de tercera persona, y ya, ahí se estanca la información. Pocas veces se abren espacios que den pie a que ellos mismos sientan la libertad de narrar sus historias, su cansancio y dolor.

Mari me narró de forma rápida cómo vivió la llegada de la Covid-19 a México, no contaba con mucho tiempo ya que continúa en su labor de atender contagios, pero los minutos que compartió conmigo me bastaron para ver que la voz de cualquier médico, enfermero o personal de limpieza de hospitales debería darse a conocer, porque solo así comprenderemos el gran esfuerzo que representó para ellos poder atender a las personas de una enfermedad desconocida casi en su totalidad.

Con ella también me di cuenta de que todos nos sentimos un poco reacios a exponer lo que llegamos a sentir durante nuestro primer encuentro con el Coronavirus. Mari, ya sea por el respeto que le tiene a su profesión, a sus pacientes, porque no se sentía en la confianza de abrir sus emociones o porque ya se había acostumbrado a decir la misma respuesta, en un principio me aseguró que la disciplina con la que estudió no le permitía desconcentrarse con sus sentimientos. Sin embargo, cuando finalmente rompió el cascarón, me reveló que todo el tiempo ha sentido miedo, y el cansancio es difícil de olvidar, porque es emocional.

Me habló del miedo y preocupación que su familia sentía por ella, y el momento que más le tocó el corazón fue la muerte de sus compañeras. Demostró que sus emociones eran tan fuertes que, al llegar a ese punto del relato, regresó a construir las barreras con las que me había encontrado al inicio de nuestra plática, mientras intentaba que su voz sonara normal, un dolor del que no se habla y que solo está expuesto en las cifras del número de personal médico que murió atendiendo pacientes con Covid-19.

Para este punto, considero necesario hablar de los números que nos dejó la pandemia. En primer lugar, todos estos sentimientos tuvieron un impacto grave en la mayoría de nosotros, pues así como mencioné que en Italia los niveles de depresión, ansiedad y estrés post traumático se dispararon desde el primer mes.

Por otro lado, en México, uno de los primeros estudios que se hizo sobre la salud mental en la población fue por parte de la Universidad Iberoamericana⁴⁶, el cual arrojó que ya en mayo de 2020 el 29% de las personas analizadas presentaron síntomas de depresión, mientras que poco más de 30% tuvo síntomas de ansiedad.

Aunado a ello, el psiquiatra Hugo Alberto Andriano del Instituto Mexicano de Seguro Social (IMSS) reportó que para agosto de 2022 ya se tenían registrados varios casos de depresión post Covid-19 en personas que se habían contagiado y habían superado exitosamente la enfermedad, así como también aquellos que todavía presentaban secuelas⁴⁷.

Tampoco se puede dejar de lado que para octubre de 2021 el Consejo Internacional de Enfermeras dio a conocer que se tenía el reporte de 115 mil trabajadores sanitarios muertos por la enfermedad del SARS-CoV-2. El Gobierno de México informó en uno de sus últimos informes sobre este tema que para octubre de 2021 se acumularon más de 4 mil fallecimientos de personal sanitario.

Por esto es que, tomando en cuenta personal sanitario y a la población general, el Gobierno de México reportó un exceso de mortalidad relacionado a la Covid-19, de 2020 y 2022 (hasta este octubre de este último año), es de 76.7%.⁴⁸ No es para menos el dolor, la angustia, la desesperación, la depresión y el estrés post traumático que hasta hoy presentamos.

Con el relato de mi tío fue un proceso un poco diferente, porque lo hice desde mi perspectiva ya que las mismas secuelas de la enfermedad no me permitieron acercarme a él y hablar directamente de lo que sucedido, aunque cuando busqué que otras personas me relatar cómo fue su caso, de nuevo se levantaron barreras de comunicación.

Y es que, en un principio, mi tío llegó a tener vacíos en su memoria y su recuperación fue un poco lenta, pero siendo este un trabajo que hablaba de Covid-19 y que fue un caso que sentí tan cercano, además de haber sido el primero en mi familia, pensé que era necesario rescatar

⁴⁶ En línea: <https://politica.expansion.mx/mexico/2020/05/07/3-de-cada-10-mexicanos-con-sintomas-de-ansiedad-o-depresion-por-covid> (consulta: 26 de octubre de 2022).

⁴⁷ En línea: <https://bit.ly/3U5rS5q> (consulta: 26 de octubre 2022).

⁴⁸ En línea: <https://coronavirus.gob.mx/exceso-de-mortalidad-en-mexico/> (consulta: 26 octubre 2022).

de alguna forma su voz, porque su experiencia con esta enfermedad, de alguna forma, también afectó el cómo vemos al virus.

Otro factor que me impulsó a agregar su relato fue que, pese a que fue el primer contagio en mi familia y que en su momento se complicó por haber sido de los primeros en llegar a ser hospitalizado, sin una completa noción del virus, y que tenía un historial médico con varias complicaciones graves, logró salir victorioso de su lucha. Su historia, al igual que la mía y la de Maricruz, tenía su unicidad y, al mismo tiempo, era capaz de retratar la experiencia de miles de personas.

Fui reconstruyendo su experiencia a través de las pláticas que tuve con mi mamá, con la información que mis primas, sus hijas, nos compartieron, y con la llamada que tuve con él. Decidí que la forma correcta de añadirlo al texto era con mi voz, porque el hecho de no haber escuchado su historia narrada por él mismo no me acercó lo suficiente para realizar un relato concentrado en su experiencia con la descripción de sus emociones o pensamientos.

A partir del “crear” estos discursos —tanto el mío, como el de la enfermera militar como el de mi tío—, fue que constaté que este tipo de relatos en el periodismo, como lo dijo la Dra. Francisca Robles y cité en la introducción de este texto, me llevó a responsabilizarme de crear un recuento emotivo y dramático a partir de diferentes fuentes, pues además de que tuve recurrir a otras personas para recrear algunos eventos, fue fundamental el recopilar noticias que recordaba haber visto y leer muchas más para llenar los vacíos de mis recuerdos, esto para cumplir con el “hacer sentir” al lector, que para mí fue lo fundamental.

Esto, por otra parte, también me llevó a darme cuenta de que hablar desde mí para comunicar algo de forma periodística, tampoco es fácil. Con esto me refiero a que tuve que crear un personaje a partir de mí misma, mis sentimientos y experiencias, algo que significó romper un poco con mi formación, donde el paradigma es que la objetividad es una característica importante en el periodismo.

Pese que durante mi paso por la universidad tuve profesores que insistieron en que no existe la objetividad en el periodismo, para mí fue complicado aceptarlo, pues en pocas ocasiones tuve la oportunidad de hacer un trabajo como este, que se saliera del llamado “diarismo”,

donde el comunicador debe pasar desapercibido y debe exigirse mantenerse distante de los hechos.

Por ejemplo, para este relato, cuando tuve que acercarme a mi familia y pedirles que me relataran lo que ellos vivieron durante los meses que estuve en Italia, por mucho que intenté guardarme las emociones para no interferir en su relato o en la forma en que yo estaba recibiendo su mensaje, me fue imposible contenerme, ya que fue un tema que no habíamos querido tocar para precisamente no lastimarnos.

A pesar de no haber logrado respetar esa “objetividad” que se busca en el periodismo a partir de no involucrarse sentimentalmente en con los hechos, me percaté de que las y los que nos dedicamos a esto, nunca podremos dejar de ser seres humanos y quitarnos las emociones cuando estemos laborando, menos si estamos tratando un tema que nos afecta directamente.

Por tanto, constaté que el trabajo periodístico siempre llevará implícitos rasgos de su autor desde el momento en que se idea un texto hasta que se realiza, incluso la forma en que es entregado al receptor. En el caso de este trabajo, decidí aceptar que mis entrevistas estarían cargadas de emociones que tenían que salir algún día, y utilicé ese sentir para buscar plasmar el miedo y dolor que mi familia llegó a vivir, así como seguramente lo habrán sentido millones de personas en el mundo.

Por otra parte, sobre el punto sociológico que desarrollé a lo largo de este texto, pienso es importante destacar que durante estas entrevistas con mi familia, me di cuenta de que la teoría que menciono en el relato sobre del trauma social, de Jeffrey Alexander, se estaba comprobando no solo al ver cómo mi miedo se construyó, sino que por la forma en que yo me puse el título de víctima y lo transmití a mis seres queridos. Y es que tanto mi mamá, mi papá, mi hermana e incluso mi tío —antes de contagiarse—, hicieron suyos mis sentimientos al verme preocupada, al punto en que ellos se convirtieron para mí parte de estas víctimas, aunque a México todavía no llegaba ni el primer caso de Covid-19.

Aunque ya era consciente de que estamos viviendo la construcción de un trauma social, fue hasta ese momento en que me di cuenta de que la transmisión de mi miedo sí fue exitosa, y

que, así como yo lo logré con mi familia, los medios de comunicación y las redes sociales también consiguieron hacer que el temor acaparara a muchas personas que todavía no estaban viviendo los peores momentos de la pandemia en sus países.

Para este punto entendí completamente lo que la Dra. Lourdes Romero explicó en el libro que cito en la introducción de este texto, sobre cómo los fenómenos sociales son un iceberg; antes de iniciar a construir este texto, yo estaba en la punta visible del iceberg de lo que significaba socialmente esta pandemia y su trauma, pero tuve que internarme hasta su base, investigando, haciendo introspección, metiéndome en vidas ajenas, para de esta forma comprender qué fue lo que experimentamos, comprenderlo y, a partir de esto, plasmarlo e intentar explicarlo en estas páginas.

Relacionado con esto con las palabras de la Dra. Francisca Robles que también cité, sobre cómo unir las diferentes voces para crear un solo relato creíble, considero importante destacar que fue complicado recopilar información que me permitiera darle veracidad a mi relato, evidenciar que existen fuentes comprobables donde se pueden verificar el contexto que plasmé. Esto no se debió a que no exista información, al contrario, hay demasiada y en muchos casos una fuente puede decir que hubo cierta cantidad de muertes y contagios en un día, mientras que otra decía números completamente diferentes.

En este contexto fue que nació el término "infodemia", pues existe una cantidad exorbitante de información acerca de todo lo que sucedía en Italia, ya sean noticias o anuncios que lanzaban medios italianos y el gobierno, prensa internacional o nacional de cualquier país. Por tanto, tuve que comparar hasta cinco fuentes sobre un mismo dato, gracias a lo que me di cuenta de que la mayoría del tiempo las cifras y las medidas que iban siendo modificadas a diario, en medios de hispanos era reportados de forma incorrecta, ya sea con errores o con días de diferencia.

No obstante, identificar si la prensa nacional o extranjera estaba dando los datos más cercanos a la realidad, fue imposible, pues durante las primeras semanas las instituciones no tenían un método para entregar los números diarios y lo hacían según se reportaba que era necesario. Es por ello por lo que me apegué a los decretos e informes que dio el gobierno italiano, pues poco a poco se fueron convirtiendo en la fuente oficial de Italia sobre el Coronavirus.

Finalmente, tras haber hablado de las realizaciones y complicaciones técnicas que me llevó escribir este relato, y posicionándome desde un lado muy personal del trabajar este texto: el lado emocional de mi texto no solo me orilló a hacer mi propia catarsis de los hechos a partir de tener que escribir y narrar, revivir, los momentos más difíciles que atravesé, sino también me permitió ver desde otra perspectiva cómo viví un problema mundial.

Posicionarme desde una casi tercera persona para lograr recuperar lo que sucedió, fue ver desde fuera mis propios pensamientos y comprenderlos a partir de un contexto social, por lo que este relato me permitió entender cómo mi contexto influyó en mis emociones, algo que en su momento no vi por estar enfrascada en lo que estaba sintiendo.

Por ello, estoy convencida de que este texto me permitió hacer catarsis, así como brinda un acercamiento real de lo que fue vivir en la llamada “Zona Rossa” de Italia durante sus peores momentos en la primera ola desde la perspectiva de una periodista mexicana en preparación y ofrece al lector dejar de concebir lo ocurrido del otro lado del mundo como algo sacado de una película de ciencia ficción.

Para aquellas personas que hayan pasado una situación similar a cualquiera de las que mencioné, espero encuentren consuelo al saber que no son las únicas y que todos, de alguna forma, pasamos un mal momento con esta pandemia. Todos perdimos algo y, como sociedad, simplemente nos queda recordar este momento para sanar, buscando llenar ese vacío que nos dejarán nuestras pérdidas.

Referencias bibliográficas

Alighieri, Dante (2006). *Divina Comedia*. México: Editorial Época.

Alexander, Jeffrey C. (2012). *Trauma: A Social Theory*. Estados Unidos: Polity.

Andriano, Hugo Alberto, “Depresión post-COVID ¿cómo la atendemos?” (en línea), Ciudad de México, *Instituto Mexicano del Seguro Social*, 18 de agosto de 2022. Dirección URL: <https://bit.ly/3U5rS5q> (consulta: 26 de octubre de 2022).

Berizzi, Paolo (2020). “Bergamo, non c'è più posto: 70 mezzi militari portano le salme fuori dalla regione” (en línea), Bergamo, *La Repubblica*, 18 de marzo de 2020. Dirección URL: https://www.repubblica.it/cronaca/2020/03/18/foto/bergamo_non_c_e_piu_posto_70_mezzi_militari_portano_le_salme_fuori_dalla_regione-251650969/1/ (consulta: 08 de agosto de 2022).

Cacho, Lydia (2006). *Los demonios del Edén*. México: Penguin Random House.

Cervantes González, Marco Antonio (2020). *Vivir para contarla: los relatos desde la experiencia personal*. México: UNAM.

Fatiguso, Rita (2020). “L’isolamento Totale di Wuhan e i Dubbi sui Numeri Reali”, *Guida al Coronavirus*, num. 14, Italia, *Il Sole 24 Ore*, mayo, 2020, pp. 61-62.

Organización Mundial de la Salud, “Naming the coronavirus disease (COVID-19) and the virus that causes it” (en línea), s/l, s/f. Dirección URL: [https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/technical-guidance/naming-the-coronavirus-disease-\(covid-2019\)-and-the-virus-that-causes-it](https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/technical-guidance/naming-the-coronavirus-disease-(covid-2019)-and-the-virus-that-causes-it) (consulta: 08 de agosto de 2022).

Robles, Francisca (2006). *El relato periodístico testimonial*. México: UNAM.

Romero, Lourdes (2006). *La realidad construida en el periodismo. Reflexiones teóricas*. México: Porrúa.

s/a (2020), *Entender la infodemia y la desinformación en la lucha contra la COVID-19*. s/l: Organización Panamericana de la Salud y Organización Mundial de la Salud.

s/a, “AMLO descarta toque de queda y prepara un Plan DN III ante coronavirus” (en línea), Ciudad de México, *Expansión*, 19 de marzo de 2020. Dirección URL: <https://politica.expansion.mx/presidencia/2020/03/19/amlo-descarta-toque-de-queda-y-prepara-un-plan-dniii-ante-coronavirus> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Cancelan Carnaval de Venecia por Coronavirus” (en línea), s/l, *Forbes*, 23 de febrero de 2020. Dirección URL: <https://www.forbes.com.mx/cancelan-carnaval-de-venecia-por-coronavirus/> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Coronavirus en México: confirman los primeros casos de covid-19 en el país” (en línea), s/l, *BBC*, 28 de febrero de 2020. Dirección URL: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-51677751> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Coronavirus in Veneto. Il contagio si allarga: sono 16 le persone infette” (en línea), Padova, *Il Gazzettino*, 22 de febrero de 2020. Dirección URL: https://www.ilgazzettino.it/nordest/padova/coronavirus_casi_veneto_mappa_contagio-5067987.html (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Coronavirus, ecco i ‘super divieti’ di Zaia: stop Carnevale, cortei e lezioni” (en línea), Veneto, *Il Corriere del Veneto*, 23 de febrero de 2020. Dirección URL: https://corrieredelveneto.corriere.it/veneto/cronaca/20_febbraio_23/coronavirus-25-veneti-contagiati-ecco-super-divieti-zaia-stop-carnevale-cortei-lezioni-a922b3d6-563f-11ea-ad34-ac5978962346.shtml (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Coronavirus, gigantografia e scritta "Grazie a tutti voi" all'ospedale di Bergamo” (en línea), Bergamo, *Il Giorno*, Bergamo, 13 de marzo de 2020. Dirección URL: <https://www.ilgiorno.it/bergamo/cronaca/coronavirus-gigantografia-ospedale-1.5067201> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Coronavirus: Italia adelanta el cierre del carnaval de Venecia al registrar el "mayor brote" de la enfermedad en Europa con al menos 7 muertes” (en línea), s/l, *BBC*, 23 de febrero de 2020. Dirección URL: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-51603131> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Covid-19, impatto drammatico dell’epidemia sulla salute mentale. Studio indaga i livelli di ansia, depressione e stress” (en línea), Turín, Università delgi Studi di Torino, 7 de agosto de 2020. Dirección URL: <https://www.insalutenews.it/in-salute/covid-19-impatto-drammatico-dellepidemia-sulla-salute-mentale-studio-indaga-i-livelli-di-ansia-depressione-e-stress/> (consulta: 20 de octubre de 2022).

s/a, “Covid-19, in gazzetta ufficiale il Dpcm 1 marzo 2020. Tutte le misure di contenimento per zone” (en línea), Roma, *Ministero della Salute*, 1 de marzo de 2020. Dirección URL: <https://www.salute.gov.it/portale/nuovocoronavirus/dettaglioNotizieNuovoCoronavirus.jsp?id=4137> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Covid-19: i casi in Italia alle ore 18 del 28 febbraio” (en línea), Roma, *Ministerio della Salute*, 28 de febrero de 2020. Dirección URL: https://www.salute.gov.it/portale/news/p3_2_1_1_1.jsp?id=4117&lingua=italiano&menu=notizie&p=dalministero (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Cuarto caso de coronavirus: confirman en Torreón a mujer que volvió de Milán” (en línea), s/l, *Forbes*, 29 de febrero de 2020. Dirección URL: <https://www.forbes.com.mx/cuarto-caso-de-coronavirus-confirman-en-torreon-a-mujer-que-volvio-de-milan/> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Decreto del Presidente del Consiglio dei Ministri” (en línea), Roma, *Gazzetta Ufficiale della Repubblica Italiana*, 8 de marzo de 2020. Dirección URL: <https://www.gazzettaufficiale.it/eli/id/2020/03/08/20A01522/sg> (consulta: 08 de agosto de 2022).

-s/a, “Decreto del Presidente del Consiglio dei Ministri” (en línea), Roma, *Gazzetta Ufficiale della Repubblica Italiana*, 9 de marzo de 2020. Dirección URL:

<https://www.gazzettaufficiale.it/eli/id/2020/03/09/20A01558/sg> (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Depressione: incremento dei sintomi durante i periodi di lockdown, per la prima volta aumento del rischio tra i giovani” (en línea), Roma, *Istituto Superiore di Sanità*, 26 de abril de 2022. Dirección URL: [https://www.iss.it/web/guest/primopiano/-/asset_publisher/3f4alMwzN1Z7/content/id/6989413#:~:text=I%20risultati%20hanno%20mostrato%20un,agosto%20\(8%2C2%25\)](https://www.iss.it/web/guest/primopiano/-/asset_publisher/3f4alMwzN1Z7/content/id/6989413#:~:text=I%20risultati%20hanno%20mostrato%20un,agosto%20(8%2C2%25)) (consulta: 20 de octubre de 2022).

s/a, “Exceso de mortalidad de México” (en línea), Ciudad de México, *Gobierno de México*, s/f. Dirección URL: <https://coronavirus.gob.mx/exceso-de-mortalidad-en-mexico/> (consulta: 26 de octubre de 2022).

s/a, “La foto simbolo dell'infermiera sfinita dopo il turno all'ospedale di Cremona” (en línea), s/l, *Il Gazzettino*, 9 de marzo de 2020. Dirección URL: https://www.ilgazzettino.it/italia/primopiano/coronavirus_foto_simbolo_infermiera_sfinita_ospedale_cremona-5100316.html (consulta: 08 de agosto de 2022).

s/a, “Se confirma en México caso importado de coronavirus COVID- 19” (en línea), Ciudad de México, *Secretaría de Salud*, 28 de febrero de 2020. Dirección URL: <https://www.gob.mx/salud/prensa/077-se-confirma-en-mexico-caso-importado-de-coronavirus-covid-19> (consulta: 08 de agosto de 2022).

Xixing Li, Weina y Fuzhen Zhang, “Who Was the First Doctor to Report the COVID-19 Outbreak in Wuhan, China?” (en línea), *Journal of nuclear medicine*, num. 6, vol. 6, Society of Nuclear Medicine, junio de 2020, pp. 782-783. Dirección URL: <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC7262218/> (consulta: 08 de agosto de 2022).

Bibliografía

Arfuch, Leonor (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Zygmunt (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires: Paidós.

G. Leal, “La influenza A (H1N1): cuadro mínimo de los responsables directos”. *Desacatos*, núm. 32, México, UAM/Xochimilco, enero-abril, 2010, pp. 53-62.

M. García, J. Aguilar y M. García, “Bienestar psicológico y burnout en personal de salud durante la pandemia de COVID-19” (en línea). *Escritos de Psicología*, vol. 14, núm. 2, Universidad de Málaga, diciembre 2021, pp. 96-106. Dirección URL: http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1989-38092021000200006&lng=es&nrm=iso (consulta: marzo 2022)

Migliorati, Lorenzo (2020). *Un sociologo nella Zona Rossa. Rischio, paura, morte e creatività ai tempi di COVID-19*. Milán: FrancoAngeli.

s/a, “Acciones de la Secretaría de Defensa Nacional para disminuir los efectos ocasionados por la pandemia COVID-19” (en línea), Ciudad de México, SEDENA, 13 de abril de 2020. Dirección URL: <https://www.jid.org/wp-content/uploads/2020/04/PLAN-DN-III-E-VS-COVID-19.pdf> (consultado: junio 2021).

s/a, “Cronología de la respuesta de la OMS a COVID-19” (en línea), s/l, *Organización Mundial de la Salud*, 29 de junio 2020. Dirección URL: <https://www.who.int/es/news/item/29-06-2020-covidtimeline> (consultado: septiembre 2021).

s/a, “Li Wenliang: Coronavirus kills whistleblower doctor” (en línea), s/l, *BBC News*, 7 de febrero 2020. Dirección URL: <https://www.bbc.com/news/world-asia-china-51403795> (consultado: 7 de noviembre 2022).